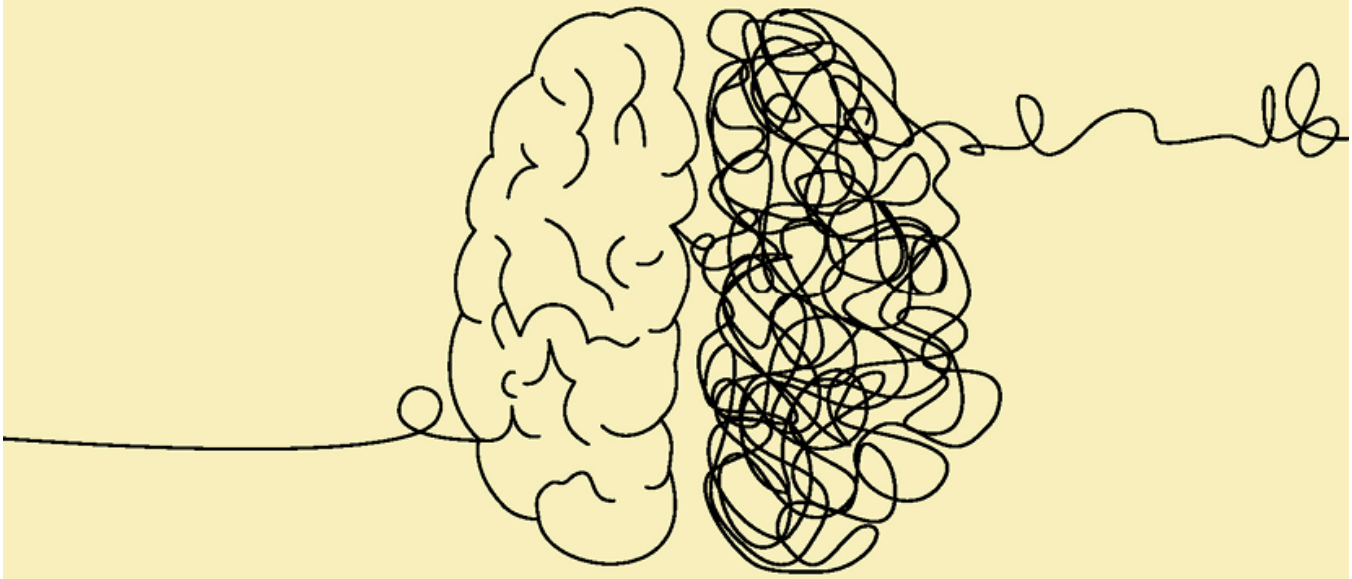
CAPITALISTAS, NEOLIBERALES, NEURÓTICOS Y LIMÍTROFES

JAIME REIG VIDAL

CATARATA



Índice

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO 1. ECONOMÍA Y PSICOLOGÍA
- 1. ¿Todos se han vuelto locos?
- 2. El Cándido de Voltaire
- 3. Fases del capitalismo
- 4. El capitalismo industrial
- 5. Psicoanálisis y capitalismo
- 6. En torno al superyó
- 7. Del capitalismo industrial al capitalismo tardío

CAPÍTULO 2. POLÍTICA Y PSICOTERAPIA
- 1. Reich: política y psicoterapia
- 2. Instinto y pulsión
- 3. Concepto de superestructura ideológica y caracterial
- 4. Reich y Fromm: plaga emocional y miedo a la libertad
- 5. Y la plaga emocional continúa
- 6. La democracia del trabajo
- 7. Carácter y fuerzas productivas

CAPÍTULO 3. ESTRUCTURA DEL CARÁCTER EN LOS PRIMITIVOS
- 1. Malinowski en las islas Trobriand
- 2. Margaret Mead: Sexo y temperamento

CAPÍTULO 4. NEUROSIS Y CAPITALISMO INDUSTRIAL
- 1. La estructura neurótica o adaptativa
- 2. La estructura de carácter en el capitalismo industrial
- 3. Terapia y familia

4. El carácter y la neurosis
5. Carácter y síntoma
6. El carácter como ruptura con la naturaleza
7. El potencial energético humano
8. Sexoeconomía

CAPÍTULO 5. FAMILIA, NATURALEZ Y CULTURA
1. El principio de placer
2. En torno al matrimonio
3. Cultura y naturaleza
4. Utilidad productiva de la represión sexual
5. ¿Qué viene luego?

CAPÍTULO 6. PSICOPATOLOGÍA DEL CAPITALISMO TARDÍO
1. Sociedad del rendimiento y estructura borderline
2. Lo psicótico, lo neurótico y lo borderline
3. El paciente borderline
4. Un escrito pionero de Wilhelm Reich
5. Aportaciones posreichianas
6. El adversario, de Emmanuel Carrère
7. Lo 'normal' en las estructuras
8. Economía y crecimiento del individuo
9. Importancia del vínculo primario
10. Explicación histórica del desapego

CAPÍTULO 7. DEL LIBERALISMO INDUSTRIAL AL NEOLIBERALISMO GLOBALIZADOR
1. Dentro y afuera
2. El anti-Edipo
3. Carácter posindustrial, Erich Fromm y el carácter mercantil
4. Naturaleza y civilización
5. La ética del trabajo
6. Sobre el conflicto
7. En torno al narcisismo
8. Lo individual y lo común
9. Lo auténtico y lo colectivo

CAPÍTULO 8. EL "PENSAMIENTO PSI" FRENTE A ULISES
- 1. El ‘pensamiento psi’ y el narcisismo
- 2. La gran revolución de los sesenta
- 3. De lo universal a lo identitario
- 4. Autoconciencia y conciencia de clase
- 5. De la apertura y del cierre

CAPÍTULO 9. EL CAPITALISMO TARDÍO, NEOLIBERALIMSO Y FRUSTRACIÓN
- 1. El mito de la meritocracia
- 2. Los nuevos ultranacionalismos
- 3. La comunicación horizontal
- 4. Neoliberalismo y acumulación
- 5. La astucia de la globalización
- 6. La perturbación neoliberal

CAPÍTULO 10. LA GRAN MÓNADA CIBERNÉTICA
- 1. Computadoras y neoliberalismo
- 2. El saber en la era neoliberal
- 3. La verdad ya no es de todos
- 4. El hombre precario

CAPÍTULO 11. NEOLIBERALISMO Y TEMPORALIDAD
- 1. La sociedad borderline del capitalismo tardío
- 2. La experiencia
- 3. La aceleración*
- 4. La resonancia
- 5. La duración
- 6. Homo laborans

CAPÍTULO 12. EPÍLOGO, LA PLAGA EMOCIONAL
- 1. Conclusiones generales
- 2. Familia y movimientos de masas. La gran experiencia
- 3. La sumisión humana
- 4. La alienación posmoderna y el nuevo fascismo

5. La escisión y la disociación en la base del odio presente
6. El hombre, medida de todas las cosas
7. Poder de la máquina, miseria de la vida
8. ¿Solo distopía?

GLOSARIO

BIBLIOGRAFÍA

NOTA

JAIME REIG VIDAL

Nacido en Valencia (1944), es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia y diplomado por la Escuela Superior de Psicología y Psicotecnia de la Universidad Complutense de Madrid. Ha trabajado como psicólogo escolar y profesor de Filosofía y de Lengua y Literatura Castellana en bachillerato. Es coautor de varios manuales de Lengua Castellana para educación primaria de la editorial ECIR. Ha publicado con Los Libros de la Catarata la obra de etnopsicología A favor de la tribu (2018). Interesado en cuestiones psicológicas y humanísticas, ha derivado, desde un enfoque inicial conductista, hacia las orientaciones psicodinámica, humanista y corporal. Ha participado en seminarios de psicoanálisis y de vegetoterapia caracteroanalítica, así como en grupos de encuentro de bioenergética, gestalterapia, análisis del carácter y psicodrama.

Jaime Reig Vidal

Capitalistas, neoliberales, neuróticos y limítrofes

COLECCIÓN INVESTIGACIÓN Y DEBATE

© JAIME REIG VIDAL, 2024

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2024
FUENCARRAL, 70
28004 MADRID
TEL. 91 532 20 77
WWW.CATARATA.ORG

CAPITALISTAS, NEOLIBERALES, NEURÓTICOS Y LIMÍTROFES

ISBNE: 978-84-1067-100-3
ISBN: 978-84-1067-065-5
DEPÓSITO LEGAL: M-15.036-2024
THEMA: JH/JMAF

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

A Inés Baquero Reig

Mi agradecimiento a Joaquín Andrés Crespo, lingüista, y a Xavier Serrano Hortelano, psicoterapeuta.

INTRODUCCIÓN

"Lo vivo posee su propio lenguaje expresivo más allá de todo lenguaje verbal e independiente".
WILHELM REICH, *Análisis del carácter*, p. 365.

En las páginas finales de *El miedo a la libertad*, publicado en 1941, Erich Fromm sostiene que el sistema económico, tanto en la escuela como en el orden sociocultural, favorece la formación de un tipo de carácter predominante en los individuos, de modo que sus aspiraciones y actitudes coincidan con lo útil para los procesos vigentes de producción. Quiero destacar también que Fromm considera la estructura caracterial del individuo como un elemento de las fuerzas productivas.

Por su parte, Wilhem Reich ya había escrito en 1936 (1942: 248-249) que "la sociedad no es el resultado de cierta estructura psíquica, sino al contrario: la estructura caracterial es el resultado de una cierta sociedad". Esta es la tesis que trataremos de ilustrar empíricamente, tanto con las etapas del capitalismo, la industrial y la financiera, como con las economías de ciertos pueblos originarios agricultores o cazadores-recolectores. Todo ello, en conjunto, sugiere una posible generalidad del fenómeno.

También observaremos que la estructura socioeconómica general y la estructura familiar se asemejan entre sí, de manera que esta última

constituye una preparación para el funcionamiento y organización productiva en la fábrica, en los consorcios o en la aldea, según se trate. En el caso concreto del capitalismo, Reich niega que la consciencia humana sea solo un reflejo de la economía. El proceso sucede de otro modo: la represión sexual que la sociedad impone a los instintos naturales los transforma en impulsos antisociales que la moral habrá de inhibir. Así es como aparece una estructura caracterial "en la que la ideología de esta sociedad se puede anclar".

Por justicia, destacaré la deuda de Fromm con el pensamiento de Wilhelm Reich, descubridor, dentro todavía del psicoanálisis, del carácter como mecanismo de defensa fundamental en la neurosis. El biógrafo Luigi de Marchi (1974) llega a calificar de plagio dicha inspiración, porque solo hay una cita de Reich en toda la bibliografía de Fromm, y eso que coincidieron en el Instituto Psicoanalítico de Berlín, donde Reich fue profesor de Fromm. Aunque ambos tuvieron audiencia en los tiempos que precedieron y siguieron al Mayo del 68, en el caso de Reich más intensa, y en el de Fromm más duradera, pienso que ello se debió al papel distinto que la sexualidad jugó en la teoría del uno y del otro. Seguramente, algo parecido a la recomendación epistolar de Karl Gustav Jung a Sigmund Freud de que si pretendía que el psicoanálisis se difundiera por el mundo con éxito, tendría que acallar la importancia de la sexualidad (Marchi, 1974). Recomendación que Freud parece haber seguido a partir de su segunda tópica, cuando sustituye el modelo inconsciente-preconsciente-consciente por el modelo ello-yo-superyó, a la vez que modifica profundamente la teoría de los instintos sustituyendo el par libido y pulsiones de vida, por el par instinto de vida e instinto de muerte, que más tarde se denominarían eros y tánatos.

CAPÍTULO 1

ECONOMÍA Y PSICOLOGÍA

1. ¿TODOS SE HAN VUELTO LOCOS?

Las cabinas de teléfono disponían de puertas acristaladas para salvaguardar la intimidad de la conversación. Cabinas como la célebre del mediometraje de Antonio Mercero rodado en 1967 y protagonizado por José Luis López Vázquez. Más tarde se sustituyeron por otras abiertas, con cuatro locutorios, donde había que hundir la cara como en un confesionario. No habíamos abandonado todavía el tiempo del pudor. Luego aparecieron los móviles. Recuerdo mi desconcierto ante el creciente número de personas que hablaban solas por la calle. Llegué a sospechar que se trataba de pacientes en plena crisis demencial, de los recientemente externalizados por el Hospital Psiquiátrico de Bétera tras el éxito de las tesis de Laing. Tardé un poco en enterarme de que existían minúsculos micrófonos y pinganillos para conversar telefónicamente con seres reales. Todavía hice el ridículo durante algunos meses pidiendo a los recepcionistas que tuvieran la amabilidad de repetir porque me habían hablado con frases extrañas o fuera de contexto, cuando, en realidad, no iban dirigidas a mí. Siempre he sido tímido y en tales situaciones sentía vergüenza y me ruborizaba por mi estúpida confusión. O me culpaba por un exceso de narcisismo que me hacía creer destinatario de palabras ajenas.

He observado que la gente que va hablando en compañía por la calle grita, mientras que antaño intentábamos que solo nos oyeran aquellos con quienes manteníamos la conversación.

Me he acostumbrado, en el transporte público, a las más variadas charlas telefónicas sin intimidad alguna. Ya están en proceso cuando subo al bus e inconclusas al llegar a destino. A nadie incomodan, excepto al sufrido usuario que conserva prejuicios de otra época. Tiempos de antaño en que los niños, en lugar de participar en el narcisismo inducido de concursos televisivos sobre cocina, canto o baile —versiones adaptadas de los similares para adultos—, correteaban en los jardines de las ciudades o en las calles y las eras de los pueblos. Mi nieta, matriculada uno de estos años de la COVID-19 en la escuela de un villorrio, volvía entusiasmada luego de jugar con otros niños en el *carrerò* (callejón en valenciano); esos callejones estrechos, a veces sin salida, donde por unos minutos eludían la vigilancia de los adultos y sentían una especial emoción de vivir algo excitante.

El fenómeno creciente de la exposición voluntaria es contemporáneo de las tertulias televisivas de cotilleo zafio, de chismorreos, de griterío sin mesura. Lo que en un principio se supuso que quedaría en el ámbito de los famosillos, para distracción de televidentes aburridos y con cerebro de ratón, ha acabado invadiendo los espacios de debate entre periodistas quienes, por necesidad o placer, participan en determinados medios amarillos, que ya lo son casi todos. Se trata de supuestas tertulias donde nadie escucha a nadie ni nadie acude a saber, sino a zaherir con frasecillas que suponen ingeniosas e incisivas. Carlos Taibo (2021) describe bastante exhaustivamente las artimañas y estratagemas empleadas por los tertulianos. Finalmente, tales estilos se han trasladado al Parlamento y al Senado, con una hinchada bronca e ineducada, mediocre y clónica. Tal fenómeno refleja la parvedad moral e intelectual, salvo excepciones, de quienes se dedican a la profesión política que para Platón deberían ejercer los sabios.

2. EL CÁNDIDO DE VOLTAIRE

Atónito queda quien por edad y estudios se enorgullece de haber bebido en el venero de la Ilustración, ya que no entiende el voto reiterado a los

corruptos, a los mediocres, a los demagogos vacuos e iletrados. Pero es que la cantidad y velocidad con que se renuevan los datos por internet, lo que se ha denominado "dataísmo", borra de inmediato el pasado, anula la memoria.

Constata que el principio marxista de que el capitalismo culmina en la acumulación de capital en pocas manos, con el oligopolio y el monopolio, se cumple; pero el corolario que se desprendería de ello, que la masa explotada cada vez más numerosa se revolvería contra ese poder, no sucede. Por el contrario, a los trabajadores de toda clase, con empleos precarios, con salarios exiguos, pero que mayoritariamente se ubican a sí mismos en la clase media, se los invita a ser emprendedores y perciben el modelo económico como incuestionable, incluso bueno. De manera que no falla el sistema, sino la persona misma al fracasar. Y en un mundo donde un ojo universal vigila, controla, halaga y manipula, se sienten libres, dueños de sus decisiones, ya que nadie los fuerza a someterse, sino que ellos se imponen tal exigencia. Quizá se cumple aquello que explicó el padre Mariana de que a los tiranos convenía el que la gente tuviera que trabajar tanto para subsistir, que no tuviera tiempo de ser consciente de la injusticia. Porque, en realidad, cuanto más míseros son los salarios, más provisionales y precarios los empleos, el pensamiento mayormente se obnubila ocupado solo en salir adelante y estar a la altura de las exigencias morales del sistema.

Las condiciones salariales y laborales de hoy no satisfarían los estándares mínimos de los años sesenta del pasado siglo. La popularización de ciertas actividades como el turismo y los viajes en avión o los cruceros, antaño reservados a minorías, tienen su cruz en la contaminación y el calentamiento global. Los oligopolios de la electricidad, combustibles, telefonía, información y mensajería imponen, sin ética ni racionalidad, sus intereses sobre los usuarios y sobre el medioambiente, controlando a los órganos representativos, y todo eso justificándolo con hipocresía por la libertad de mercado. El neoliberalismo, como instrumento de esos poderes, se ha publicitado durante décadas como la teoría económica científica. En realidad, se trata

de una simple ideología que apunta hacia un gobierno mundial del que los Estados serían simples delegaciones instrumentales.

¿Qué ha sucedido para que la racionalidad, la solidaridad, la inteligencia emocional, el sentimiento de comunidad y la aspiración al bien común se hayan esfumado durante las últimas décadas? Lo siguiente:

a. Un cambio socioeconómico en el que se ha pasado del capitalismo industrial y productivo al especulativo (neoliberalismo).
b. La descomposición o debilitamiento de la familia patriarcal ha facilitado el predominio de la estructura caracterial limítrofe en sustitución de la neurótica o adaptativa.
c. Un incremento de la transparencia, la aceleración informativa, el cansancio, los remedios paliativos y el narcisismo, que constituyen las características de la sociedad neoliberal según el filósofo Byung-Chul Han.
d. Una nueva forma de comunicación llamada digital, que condiciona la subjetividad, educa de un modo distinto la percepción y anula las condiciones de posibilidad de la experiencia. Además, al volver menos necesarias las intermediaciones de los partidos políticos y de la prensa clásica, conturba el funcionamiento de la democracia moderna.
e. Un relativismo creciente, con renuncia a toda base sólida o fundamento científico, donde el deseo y el capricho constituyen la única norma.
f. Una carencia de tiempo y disponibilidad para atender a las necesidades del niño en los primeros cuatro años de vida, a causa de la falta de conciliación entre familia y trabajo, con las perturbaciones resultantes en la formación de la personalidad que han hecho aparecer las estructuras de carácter "limítrofes" en sustitución de las anteriormente predominantes estructuras neuróticas.

3. FASES DEL CAPITALISMO

Ignacio Sotelo, en didáctico artículo de *El País* (2014), dividía el capitalismo en tres fases. La primera, entre los siglos XVI y XVIII, era la de "acumulación primitiva", representada por los grandes mercaderes internacionales y los prestamistas. Apenas generaba puestos de trabajo, ya que la mayoría de la población vivía en el mundo rural, bajo relaciones estamentales precapitalistas.

La segunda abarcaba el siglo XIX y gran parte del XX. Se trataría del "capitalismo industrial", al que caracterizaba una fuerte demanda de mano de obra. Aunque empezó con salarios de miseria a causa de las *enclosures* de los predios rurales producidas en el XVIII, pronto la ley de la oferta y la demanda, junto con el impulso de las luchas obreras, puso en alza los salarios y la progresiva conquista de derechos laborales. Todo ello redundaría en lo que se ha denominado "sociedad del bienestar". La gran competencia entre las fábricas llevaba a reinvertir los beneficios en los avances técnicos de la maquinaria y a disputarse los operarios especialistas. Sin embargo, con una tecnología y productividad aumentadas, el paro se incrementó a fines del siglo XX.

La tercera es el "capitalismo financiero", que ocupa las últimas décadas del siglo XX y lo que llevamos del siglo XXI. Las grandes entidades financieras controlan gran parte de la economía productiva por medio de los fondos de inversión y de pensiones. El grupo representativo está formado por los gestores de los ahorros de millones de inversores. Su objetivo no es otro que dar beneficio a los accionistas. Esta fase capitalista tiene un efecto muy perverso sobre el empleo, que se vuelve precario, y se privatizan los servicios sociales, convertidos en meros negocios y con peor calidad. El nivel de vida desciende. La sociedad del bienestar se desmorona.

4. EL CAPITALISMO INDUSTRIAL

El capitalismo industrial promovía una estructura de carácter fruto de la

coerción ajena, particularmente la ejercida por el padre en la familia, semejante a su vez a la estructura laboral de la fábrica. Psicológicamente, el sujeto de aquella sociedad cargaba con un superego poderoso, sujeto que con la reactivación hormonal de la pubertad activaba una rebeldía antitradicional, característica de la adolescencia dentro y fuera de la familia, que solía ser temporal antes de regresar al cauce. Hasta que llegó un momento en que las revueltas tuvieron mayor calado contra el *statu quo*: el Mayo del 68 constituyó el cénit y el símbolo de la rebelión antiautoritaria, anticapitalista y sexualmente liberadora al mismo tiempo. Fue una revuelta total contra un mundo que periclitaba.

En aquel mundo burgués e industrial encajaba psicológicamente el complejo de Edipo. En la pareja básica, necesaria y ecológica, la propia del mamífero humano, por mor de la cultura, se cuela un tercero. Y este es quien va a irrumpir en el apacible idilio madre-bebé, sustituyéndolo por el triángulo patriarcal en el que la madre se convierte en aliada del padre para reprimir los impulsos infantiles, con el resultado no pretendido de dar lugar a individuos atemorizados, angustiados y melancólicos. A ello se suma la escuela tradicional aplacando la motilidad infantil y habituando a los niños a la renuncia y al sometimiento a horarios. Pero debajo de esto subsiste una fuerte agresividad que puede ser manipulada y redireccionada por el poder.

Para el capitalismo industrial era útil mantener al sujeto lejos de la autorregulación natural, lejos de la capacidad de descarga sexo-afectiva que permitiría resistir al sistema. La pareja básica, cuyo vínculo energético-sexual-amoroso llenaba de plenitud a ambos miembros y ponía las bases para una personalidad sana y empática en el futuro, desgraciadamente se quiebra por la presencia del tercero. En el patriarcado la madre reprime el erotismo que vincula su energía con el erotismo de su bebé. Se transforma en madre patriarcal. Y las reacciones fisiológicas y emocionales de su cuerpo son mimetizadas por el cuerpo y las emociones de la niña, y así crecerá convencida de que su destino y plenitud reside en la entrega al deseo del varón. También el niño, en la familia patriarcal, introyecta ese modelo. Por tanto, aunque triunfara una

revolución anticapitalista, sin la revolución sexual permanecería el patriarcado, la represión antinatural, por lo cual el socialismo derivaría —ya sucedió en la URSS— en capitalismo de Estado y dictadura burocrática. El psicoanálisis, teoría y praxis construida sobre el inconsciente patriarcal, sustituye la relación natural amorosa entre madre e hijo por la presencia, en este último, de fantasías amorosas que incluyen el deseo de sustituir al padre en su relación sexual-afectiva con la madre. Y desde esta imagen, con visos de realidad en el contexto sociológico de los pacientes de Freud, nace la rivalidad con el padre, así como el miedo a la castración, la envidia del pene y otros fenómenos relacionados.

Con el capitalismo industrial comenzó lo que el modelo neoliberal generalizaría después: un individuo opresor de sí mismo. Pero, entonces, solo en un determinado segmento social, el del empresario burgués, el cual se caracterizaba por ser austero, laborioso y enemigo del despilfarro. Actitudes cuyo objetivo consistía en reinvertir los beneficios para fortalecer la competitividad de su empresa. La actividad empresarial se hallaba sumergida en una lucha de la que solo los mejores sobrevivían, a semejanza de la ley de Darwin. Hoy algunos estudiosos se preguntan si la ideología burguesa industrial replicaba, en el ámbito social, al darwinismo o este fue una teoría científica demasiado ideologizada, reflejo de la sociedad existente. Como sostiene el Grupo Krisis (2002), la burguesía del siglo XIX y primera mitad del XX es, en la historia, la primera clase social dominante que trabaja. Porque hasta aquí los poderosos despreciaron el trabajo. Ni en las iniciales ciudades-Estado, ni en los imperios antiguos, ni en Grecia ni en Roma, ni en el feudalismo, los señores hicieron otra cosa que guerrear, gozar y ambicionar. Que el rico llegue el primero al lugar de trabajo resulta novedoso en la humanidad. Expresiones como "el tiempo es oro", "a quien madruga Dios le ayuda" o "el trabajo dignifica" nacen de esta sociedad fabril. Antaño, para los señores, el ocio constituía un fin en sí mismo, pero desde la sociedad industrial es un medio para reemprender el trabajo. Ante este hecho podríamos inquirir: ¿con la tecnología y la robotización no sería

preferible que se trabajara menos y se disfrutara de mayor tiempo para el ocio, la cultura, el placer y que el eros abarcara la mayor parte posible de nuestra existencia? En los años sesenta del siglo pasado cundía la idea de que el problema del siglo XXI sería el del ocio: la robotización nos liberaría de muchas horas de trabajo y habría que prepararse para el empleo de las horas libres en actividades lúdicas. Pero llegado ese futuro nos damos cuenta de lo erradas que estaban aquellas expectativas. Y es que, como dice Stuart Jeffries (2023: 30):

> Hoy apenas somos capaces de imaginar la política como una actividad comunitaria porque nos hemos habituado a ser consumidores en vez de ciudadanos […] Los políticos nos tratan como consumidores a los que deben satisfacer; nos quejamos de la política igual que los consumidores se quejan de un producto o servicio decepcionante.

Si el objetivo de consumir se ha generalizado, y a la vez el neoliberalismo aprovecha esa necesidad de comprar cosas para obligarnos a trabajar muchas horas para adquirirlas, al tiempo que el individualismo egoísta del consumidor impide ser activo en política y sindicalismo, los sueldos y las condiciones de trabajo se degradan.

5. PSICOANÁLISIS Y CAPITALISMO

Freud, en pleno capitalismo industrial y a partir de los pacientes que acudían a su consulta, descubrió la importancia que la sexualidad* infantil tenía en el desarrollo del psiquismo y cómo la represión de los instintos sexuales —más tarde incorporaría también los agresivos— constituía el origen de las neurosis.

También descubrió que en sus pacientes varones había surgido en un momento de la infancia un triángulo amoroso conflictivo, porque el niño quería quedarse para sí a la madre como objeto exclusivo de amor, pero sentía celos porque el padre y la madre formaban una pareja permanente que lo impedía. Llamó a ese triángulo "complejo de Edipo". Y ante la imposibilidad de vencer al rival adulto, el niño terminaría identificándose

con este, aceptando sus normas no por coacción como al principio, sino como parte de su propia convicción. Las mismas quedarían incorporadas a una instancia mental que denominó "superyó". Su fantasía sería que cuanto más se pareciera al progenitor del mismo sexo, antes crecería y sería capaz de sustituirlo como amante de la madre.

Freud consideró universales el complejo de Edipo y otras nociones centrales de su teoría, como las fases de la sexualidad en el desarrollo individual o la tópica* constituida por el superyó, el ello y el yo.

El ello sería el reservorio de los instintos o pulsiones, lo cual económicamente quiere decir la energía psíquica. Genéticamente es la primera instancia que aparece, sus contenidos son inconscientes y su ley es el principio del placer, es decir, la satisfacción plena e inmediata de la pulsión. El superyó sería la instancia moral, cuyas normas y prohibiciones han sido interiorizadas desde la sociedad, principalmente por identificación con el progenitor masculino, que representa la ley, norma que es compartida y apoyada también por la madre. Por último, está el yo, que, entre la pulsión, la norma y la realidad exterior sobre la que pretende satisfacerse el instinto, se ve forzado a una transacción. Mediante esta deberá reprimir y modificar parcialmente las pulsiones y usar mecanismos de defensa* inconscientes para no sufrir el castigo del superyó ni tampoco el rechazo y la condena social.

La conflictividad y armonía tensa entre las tres instancias causaría los estados neuróticos, así como diversos fenómenos de la vida cotidiana que incluirían *lapsus linguae*, actos fallidos y contenidos oníricos. Freud consideraba que el individuo sano o normal de la sociedad tenía también una estructura neurótica, ya que una estructura sana sería utópica dentro de una sociedad de represión generalizada. En los próximos capítulos trataremos de demostrar que la estructura neurótica del sujeto "normal" cumplía una función útil para la economía.

Las etapas de la sexualidad infantil quedan definidas por las zonas del cuerpo que producen más interés y placer al niño. Primero aparecería el erotismo oral, donde las funciones alimentarias serían tempranamente acompañadas de placer sensual en los labios y la boca. Más tarde, el

interés se desplazaría hacia la zona anal, donde el placer vendría asociado a las funciones de excreción y retención. A continuación, los órganos genitales llamarían su atención y se convertirían en fuente de placer. Esta es la fase fálica, tras la cual vendría un periodo de adormecimiento de la vivencia sexual al que Freud bautizaría como etapa de latencia. Con la pubertad se reavivaría la sexualidad; entonces, los placeres orales y anales, de haber ido todo bien, quedarían organizados como preliminares de la satisfacción global en el abrazo genital.

El antropólogo Bronislaw Malinowski, durante sus trabajos de campo entre los trobriandeses de Melanesia, refutó la universalidad de varios conceptos psicoanalíticos. No había entre aquellos nativos ningún complejo de Edipo ni algunas de las fases del desarrollo sexual. En concreto, se hallarían ausentes la anal y la de latencia. Precisamente Reich, que mantuvo una decisiva comunicación con Malinowski, escribe en 1950: "Un niño genitalmente alterado se agarra a su madre oralmente. Un niño genitalmente satisfecho no se agarra a su madre, sino que tiene compañera de su misma edad" (Reich, 1950, II: 9). Malinowski había constatado que los niños trobriandeses, desde los cinco años, se juntaban en repúblicas infantiles donde, entre diversos juegos, también entraba el juego de "tener sexo", tratando de imitar a sus padres, quienes, por su parte, se tomaban con condescendencia y sentido del humor las inocentes exploraciones infantiles. Permanecer un tiempo diario fuera de la vivienda familiar evitaba las catexias* incestuosas con los padres y así no había razón para la aparición del Edipo. De algún modo, en la sociedad burguesa es la madre quien, frustrada por sus condiciones matrimoniales afectivamente insatisfactorias, prolonga y acentúa la unión amorosa con el hijo por necesidad propia más allá del tiempo que sería saludable, dificultando la autonomía progresiva del mismo.

La corriente posreichiana* ha insistido sobre la importancia del acompañamiento de la figura paterna ya desde el embarazo para que tal fijación de la madre con el hijo no se prolongue más allá de lo razonable y no interfiera con el proceso de saludable autonomía creciente del niño. El padre no constituiría solo un elemento del complejo de Edipo freudiano,

sino que tendría un papel más positivo en la ontogénesis* del infante. Representaría el guía hacia el mundo social. En nuestra opinión, nada sugiere que la presencia temprana y pregenital de la figura paterna vaya a incrementar la conflictividad edípica, sino justamente lo contrario. La inexistencia del Edipo entre los trobriandeses de Melanesia estaría relacionada con el temprano y cariñoso acompañamiento del *tama**. Este acompañamiento temprano a la madre y al bebé serviría de protección contra el desarrollo del complejo de Edipo, al haber redireccionado la actividad y la afectividad del infante hacia el mundo social, tarea que posiblemente cumplen en todas las sociedades los varones que ejercen de padres. Tras un proceso de progresiva integración en lo social por el contacto con el *tama*, nacería en el niño desde los cinco años el deseo de pasar más tiempo con sus iguales. El papel determinante de la guía paterna resulta especialmente necesario en sociedades como la nuestra occidental, tan dividida en pequeños islotes familiares. En otras poblaciones más primitivas, la tribu como totalidad o la banda como grupo quizás hicieran relativamente prescindible la compañía paterna al hallarse madre y niño acompañados por la colectividad.

Pero los cambios de la propia sociedad occidental, su paso sucesivamente más acelerado desde el capitalismo industrial al financiero o modelo neoliberal, han ido debilitando la fuerza del superyó y sustituyendo la represión y la culpa por la escisión del yo, las disociaciones y los sentimientos de vergüenza; además, los contenidos del ello se han vuelto más conscientes. A estas nuevas estructuras no les vale la categoría de neurosis, sino la de otro tipo de organización caracterizada por la tendencia a las adicciones, a la satisfacción compensatoria de la oralidad mediante el salto a un pseudo-Edipo* como refugio frente a un intenso sufrimiento en la fase oral y, por último, por un alto grado de narcisismo y por una actitud relativista e individualista en la vida. Para esta estructura se ha utilizado la denominación de *borderline* o fronteriza. Y la misma no solo se da entre los pacientes, sino en la población en general, donde la digitalización ha invadido la experiencia y la comunicación virtual ha acentuado algunos de esos rasgos. Seguimos

pensando que esta nueva estructura caracterial no solo es producto de los cambios socioeconómicos, sino que resulta la más útil al modelo neoliberal del capitalismo financiero. Trataremos de mostrarlo en los capítulos siguientes.

6. EN TORNO AL SUPERYÓ

Casilda Rodrigáñez, siguiendo una tradición que comienza en Johann Bachofen, sostiene que los primeros grupos humanos, durante decenas de milenios, fueron matrifocales. En los tiempos previos al patriarcado "la humanidad se desarrolló de acuerdo con la autorregulación natural" (2008: 229). Esto significa que no había aún una regulación moral de la que procediera la culpa. Los cazadores-recolectores nómadas actuales, y muchísimos pueblos originarios de todos los continentes, desconocen el sentimiento de culpa y de pecado.

Las anteriores consideraciones de Rodrigáñez no creemos que estén en completa discrepancia con la postura expuesta de los posreichianos. Posiblemente la presencia temprana del padre en el mundo burgués resultaba menos constante y, sobre todo, no cumpliría la función de acompañamiento a la madre en el proceso de crianza. No se hallaría la madre, sin embargo, abandonada del todo, por cuanto otras mujeres, abuelas, tías solteras, niñeras en el caso de la burguesía, cumplirían algo de este papel de aportar seguridad. El problema que denuncia Rodrigáñez es la mentalidad patriarcal del padre en postura autoritaria y no como compañero de la madre, y la actitud de esta compartiendo tales principios patriarcales. En semejante hogar y familia solo la llegada de las sensaciones genitales revelaría repentinamente al padre como competidor sexual, como objeto de deseo para la madre y despertaría, repentinamente, unos celos específicos en el niño que teñirían de miedo e ira la relación triangular. El complejo de Edipo sería propio de la entrada en la atracción genital dentro de una sociedad cuya familia tipo vive bajo una actitud e ideología donde el padre más que el acompañante y cooperador en la crianza funciona y es aceptado como rey absoluto. Este

complejo se hallaría en el origen de las neurosis del adulto.

Según Freud, la moral se origina en la familia a partir del temor del niño al castigo paterno durante la etapa fálica. Una vez superadas las fases de las pulsiones parciales orales y anales, alcanza una vivencia global de su cuerpo y de su vida instintiva. Ahora su deseo se dirige unitariamente hacia el progenitor del otro sexo. En concreto, el complejo de Edipo consiste en el deseo del niño por poseer en exclusiva a la madre como objeto amoroso-sexual. Por ello, convierte al padre en rival que interfiere en su pulsión, lo cual le despierta sentimientos destructivos hacia él. Simultáneamente, por un mecanismo de proyección*, teme que el padre sienta lo mismo contra él. Por ello Freud habla del miedo que siente el niño a la castración. En el fondo, de lo que se trata es del miedo al castigo bajo forma de pérdida del amor y de la protección. La castración de todos modos se produce en cuanto que renuncia a la sexualidad.

Como resultado de la imposibilidad de llevar a buen puerto su pulsión incestuosa renuncia a la satisfacción. Pero no por ello el deseo desaparece. El niño se ha portado bien, mas sigue activa la energía libidinal. Tras esto comienza un proceso de identificación con la figura paterna, una introyección de las reglas y de las prohibiciones del padre debido a la fantasía de que cuanto más se le parezca, antes llegará el día en que pueda sustituirlo como compañero de la madre. De este modo va naciendo en el yo del niño una instancia nueva, el superyó, que incorpora las normas y prohibiciones paternas. Por un mecanismo de identificación con el agresor, el superyó vigila y castiga al yo por sus pulsiones edípicas, las cuales, pese a la renuncia a ser satisfechas, persisten como contenidos inconscientes de la psique. Y es que nada pasa desapercibido al superyó, ya que este, como mirada interior, lo descubre: no es necesario que haga algo, basta con que lo desee. De nuevo la angustia y la culpa se despiertan. Y, paradójicamente, desde este momento toda nueva renuncia a la satisfacción fortalece al superyó, lo vuelve más exigente y con mayor fuerza porque incorpora la energía libidinal no descargada en placer, mientras que el yo aumenta en sumisión y en aceptación de la norma,

volviéndose incapaz de rebeldía. Por eso el complejo de Edipo fomenta la aceptación del autoritarismo y retroalimenta a la familia patriarcal represora.

En opinión de Wilhelm Reich, el estancamiento de la energía sexual despoja de toda fuerza expansiva, incluida la revolucionaria, frente a la opresión material y no tan solo frente a los impedimentos sexuales. Así es como el individuo se vuelve sumiso. Reich escribe: "Los padres, inconscientemente o a instancias de una sociedad autoritaria, mecanizada, reprimen la sexualidad infantil y adolescente. De este modo, una tradición conservadora, una tradición que tiene miedo a la vida, se perpetúa" (1962: 158). El corolario que se debería concluir de las explicaciones de Sigmund Freud, cosa seguramente posible si su teoría no se hubiera estancado en el innecesario lodazal de la pulsión de muerte, habría debido ser el mismo que concluye su discípulo: cuanto menos se renunciase a la satisfacción, el superyó sería más flexible, la moral contaría menos y el yo se volvería fuerte y apto para afrontar la existencia. El contacto con la realidad no estaría mediatizado ni deformado por la culpa ni por la impotencia. El yo alcanzaría más capacidad de dirigir la vida, de expandirse hacia el mundo, gozarlo y mejorarlo. También se estaría más dispuesto para aceptar la autoridad del experto y del competente, es decir, del liderazgo racional, a la vez que se opondría resistencia al liderazgo irracional, basado en la manipulación y el autoritarismo. El moralismo no mediaría entre el sujeto y la realidad, sino que sería la pulsación autorregulada la que tendría esa función. En lugar de la dicotomía freudiana entre instinto y cultura, y en lugar de la fatídica dependencia de la civilización respecto de la neurosis que Freud presenta en *El malestar en la cultura*, lo que hallaríamos sería la potencialidad que la satisfacción instintiva confiere para el desarrollo de una civilización al servicio de la felicidad humana, con todo lo que supone de organización humanista, ecológica, colaborativa y equitativa. Hallaríamos un modo de convivencia más cercano a las sociedades matrifocales y más alejado de la sociedad unidimensional que conocemos. Aquellas las formaron pueblos cuyos rasgos, al decir de Rodrigáñez, eran una sexualidad

espontánea y libre, el vínculo primario entre madre y criatura como origen del grupo y del parentesco, las relaciones de igualdad entre los géneros, una lactancia prolongada, centralidad de la infancia como porvenir del grupo, cosa que se materializaba en el cuidado colectivo del niño, constituir sociedades apáteres o polipáteres, ausencia de jerarquía social, etc.

7. DEL CAPITALISMO INDUSTRIAL AL CAPITALISMO TARDÍO

Desde los años setenta hasta hoy se ha escrito bastante sobre el capitalismo tardío, financiero o neoliberal, y sus efectos en el sujeto y en la sociedad. La industrialización del anterior periodo se regía por un poder vertical y autoritario, incluso en los frecuentes casos en que adoptaba una actitud paternalista. Byung-Chul Han, la denomina "sociedad disciplinaria". Mediante el temor, el castigo y una vigilancia acorde con el panóptico de Bentham, se consigue la normalización de las personas para que sean funcionales con la economía.

La idea de Jeremías Bentham, basada en una asimetría de la relación visual entre los humanos al otorgarle más poder a quien ve que a los que son vistos, fue inspirada por planos de fábricas enfocados a una vigilancia y una coordinación eficaz de los obreros.

El efecto más importante de dicho panóptico para las cárceles era inducir en el detenido un estado consciente y permanente de visibilidad que aseguraría el funcionamiento automático del poder, sin que este hubiera que ejercerlo de manera efectiva en cada momento, puesto que el prisionero no podía saber cuándo se le vigila y cuándo no.

Pero los cambios socioeconómicos, acentuados a partir de la década de los ochenta, resultan en una gobernanza distinta que, mediante técnicas de seducción, desarrollaría en las subjetividades creencias y actitudes acríticas con el neoliberalismo y útiles para este. Las personas, seducidas, estarían dispuestas a autoexplotarse voluntaria e inadvertidamente. Todo ello con un Estado mínimo, cuyas únicas

funciones serían, de un lado, mantener abiertas las fronteras a la libre circulación mundial de capitales y de mercancías, así como a la deslocalización de los centros de producción en busca de mano de obra barata y mínimamente regulada; del otro, crear alarma sobre aquellos a quienes se presenta como enemigos de la seguridad y de la legalidad, que serían los migrantes pobres (aporofobia), los okupas y otras minorías marginales, que se convertirían en chivos expiatorios con que ocultar la responsabilidad del sistema como causa verdadera de la creciente desigualdad, de la fragilidad del individuo, del desmontaje de la sociedad del bienestar, del calentamiento global y de las sucesivas y cada vez más frecuentes crisis económicas y pandémicas.

Con todo, resultan insuficientes esas razones socioeconómicas si ignoramos lo que está sucediendo en las familias, incluidas las monoparentales, desde la fase intrauterina y durante los primeros meses y años de vida de los niños. Como causa de las nuevas formas de la personalidad no bastan las explicaciones sociológicas si queremos comprender por qué los sujetos se suman al sistema sin resistencia e incluso con convicción.

Diversos pensadores y sociólogos ya analizan, desde hace décadas, estas nuevas formas de personalidad que van apareciendo tanto en la vida cotidiana como en las consultas de los psicoterapeutas. Parecería como si los cambios externos, tecnológicos, educativos, laborales y económicos hubieran tenido efectos determinantes sobre las estructuras de carácter. Parece, también, que tales personalidades fueran las más eficientes y menos problemáticas para los nuevos tipos de la producción, del comercio, del movimiento de capitales, así como las más proclives a las nuevas tecnologías. Resulta significativo que cuando el sistema de producción cambia y la superestructura lo hace paralelamente, se reproduzca una réplica del sistema social en los sistemas familiar e individual.

CAPÍTULO 2

POLÍTICA Y PSICOTERAPIA

1. REICH: POLÍTICA Y PSICOTERAPIA

Wilhelm Reich perteneció a la segunda generación de discípulos de Freud. En la clínica psicoanalítica de Freud en Viena (1922) fue el primer asistente clínico y más tarde subdirector. En 1924, se convirtió en el director del Taller de Terapia Psicoanalítica, primer instituto de formación en esta especialidad. Muchos analistas jóvenes lo visitaban para consultarle y recibir formación práctica. Se convirtió en director asistente del ambulatorio (1924) y director del Seminario sobre Técnica Psicoanalítica de Viena. Reich introdujo en el psicoanálisis la importancia del carácter como mecanismo de defensa general, que en el proceso terapéutico habría de ablandarse para liberar las pulsiones y los conflictos reprimidos, de manera que, con una parte de la libido ya disponible, el paciente comenzara a ser un organismo autorregulado, fortaleciéndose su yo y flexibilizándose su carácter.

En el año 1934 se le expulsó de la Sociedad Psicoanalítica Internacional y comenzó su personal viaje como científico y terapeuta, sin verse constreñido por la segunda formulación del psicoanálisis, la que incorporaba un nuevo instinto: la destructividad o pulsión de muerte, que tenía como consecuencia la resignación ante la neurosis y la adaptación a la sociedad conservadora, rendición que se explicita en *El malestar en la cultura* (Freud, 1968b).

La consecuencia de esta segunda teoría es que la represión de los instintos se vuelve necesaria porque son antisociales, lo cual nos condena

inevitablemente a la neurosis y al sufrimiento, ya que sin su represión regresaríamos a la animalidad prehumana, al mundo del salvaje hobbesiano previo al poder pacificador del Estado.

> Ya sabemos que la cultura obedece al imperio de la necesidad psíquica económica pues se ve obligada a sustraer a la sexualidad gran parte de la energía psíquica que necesita para su propio consumo. Al hacerlo, adopta frente a la sexualidad una conducta idéntica a un pueblo o a una clase social que haya logrado someter a otra a su explotación. El temor a la rebelión de los oprimidos induce a adoptar medidas de precaución más rigurosas. Nuestra cultura europea occidental corresponde a un punto culminante de este desarrollo. Al comenzar por proscribir severamente las manifestaciones de la vida sexual infantil, actúa con plena justificación psicológica, pues la contención de los deseos sexuales del adulto no ofrecería perspectiva alguna de éxito si no fuera facilitada por una labor preparatoria en la infancia (Freud, 1968b: 32).

Pero el añadido del instinto destructivo aún vuelve más problemática la conciliación entre naturaleza y cultura. La civilización requiere de la colaboración entre los individuos en vez de un estado de guerra de todos contra todos. Como los instintos son más fuertes que las razonables doctrinas a favor de la convivencia, tendrán que reprimirse desde la infancia las manifestaciones de hostilidad:

> La verdad oculta […] es que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que solo osaría defenderse si se le atacara, sino, por el contario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también deben incluirse unas buenas proporciones de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no solo le representa un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para ocasionarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo […] La cultura se ve obligada a realizar múltiples esfuerzos para poner barreras a las tendencias agresivas del hombre […] Si la cultura impone tan pesados sacrificios no solo a la sexualidad, sino también a las tendencias agresivas, comprenderemos mejor por qué al hombre le resulta tan difícil alcanzar en ella su felicidad (Freud, 1968b: 37-40).

La evolución de Reich parte de la primera formulación freudiana,

centrada en la libido y su liberación de la represión. Los conceptos de pulsión de muerte, compulsión de repetición, innatismo de la perversidad polimorfa del niño, universalidad del Edipo y de las fases anal y de latencia son rechazados por Reich. Por el contrario, Reich continuó fiel al Freud que había escrito abiertamente en 1908: "Aprendiendo a penetrar en la condicionalidad de las enfermedades nerviosas, se adquiere pronto la convicción de que su incremento en nuestra sociedad moderna procede del aumento de las restricciones sexuales" (Freud, 1967a, I: 949).

La deriva pesimista del freudismo en su etapa final proponía para la neurosis el que una vez convertidos en conscientes los impulsos reprimidos, estos tendrán que ser dominados o sublimados. Por el contrario, Reich está convencido de que solo la satisfacción sexual, mediante la descarga de la energía en el abrazo genital, suprimiría los síntomas causados por la energía estancada. Ello abriría el camino para curar la neurosis al poder afrontar la vida desde una capacidad genital recuperada.

Desgraciadamente, las mismas causas morales que en el niño provocaban la represión, se presentaban ante el adulto para negarle la posibilidad de asumir una vida sexual plena. Por ejemplo, una joven burguesa recuperada de su neurosis estaría tan profundamente vigilada respecto a la castidad o una joven proletaria se hallaría tan carente de los medios para llevar una vida sexual libre por ausencia de anticonceptivos, de vivienda propia o por la presencia ambiental de una moralidad estricta, y que la comodidad o la necesidad la obligarían a permanecer en la neurosis. O sea, que malograda la satisfacción sexual en la niñez, también la vida adulta resultaba privada de la oportunidad del goce y del reequilibrio energético. Igualmente la esposa, carente de economía propia y con sentimientos de obligación hacia sus hijos, aunque hubiera liberado sus pulsiones reprimidas, no podría servirse de ellas para curarse. "La neurosis es un producto de la represión sexual; su curación presupone la supresión de tales represiones y una vida sexual sana, y todo aquello donde se choca, dentro de la vida social, contradice la realización práctica de esta sencilla fórmula" (Reich, 1973a: 9). Por todo ello resulta

evidente que el tema de la cura requiere no solo la psicoterapia del paciente, sino también un cambio social. Y a tal compromiso político era a lo que se resistía Freud. En 1908 este había reconocido explícitamente el efecto que la restricción cultural del sexo ejerce en el incremento de las enfermedades nerviosas y se preguntaba si los sacrificios individuales respecto a la sexualidad merecían la pena ante tan parvo beneficio para la sociedad. Pero niega que la acción del reformismo social competa al psicoanálisis, si bien considera muy deseable que reformadores sociales desde la política mejoraran la situación para reducir esta nocividad: "Si la sociedad paga con un incremento de la nerviosidad la docilidad a sus preceptos restrictivos, no podrá hablarse de una ventaja social obtenida mediante sacrificios individuales, sino de un sacrificio totalmente inútil" (Freud, 1967a: 954). ¿Qué interés había en reprimir la sexualidad? Freud, en sus obras tardías afirmaría que la energía sexual reprimida era la fuerza que había permitido construir la civilización. Por ello sería necesario un reservorio de energía para no recaer en el salvajismo. Esta tesis es cuestionada por Herbert Marcuse (1968) y por Wilhelm Reich.

Dada la presencia generalizada de la represión sexual, Reich concede mucha importancia a la profilaxis, cuestión que sigue estando presente en el movimiento posreichiano. La curación individual es en muchos casos utópica, si no se la acompaña de una acción sobre el medio, lo que los posreichianos denominan "ecología de los sistemas humanos".

2. INSTINTO Y PULSIÓN

Como en tantos otros conceptos, los desarrollos reichianos cuentan con antecedentes en Freud. Por algo se le consideró como uno de sus más brillantes colaboradores. Así, la libido, tan importante y decisiva en el primer Freud, poseía según este una forma cuantitativa —aun cuando no pudiera medirse—: "Construimos, por tanto, la idea de una *libidiquantum* cuya representación psíquica denominamos 'libido del yo'. Y cuya producción, aumento, disminución, distribución y desplazamiento deben ofrecernos las posibilidades de explicación de los fenómenos

psicosexuales observados" (Freud, 1967, I: 810). Reich, más tarde, ya en Oslo, realizará experimentos para demostrar la similitud de la energía sexual con las pulsaciones bioeléctricas. Para este, como para Freud, el principio del placer se expresa en la satisfacción sexual. Según Reich el placer se fundamenta en la pulsación libre de la energía desde el núcleo biológico hacia la periferia corporal para descargarse finalmente sobre el mundo circundante. Pero si la pulsación de ondas energéticas encuentra un obstáculo, la sexualidad se transforma en angustia. Todo bloqueo en la coraza muscular se origina con la limitación de la respiración natural. Así, en una situación de miedo se levantan los hombros, se abren los ojos y se estiran las piernas. Tal reacción muscular corta la respiración; si ese miedo se hace crónico, la contracción deviene duradera y pasa desapercibida para el propio sujeto. Cuando no fluyen libremente las ondas pulsacionales, al verse impedidas por la estasis, cualquier ulterior descarga resulta pobre, desviada de sus fines regulativos, contaminada de rabia y de intermediaciones corticales. Es decir, habrán nacido impulsos secundarios que producirán a nivel consciente reacciones extrañas al yo, cuya causa permanecerá inconsciente —lo que se llaman síntomas neuróticos—, o formaciones reactivas, que ocultarán por inversión la naturaleza instintiva de la pulsión. Como ejemplo de lo segundo, tenemos el ser muy moralistas a nivel consciente e incluso inquisitorial con las conductas de terceros. Estas formaciones reactivas constituirán modos defensivos, convertidos en procesos habituales de comportamiento y de pensamiento, que al racionalizarse ocultan su cualidad patológica y extraña. Semejantes comportamientos e ideas reactivas usan la propia energía sexual una vez adulterada. La vegetoterapia reichiana busca restaurar el flujo libre disolviendo los bloqueos de la coraza muscular.

Para comprender por qué la represión está en el origen, a través de la civilización, del sufrimiento de las personas, diferenciemos entre instinto sexual y pulsión sexual. El primero es el factor energético y biológico con que venimos a la vida. Las pulsiones son las modalidades de ejecución del instinto y que dependen de las culturas diferentes bajo las que cada grupo humano vive. Mientras que en los animales el camino del instinto a

su satisfacción constituye un recorrido natural, perfectamente funcional y autorregulado, en el ser humano la cultura modifica la ejecución (por ejemplo, renunciar a la persona que no nos corresponde y suplirla por otra más asequible) o fuerza a sublimaciones neuróticas (en lugar de emplear la libido para una satisfacción sexual, emplea esa energía para pintar un cuadro) o transmuta la energía sexual en pulsiones verdaderamente perturbadas y apartadas de lo natural.

Posiblemente, la noción de "instinto" en Reich tenga cierto paralelismo con la de "estado de naturaleza" en el Rousseau del primer *Discurso*. Lo esencial no es la existencia efectiva de los objetos referidos, sino su importancia gnoseológica para estudiar las pasiones humanas en los hombres y mujeres de carne y hueso. Rousseau había escrito que "no es tarea liviana el deslindar lo que hay de originario y de artificial en la naturaleza del hombre, y conocer bien un estado que ya no existe, que tal vez nunca ha existido, y del que no obstante es necesario tener nociones precisas para juzgar bien sobre nuestro estado presente" (2011: 129). En efecto, el hombre, para serlo propiamente, ha de estar ya inmerso en la cultura y obrar por pulsiones resultantes de la presión social. En consecuencia, para juzgar sobre el grado de desviación y sufrimiento que los hombres experimentan dependiendo de las distintas culturas en que han crecido, el "estado de naturaleza" para Rousseau y el "instinto" para Reich constituirán las imprescindibles reglas de medida. Habrá pulsiones más favorables y otras más desfavorables para el bienestar anímico. Serían muy bienvenidas al campo del pensamiento estudios serios sobre la proximidad entre el pensamiento de ambos autores.

La perspectiva que adoptaron tanto Rousseau como Hobbes, en cierto grado similar, está alejada del freudismo, para el cual las pulsiones propias del niño en cuanto "perverso polimorfo" ya formarían parte del estado de naturaleza.

Por ello mismo, Reich ha entendido que había que prestar una atención primordial a los cambios que tienen lugar en la sociedad. Cuando la cultura modifica nuestras formas de comportarnos para adaptarnos a nuestro entorno social, el instinto se convierte en pulsión.

En algunos casos, esas pulsiones son calificadas de perversas. Así es como el instinto puede resultar investido de sadismo, de masoquismo, de crueldad, de exhibicionismo, de voyerismo, de fetichismo, de avaricia, de envidia, de ambición, de destructividad… Y no solo la sexualidad natural queda bloqueada y perturbada, sino también la agresividad que resulta de la frustración. Ello se traduce en la necesidad de que la sociedad, mediante severas leyes y policía, controle las pulsiones.

Ahora bien, podemos imaginar una sociedad (nada nos prohíbe ser utópicos) donde tomemos conciencia de las necesidades del mamífero humano y facilitemos el instinto. En tal sociedad la cultura buscaría adaptarse a la natura y no como dice Freud en *El malestar en la cultura* que la natura se tiene que adaptar a la cultura. La primera opción estaría reclamando un cambio en el modelo mismo de energía sexual, consistente en que esta no fuera una cantidad finita dentro de un reservorio individual, sino inagotable por reabastecimiento permanente y según demanda del organismo a partir de una energía cósmica a la que este se hallaría abierto, de manera que a más circulación y descarga correspondería más facilidad de recarga. En una fase más avanzada de su pensamiento, Reich llama a esta energía cósmica "orgón".

La frecuente desarmonía entre el instinto sexual y las pulsiones secundarias que van a canalizarlo no solo empobrece la descarga energética, sino que, además, limita el buen ejercicio de distintas funciones del animal humano como la percepción, el conocimiento, la empatía, la apertura de conciencia y la espontaneidad, y también perturba el correcto funcionamiento neurovegetativo alterando la producción de endorfinas, la secreción de cortisona, etc.

3. CONCEPTO DE SUPERESTRUCTURA IDEOLÓGICA Y CARACTERIAL

Ante el fracaso de los partidos marxistas para explicar la deserción de los obreros y de las clases medias hacia el nazismo luego de la crisis del 29, Reich denuncia el dogmatismo de un marxismo vulgar que no habría

captado la naturaleza dialéctica y multidimensional del pensamiento de Carlos Marx. Este marxismo vulgar, lejos de la objetividad científica, consideraba que la pertenencia económica de clase se reflejaba automáticamente en la conciencia social. Los datos sociológicos que maneja Reich prueban que no es así. Por ello introduce la importancia de la frustración sexual en la génesis de la conciencia de las personas que se inclinan por partidos y posturas autoritarias.

No eran lecciones de economía política lo que querían escuchar los votantes obreros, sino respuestas a sus sentimientos subjetivos, a sus angustias personales acentuadas por la crisis económica, y lo intuyó muy bien Hitler al darse cuenta del deseo de las masas de ponerse bajo el ala protectora de un padre de la nación y de una "madre" patria, advocación esta última que les removía algo que anidaba desde pequeños en su psiquismo y en su corporeidad, cuando la madre real los llenaba de seguridad y amor.

Frente a las excusas retóricas que ofrecieron líderes izquierdistas sobre el ascenso del fascismo, Reich propuso descubrir el factor caracterial que empujó a muchos obreros a pasarse al fascismo en una situación de crisis. Los intereses objetivos de clase no constituyen una fuerza que automáticamente se traslade a la ideología. Esta se alimenta no solo de la infraestructura económica, sino también de la introyección de los valores y creencias surgidos en la clase dominante y que se convierten en normas generales debido al dominio de los medios de difusión, de la legislación y de los púlpitos con que cuentan los poderosos. Para que estos valores y doctrinas calen en las conciencias individuales, se requiere que ya en la infancia se asienten predisposiciones bajo la forma de estructuras caracteriales en ciernes que puedan resonar ante tales principios. Así lo explica Wilhelm Reich (1973b: 29-30):

> Para que una ideología pueda actuar "en reacción sobre el proceso económico" es preciso que antes se haya convertido en un poder material. Si se convierte en poder material desde el momento en que se apodera del hombre, se plantea de inmediato otra cuestión: ¿por qué camino se produce esto? ¿Cómo es posible que un estado de hecho ideológico, por ejemplo, una teoría, pueda originar efectos

> materiales, conmocionar la historia? La respuesta a esta cuestión ha de resolver también el problema de la psicología reaccionaria de masas.

La ideología de cada formación social no solamente tiene como función reflejar el proceso económico, sino también enraizarlo en la estructura psíquica de los hombres de esa sociedad. Dado que una ideología social modifica la estructura psíquica de los hombres, no solo se reproducirá en esos hombres, sino que tomará en la forma de ese hombre concretamente modificado el carácter de una fuerza activa, de un poder material. Es decir, se transformará en fuerza productiva.

4. REICH Y FROMM: PLAGA EMOCIONAL Y MIEDO A LA LIBERTAD

Con el propósito de entender por qué las masas habían abrazado el nazismo, Reich introdujo el síndrome de "plaga emocional", del mismo modo que años más tarde Erich Fromm hablaría del "miedo a la libertad". Tanto uno como otro entienden que estos procesos psíquicos son muy antiguos, y que del mismo modo que explican la reacción de las masas ante el nazismo y los fascismos, explican también fenómenos no menos inhumanos como el estalinismo o incluso comportamientos de las masas en el seno de las democracias y de los individuos en las masas.

Para Reich, las relaciones entre personas también suelen estar marcadas por la presencia de la plaga. Este tipo de conductas colectivas permanecen latentes durante largos periodos, pero cuando acontecen crisis sociales profundas y características estallan como una gran pandemia.

La expresión "miedo a la libertad" ya la había empleado Reich en *Psicología de masas del fascismo*, editada en 1933 en alemán, ocho años antes de la publicación de *El miedo a la libertad* de Fromm en Estados Unidos. Pero mientras que para este el miedo a la libertad consiste en la angustia que acompaña a todo proceso de individuación, porque siempre implica la pérdida de la seguridad que daba la pertenencia a algo mayor

como la naturaleza o el clan, para Reich es un efecto de la acción represiva con que el sistema social somete a los instintos. Tanto en una obra como en otra se trataba de explicar la adhesión de las gentes al fascismo desde el punto de vista de la psicología de masas. Reich (1973b: 58) escribe: "Lo que ha permitido a la propaganda ganarse a las masas ha sido la estructura autoritaria, antiliberal y angustiada de los hombres". Afirmación que con otras formas también está presente en Fromm. Solo que el enfoque de Reich enraíza en el pensamiento del Freud de la primera tópica, donde la sexualidad mantenía una posición liberadora, al tiempo que la represión de esta convertía al individuo en un ser sumiso, de agresividad reprimida que tendía a desplazar contra chivos expiatorios.

Por el contrario, el enfoque de Fromm obvia el factor sexual y lo sustituye por conceptos más éticos, como la pérdida de los vínculos primarios que unían a la naturaleza y al clan, y que otorgaban la seguridad de "pertenecer a". Para sustituir esta pérdida, el sujeto humano tendrá que desarrollar una "libertad para" o religada al mundo y a los semejantes. Esta es virtud de pocos hombres, ya que la mayoría solo han alcanzado la "libertad de" o libertad negativa, que genera soledad y angustia, y que en crisis económicas o bélicas despierta un desvalimiento intenso, del que se necesita defenderse recurriendo a vínculos protectores con líderes autoritarios y a actitudes de conformidad o aceptación acrítica de los valores y creencias de la sociedad conservadora.

En el mito bíblico del pecado original descubre Fromm la simbología del origen de la humanidad. El Edén sería la naturaleza, la pertenencia del hombre al reino animal, donde el instinto es la regla y lo común con los animales. Pero en un acto de desobediencia, de libertad, emerge el ser humano, dotado a partir de ahora de la capacidad de decisión, liberado ya de la atadura al instinto, liberación que a su vez se vuelve una carga, la de la soledad de quien tiene que decidir sin norma, angustiado por el peligro de equivocarse. Y con el desvalimiento que acompaña a la "libertad de", mientras no sea neutralizado por la conquista personal de una virtud, de una fuerza del yo, de una aptitud real para religarse a la

naturaleza mediante la "libertad para", es decir, mediante la capacidad para afrontar la vida en el mundo. Esa capacidad reside en tres potencias: el amor, el trabajo y el conocimiento.

Mientras que Reich valoraba muy positivamente el instinto como presencia en el humano de la energía que rige lo vivo, un instinto que debemos asumir desde el inicio si queremos crecer hacia la espiritualidad y hacia la libertad, Fromm, por el contrario, juzgó que la humanidad había comenzado por un acto de separación del instinto, cuestión que expresa afirmando que "la existencia humana y la libertad son inseparables desde un principio" (Fromm, 1973). Pero esa libertad es "un don ambiguo" porque "se ha liberado de los dulces lazos del Paraíso Terrenal (metáfora del instinto animal), pero no es libre para gobernarse a sí mismo, para realizar su individualidad" (1973: 61). Todo ello "transforma la libertad en una carga insoportable" (1973: 63). Para Fromm, el comienzo de la humanidad consiste en el abandono de la naturaleza para sustituirla por la moral. Para Reich, por el contrario, la moral resulta innecesaria si el individuo opera bajo la autorregulación natural propia del instinto no bloqueado. Lo que debe ser abandonado para que la libertad humana sea posible no es el instinto, sino la perversión de este obrada por la sociedad.

Reich señala que los ataques agudos y colectivos propios de la plaga se sostienen en perturbaciones previas y profundas de la vida amorosa, mientras que remiten cuando, por la psicoterapia, los pacientes recuperan una vida sexual natural: "Periódicamente, como cualquier otra plaga, la plaga emocional adquiere el carácter de una pandemia, en forma de una gigantesca irrupción de sadismo y criminalidad, tal como la Inquisición católica de la Edad Media o del fascismo internacional de nuestros días" (Reich, 1942: 248-249).

La plaga emocional obedece a pulsiones irracionales donde su acción y su justificación son incongruentes. Las razones que se explicitan constituyen justificaciones *ad hoc* desarrolladas desde premisas insolventes basadas en prejuicios. Dicho de otro modo, el verdadero motivo se oculta en el inconsciente y lo sustituye otro aparente.

La intolerancia es el rasgo más evidente de la plaga emocional:

> Donde el individuo sano aconseja y ayuda, donde el individuo sano, con sus experiencias, vive sencillamente frente a los demás y deja a cargo de ellos si quieren o no seguir su ejemplo, el individuo que sufre la plaga emocional impone a los demás *por la fuerza* su manera de vivir. Estos individuos no toleran opiniones que amenacen su coraza o que pongan al descubierto sus motivos irracionales. El individuo aquejado de la plaga lucha contra *otras* formas de vida, aunque no lleguen a afectarle (Reich, 1997: 260).

Con frecuencia, líderes y seguidores de movimientos, incluso de movimientos por la libertad, al estar aquejados de la plaga llevan sus revoluciones triunfantes a la comisión de crímenes similares a los que pretendían abolir. Por ello sostenemos, inspirándonos en Reich, que la política no basta, que debe acompañarse de un cambio personal basado preventivamente en modelos de crianza y educación similares a los que se dieron en algunos pueblos originarios.

En la obra citada, Reich diferencia entre la actitud del individuo neurótico y el afectado de plaga emocional. Mientras que el primero adopta una actitud resignada ante su mala suerte y resulta inoperativo al tener atrapada su energía por los conflictos psíquicos, el sujeto aquejado de la plaga, neutralizado por el rencor cualquier conflicto interior, resulta muy activo contra los grupos o los sistemas de ideas que defiendan la sexualidad autorregulada y los principios naturales de la existencia humana.

Aunque la noción de plaga emocional constituye un instrumento científico de la psicología social (psicología de masas) de Wilhelm Reich, también resulta válido para la psicoterapia individual. Solo que en esta los instrumentos conceptuales principales son las diversas estructuras de carácter y la estasis de la energía sexual. La curación de la plaga corre paralela con la de los trastornos habidos en las distintas estructuras, de modo que, al restaurar la correcta circulación de la libido, al tiempo que remiten los síntomas y la rigidez caracterial, se disuelve la presencia de la plaga. Solo una profilaxis que evitara un desarrollo emocional-sexual infantil lleno de barreras pondría a la colectividad a salvo del virus

liberticida.

5. Y LA PLAGA EMOCIONAL CONTINÚA

Eagleton considera que la ideología en Marx tiene varias acepciones, pero que la lucha ideológica forma parte de la lucha de clases. Por tanto, la ideología es algo más que un pasivo reflejo de las condiciones materiales. La lucha ideológica forma parte de la lucha revolucionaria (Ramírez, 2013).

Podríamos pensar ingenuamente que, dejados atrás los regímenes autoritarios tras su derrota en 1945, cuyos valores habían sido interiorizados entonces por las masas, las democracias europeas actuales estarían a salvo de cualquier eclosión fascista. En el capítulo 5 probaremos que el neoliberalismo no ha hecho más libre al individuo, sino que ha construido una estructura caracterial dependiente del exterior al haber facilitado la constitución de yos débiles. Y, más aún, que el modelo neoliberal es perfectamente compatible con el fascismo. Solo hace falta modificar superficialmente el concepto de globalización cubriéndolo con una capa de patriotismo, nacionalismo, xenofobia, tradiciones y demás mitología.

6. LA DEMOCRACIA DEL TRABAJO

Frente a la política basada en la plaga emocional, lo más opuesto sería, en opinión nuestra, la actitud de lo que Reich llama "democracia del trabajo". Este concepto partía de la idea de que, en el trabajo concreto, las diferencias ideológicas pierden su virulencia y su agresividad y se impone la capacidad de realización y la competencia. En política sucede con frecuencia lo contrario. La capacidad y la competencia en resolver los problemas de la vida real son humilladas, mientras la habilidad polémica, la astucia, el doble juego, todas las dotes estériles, improductivas y dañinas se premian.

La “democracia del trabajo” se presenta como un modo concreto de comportarse en la vida y en la sociedad. ¿En qué consiste este modo? Primero, la democracia del trabajo no se preocupa de movilizar sus fuerzas contra una u otra corriente política ni contra una u otra personalidad política, sino por objetivos concretos. Segundo, la democracia del trabajo no cae en discusiones estériles. El crítico, para ser escuchado en un ambiente inspirado por la democracia del trabajo, deberá conocer el campo de actividad que critica, tener interés en el éxito de la tarea y no en su fracaso, y realizar la crítica con intención constructiva.

7. CARÁCTER Y FUERZAS PRODUCTIVAS

En la teoría económica de Marx la función de las fuerzas productivas es producir los bienes materiales. Las componen, de un lado, los medios de producción: instrumentos, máquinas, aparatos y materias primas; de otro lado, la fuerza de trabajo del hombre, cuyo resultado se mide tanto en horas empleadas como en la experiencia y los hábitos de disponibles.

Las fuerzas productivas no existen al margen de las relaciones de producción. Estas son las mantenidas entre los individuos durante el proceso productivo y consisten en la propiedad o no propiedad de los medios de producción, en el carácter comunal o individual de esa propiedad y en la división del trabajo.

Siendo las fuerzas productivas el factor más dinámico, con frecuencia se adelanta a las relaciones de producción, de manera que la contradicción así surgida constituye una oportunidad para cambiar estas. El desarrollo de la base material y técnica de la sociedad, al que va ligado el desarrollo de las fuerzas productivas, es el motor de la historia.

Como la experiencia y hábitos de trabajo constituyen un factor de las fuerzas productivas, que va ligado a la actividad laboral del trabajador y que mejora e incrementa la productividad, no podemos dejar fuera otros dos factores. Uno sería, en nuestra opinión, la ideología que asume el sujeto y que limita sus contradicciones en su dedicación a la producción.

Por ejemplo, en la época industrial, el grado en que el obrero justificara el colonialismo como un bien para los salvajes desnudos y atrasados, porque se les enseñan valores ausentes en sus propias civilizaciones, podría evitar contradicciones ideológicas que consumirían energía en vez de ser empleada plenamente en la productividad. Otro sería el carácter que, construido por introyección de los valores sociales, se convierte en el factor energético y conflictivo del individuo.

Expondremos en este libro las formas con que el carácter aumenta o entorpece la fuerza productiva del trabajador y que esto es un hecho demostrado en el capitalismo industrial, en el capitalismo neoliberal e incluso en la economía comunal de los pueblos primitivos. Así constataremos de qué manera la economía conforma el carácter para que este sirva eficientemente a la misma. Y es que para la sociología reichiana "todo orden social crea en las masas la estructura caracterial que es útil a sus fines más importantes" (De Marchi, 1974: 25).

CAPÍTULO 3

ESTRUCTURA DEL CARÁCTER EN LOS PRIMITIVOS

Comenzaremos exponiendo unos pocos ejemplos en pueblos originarios de lo que consideramos un principio general: que la sociedad genera siempre en los individuos el tipo de estructura de carácter más útil para la economía imperante. Estos casos que ofrecemos son solo unos pocos de los abundantes ejemplos que podría aportar la etnografía.

1. MALINOWSKI EN LAS ISLAS TROBRIAND

1.1. LOS TROBRIANDESES

Los habitantes de las islas Trobriand de Melanesia, en los años que el etnólogo Bronislaw Malinowski pasó con ellos, se dedicaban a la agricultura y a la pesca, tenían un sistema social matrilineal y patrilocal, practicaban desde la infancia juegos sexuales y disfrutaban antes del matrimonio de una amplia libertad erótica y afectiva. Su sexualidad era bastante natural, sin muchas de las parafilias de los pueblos puritanos.

El mantenimiento de la estructura social y económica, beneficiosa para el parentesco matrilineal, exigía un gran esfuerzo productivo y una compleja trama de intercambios ritualizados que fomentaban un carácter vanidoso y dependiente de la opinión ajena, a la vez que se servían de este hasta el punto de experimentar sentimientos de vergüenza y una necesidad de mostrarse como practicantes de conductas acordes con la norma. En privado, el comportamiento resultaba más relajado y la sociedad tenía una actitud permisiva, siempre que no se produjera una

denuncia pública de los hechos.

Cabe preguntarse por qué, dándose una natural sexualidad desde la infancia, este pueblo no gozaba de una felicidad aún mayor, sino que se producían alienaciones tales como el trabajo excesivo, la necesidad exagerada de aparentar y unas discriminaciones de clase tan acentuadas que imponían conductas chocantes como que los individuos de categoría superior debían permanecer siempre en un lugar físicamente más alto, de manera que un plebeyo tenía que arrastrarse al pasar entre los nobles o estos tenían que levantarse para tener su cabeza por encima de aquel.

Si tenemos en cuenta que la sexualidad, instinto determinante, estaba bien satisfecha, y por tanto no había necesidad de sublimación neurótica, ¿cuál podía ser la causa de ese carácter productivista, a la vez que social y moralmente dependiente, dispuesto a someterse a una estructura económica que no era la más razonable excepto para mantener el privilegio de las líneas matrilineales más poderosas que así conservaban y aumentaban sus propiedades?

1.2. LA SEXUALIDAD

Los trobriandeses consideran que la atracción sexual nace con la mirada, aunque también dan importancia al olfato, por lo que son tan inclinados al uso de perfumes. Por eso, el amor se hace siempre —al menos siempre que haya una verdadera atracción— con los ojos abiertos, mirándose. Esto mismo sostienen los maestros del budismo tántrico. Los nativos juzgan negativamente la sexualidad que practicamos los europeos, por llegarse deprisa al acmé y a la eyaculación. Su forma aborigen de practicar el coito es mediante un balanceo horizontal que permite un contacto más íntimo y menos agresivo que la penetración en forma de embestidas, propia de la postura del "misionero".

El complejo de Edipo, que Freud consideró universal, no aparece entre ellos. La prohibición del incesto, cuando abarca a la madre, no crea preocupación ni vigilancia, porque consideran inconcebible ese deseo. Por eso el acercamiento físico entre madre e hijos no está inhibido. Y, en

efecto, hacia la edad en que ese deseo podría adquirir forma fálica y crear la rivalidad con el padre como amante de la madre, niños y niñas ya han constituido sus repúblicas libres, donde se entregan a juegos diversos, entre ellos los eróticos. No hace falta matar al padre para estar cerca del amor de la madre, por lo que no hay razón para ese deseo y su represión culpable. El padre ni es rival ni es castrador. Y como a los cinco o seis años (lo que correspondería con la fase fálica de Freud) los hijos e hijas ya tienen a otros niños a su alcance, no tendrán que vivir ni revivir una prohibición sexual hacia la madre (aunque entre teóricamente bajo el tabú del incesto), y lo mismo cabe decir, al menos en teoría, respecto del padre (si bien en este caso no se cometería incesto, porque el padre no es pariente dentro de su concepto del parentesco). Si ocurriera, se vería como una falta de consideración por acostarse con la hija de la mujer con la que cohabita. El marido no es considerado como el padre biológico, ya que son los espíritus de los antepasados los que se reencarnan en el vientre de la madre. El padre no procrea. Solo cumple con la necesaria tarea de abrir el orificio por donde penetrará el espíritu.

Diremos que está severamente vigilado e inhibido el afecto entre niño y niña si son hermanos, frustrándose cualquier expresión o acercamiento emocional. Y es que el sistema exige, para funcionar bien, la exogamia, y llena de ansiedad y sanción toda proximidad erótica entre hermano y hermana. Consideramos que el sentido de este tabú tiene que ver con que la estructura económica podría resentirse. Por eso entre hermano y hermana falta la cercanía y la comunicación que se da entre nosotros, y una vez adultos su relación será fría y distante, reducida a los pagos económicos instituidos y a la trasmisión del estatus social. Los sobrinos, es decir, los hijos de la hermana, que suelen vivir en otra aldea por la patrilocalidad, carecerán de afecto hacia el tío y viceversa. Este se sentirá compelido a realizar grandes esfuerzos y sacrificios para quedar bien ante la comunidad y ante sus consanguíneos, de manera que exhibirá públicamente las ayudas alimentarias que proporciona. Es frecuente en los grupos humanos que cuando los sentimientos reales no se dan, tengan lugar sobreactuaciones institucionalizadas. Toda esta pompa y trabajo

secuestra las energías que podrían dedicarse al principio del placer.

Los niños pasaban de la oralidad a incipientes formas de genitalidad, sin hostilidad reprimida hacia un padre-rival, porque en la república infantil hallaban las primeras formas de actitudes heteroeróticas. Los padres varones, con cariño y dedicación, limpiaban las heces de los vástagos, semejando unas niñeras en lugar de progenitores déspotas y patriarcales. Eran amigos de sus hijos y los cuidaban, ya que ninguna otra cosa los unía a ellos que no fuera el convivir en la misma choza, jugar con ellos y enseñarles las primeras nociones y habilidades. Nada más los unía porque no eran familia, no eran hijos de su carne, ni ellos mismos eran los cabezas de familia. No heredarían sus tierras, su categoría social, sus privilegios ni su magia.

El papel de ley y autoridad tribal, de represión y prohibición, está representado por el tío materno, aunque no de la misma manera que en las sociedades patrilineales. Por un lado, al ser una sociedad matrilineal y patrilocal, el tío materno vive en otra aldea, ejerciendo una acción a distancia que no equivale a la opresión íntima que se daría si se compartiera el mismo techo o la vecindad. Él es el poder y la figura que se idealizará como autoridad y modelo. Igualmente, será el personaje en el que se depositarán las pulsiones hostiles de rivalidad. El padre trobriandés, que cohabita con el niño, se ve desligado de las funciones represoras y de depositario de la hostilidad del hijo, lo que evita la contradicción ambivalente de amor-odio en una misma figura. Por ello no se produce el complejo de Edipo.

Para Malinowski son la estructura social y las relaciones económicas las que determinan el que en un grupo humano surja o no dicho complejo. En una sociedad organizada según el modelo trobriandés es poco probable que padre e hijo entren en conflicto. Y en caso de que el conflicto, como es más usual, tenga lugar entre tío y sobrino, no será por razones sexuales, sino por otras causas que no se dan en la etapa del Edipo, sino más tarde, en la adolescencia (Malinowski, 1971) y que tienen que ver con el trabajo y el cambio residencial del sobrino para atender las exigencias del tío.

Expuestas las explicaciones de Malinowski (1969) sobre los temas citados, tengo que hacer la siguiente reflexión: no hay un tabú fuerte del incesto entre los cazadores-recolectores nómadas, porque es innecesario dada la facilidad de acceso sexual y la ausencia de propiedad. Solo con propiedad privada se prohíbe el incesto explícita y severamente, ya que la estructura familiar, que ahora se vuelve sólida, defiende algo más que la temporal satisfacción entre los individuos y carga al grupo familiar con el peso de cuidar de unas necesidades adquiridas y alienantes. Alienantes porque el grupo se somete a la propiedad de tierras o ganados y al estatus que esta propiedad confiere y significa.

El pretendido Edén que creyó hallar Malinowski no era tal. Se trataba posiblemente de una sociedad razonablemente feliz, pero en la que se daban celos, envidias, suicidios por amor, por vergüenza o por venganza, así como desigualdades sociales importantes, abusos de poder, alienación por la riqueza y por el parecer frente al ser, desigualdades en la importancia social de los géneros, un exceso de productivismo que, a partir de la edad adulta, obligaba a una represión de la libido para dedicar más energía al esfuerzo laboral, una estructura caracterial muy dependiente de mostrarse mejor o tan bueno como los demás, de contar con su aprobación y admiración, que obligaba a pesadas cargas y deberes. Todo ello, ciertamente, en grado muy inferior a como sucede en nuestra civilización y en gran parte de los pueblos sedentarios.

1.3. ECONOMÍA Y RASGOS DE CARÁCTER EN LOS TROBRIANDESES

La estructura social es matrilineal y patrilocal como hemos dicho, de manera que el derecho civil matrilineal predominante coexiste con un sistema patrilocal del matrimonio. Esta patrilocalidad diluye los roces entre dos derechos, el del hermano de la madre (*kodagu*) y el del marido (*tama*), atenuación que se refuerza con ciertos usos consentidos y con trampas más o menos legales. La patrilocalidad ocasiona un notable gasto de energía para llevar a término la obligación que tiene el *kodagu* de

cumplir con el grupo conyugal de la hermana: largos desplazamientos para transportar los alimentos, así como rituales de entrega y exhibición de estos.

En su obra *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Bronislaw Malinowski trata de probar que entre los aborígenes de las islas Trobriand no solo hay un derecho penal, sino también civil. No constituyen sistemas jurídicos abstractos, sino que proceden de las costumbres consolidadas por su carácter racional para el funcionamiento de la sociedad. Refuerzan su estructuración dual y la reciprocidad de conductas entre grupos e individuos, formadas esas relaciones duales por categorías que implican reglas de dar y recibir.

Contra las concepciones sociológicas que solo ven a los melanesios y a los primitivos como autómatas seguidores de las costumbres, o dominados por un "instinto gregario", Malinowski descubre en seres diluidos en el grupo comportamientos que si no chocaran con la sanción pública, se llevarían a cabo bajo la fuerza de pulsiones individuales y egoístas. Las costumbres no bastarían para cumplir con lo que la sociedad espera de cada cual. Pero el egoísmo, unido a la racional previsión de la consecuencia social y jurídica de los actos, ayuda a que cada uno procure cumplir con su deber, cosa que no se haría si los demás no fueran a enterarse.

Esta obra de Malinowski no nos trasmite datos brutos, lo más empíricos posibles, sino que nos parece posible que los hechos se hayan seleccionado en función de una hipótesis de trabajo previa y, a su vez, contaminada por la ideología del autor en la línea del liberalismo: los individuos, obedeciendo cada uno a su egoísmo, producen el mayor bien social para el mayor número de personas. Cada cual, persiguiendo su propio bien, incluso cuando por egoísmo razonable renuncia a ciertos comportamientos, contribuye a un funcionamiento social satisfactorio para la economía trobriandesa. La presión social y la importancia de la opinión pública dan a este pueblo, calificado por Malinowski como sexualmente libre, la capacidad de coaccionar ciertos deseos importantes del individuo y forzarlo a la represión, limitándose así su felicidad so

pena de verse sujeto al oprobio y, en ocasiones, al suicidio. Los adolescentes suicidas, normalmente por enamoramiento, pagan su culpa de incumplir la norma porque no soportan el oprobio. Al mismo tiempo, el suicidio es un acto de protesta contra quienes causaron su situación: el cónyuge traicionado, la propia matrilínea que no le defendió, etc.

Los vicios civilizados de los melanesios muestran que no son psicológicamente elementales: un egoísmo inteligente, la vanidad y la ambición forman parte de su carácter. Así, por ejemplo, la vanidad los hace cumplir con sus deberes y se manifiesta en la exhibición de los alimentos y de la riqueza. El regalo consuetudinario se lleva a cabo con un ceremonial del que forma parte el trompeteo de caracolas marinas. Y las edificaciones donde se guardan las cosechas son más lujosas que las chozas donde viven. ¡Qué distinto de la ausencia de vanidad del cazador-recolector, que afirma que su éxito en la caza fue cosa de suerte!

También entre estos melanesios se valora mucho la liberalidad, mientras que es causa de vergüenza sufrir necesidad y pobreza. El egoísmo está sosteniendo el cumplimiento del deber. Toda transacción comercial se lleva a cabo con desencuentros y discusiones, pero acaba triunfando el acuerdo, porque el egoísmo inteligente y la obediencia a las expectativas sociales se imponen. Pero, si nadie se enterara, eludirían los deberes y el derecho sería la única fuerza coactiva que podría amedrentarlos.

En los pequeños grupos de cazadores recolectores nómadas, como son los mbuti del Congo o los hadza de Tanzania, una pelea interna con frecuencia se resuelve con un cambio de grupo de uno de los enfrentados. En las sociedades agrarias esto no es posible, porque el individuo está vinculado a la aldea y al grupo familiar, y estos, a su vez, a la tierra bajo propiedad privada. Por ello es tan importante aparentar buena conducta. El individuo no obra bien por un automatismo social internalizado a partir de las costumbres, sino por las reglas del derecho, las cuales establecen cómo deben ser las transacciones y cómo cada servicio debe ser compensado posteriormente. El carácter presumido y ambicioso los lleva a cumplir el deber por conveniencia y cálculo.

La mujer está siempre bajo la tutela de su hermano, a quien obedecerá, mientras que él se hará cargo económico de ella incluso después de casarla. También es el custodio de los hijos de la hermana. Tiene que facilitar al esposo y a los hijos de ella una notable porción de alimentos. Como la residencia es patrilocal, resulta aún más pesado transportar los alimentos a la aldea donde vive la hermana, y así es como hay una cadena de desplazamientos por la isla o incluso entre las islas. Los alimentos de la donación se exhiben en una gran pila piramidal. "Soy un buen agricultor y mis parientes más próximos, mi hermana y sus hijos, no sufrirán nunca por falta de comida" (Malinowski, 1971: 50). Luego, la pila se deshace y se vuelve a montar delante de la casa depósito del ñame del marido. Todo este ceremonial tiene una fuerza obligatoria. Exhibición, comparaciones públicas constituyen una compulsión psicológica para el dador, porque si se mostrara tacaño o hubiera tenido una mala cosecha, sentiría humillación. Y es que, además, el trabajo y la acumulación de ñame no tienen como propósito prevenir la escasez, sino satisfacer el exhibicionismo.

Malinowski nos describe esa pesada obligación de producir y transportar los alimentos al almacén del marido de la hermana:

> En la época de la cosecha los caminos están repletos de grandes grupos de hombres que transportan comida o regresan con las cestas vacías. Un grupo procedente del lejano norte de Kiriwina tiene que recorrer unas doce millas hasta la ensenada de Tokw'ukwa, embarcar en canoas, impeler una batea durante millas a lo largo de los bajos de la Laguna y caminar otro buen trecho tierras adentro desde Sineketa; y todo con el objeto de llenar el almacén de ñame de un individuo que bien podría llenarlo por sí mismo de no ser porque tiene la obligación de entregar toda su cosecha al marido de su hermana (1982: 180).

1.4. LA VIOLACIÓN DE LA EXOGAMIA

Se producen choques, unas veces latentes y otras públicos y explosivos, entre naturaleza y cultura (ley). Veamos un caso ilustrativo.

El joven Kima'i, de 16 años, se suicidó tirándose de un cocotero. Había

quebrantado la ley de la exogamia (derecho matrilineal) con su prima materna. Esto era desaprobado únicamente con cotilleos, hasta que un pretendiente despechado lo acusó en público de incesto. Al joven solo le quedó una salida: subirse a una palmera ataviado de fiesta y castigarse quitándose la vida por vergüenza. Pero previamente lanzó acusaciones contra quien le empujaba al suicidio y pidió al clan venganza. En nuestra opinión, aquí vemos el conflicto entre naturaleza y cultura: un individuo emocionalmente sano no puede soportar la negación del instinto que el sistema de intereses económicos y sociales obliga a reprimir excesivamente. Reflexionemos hasta qué punto la salud emocional es incompatible con la falta de calidad en la satisfacción del deseo sexual.

Otro ejemplo conocido por Malinowski es el de Bukamula, muchacha enamorada de un chico de su subclán, pero que estaba comprometida con un pretendiente oficial por el que no sentía amor. Cuando este descubre que el otro la visita en la cabaña de solteras, la denuncia públicamente. Bukamula se pone su vestido de fiesta y, tras lamentarse, se arroja de una palmera.

Malinowski relata más casos de suicidio por conflicto entre enamoramiento y parentesco, o entre enamoramiento y cónyuge en casos de adulterio. La ausencia de salida al conflicto entre la pasión y lo prohibido es lo que precipita al suicidio. Pero la causa profunda es el insulto público, sin el cual el conflicto profundo no habría derivado en muerte. Sucede como si el carácter hubiera sido conformado para que la vergüenza resultara insoportable y así el principio del derecho matrilineal y su férrea unión con la propiedad y la trasmisión de esta quedarán a salvo. Este conflicto y prohibición estaba más acentuado en la clase dirigente de los subclanes, precisamente porque el poder se asentaba en la propiedad.

Siempre se trata de una explosión emocional —una ruptura de la coraza, una circulación libre de la energía en terminología de Wilhelm Reich—, pero que al violarse las reglas de la exogamia o la de prohibición del adulterio causa una injusticia. Por lo tanto, requiere una expiación.

Se autocastiga (moral), pero se queja por el maltrato (incomprensión a su necesidad de satisfacer el instinto). La naturaleza se subleva contra su cultura. Vemos claramente la contradicción entre moral sexual e instinto sexual. Al igual que en sociedades más complejas, si es que realmente lo son, entre los trobriandeses la negación del instinto también produce el malestar de la civilización, el sufrimiento, la muerte incluso. Además, el suicidio consolida la importancia de la ley y desempeña un papel conservador. A la vez, paradójicamente, es testimonio de salud: el amante mantiene el contacto vivo con su naturaleza y sus necesidades emocionales, de manera que prefiere el suicidio a renunciar al eros. No se trata, creemos, de un romanticismo decadente, porque la forma de vivir el sexo y el modo de aprendizaje sexual no daban cobijo entre aquellas gentes a amoríos platónicos sin carnalidad inmediata.

Lo ideal y lo real no concuerdan entre los trobriandeses, como nos pasa también a nosotros. Todas las mujeres del subclán son llamadas hermanas y tener ayuntamiento con ellas es incesto. Si se les pregunta por esto, afirman que el incesto en el clan vendría castigado por enfermedad y aparición de llagas. Pero los hechos no coinciden con la doctrina. En el caso de Kima'i, la opinión pública contemporizaba con el incumplimiento de la exogamia. Jamás se habría pedido un castigo severo. Pero si estalla el escándalo, todos estarán contra la pareja infractora y el ostracismo llevará al suicidio. Hay, pues, una diferencia entre lo que se manifiesta y enseña oficialmente y lo que se practica, como sucede en nuestra sociedad. Y ello a pesar de lo importante que es para los trobriandeses, para su sistema de parentesco y de propiedad, la prohibición del incesto. Y es que las leyes, como entre nosotros, se quebrantan sistemáticamente. A la hora de la verdad, solo entre hermanos carnales, y en menor grado entre primos carnales, se toma en toda su importancia la gravedad del incesto. Como explica Malinowski:

> En las Trobriand, la violación de la exogamia se considera de modo muy diferente según si los dos culpables están estrechamente emparentados o solo unidos por lazos de clan común. Para los nativos, el incesto con una hermana es un crimen indecible, casi inimaginable, lo cual, repetimos, no significa que no se cometa

> nunca. El quebrantamiento de la ley de la exogamia en el caso de una prima hermana por línea materna es una ofensa muy seria que puede tener, como hemos visto, consecuencias muy trágicas. A medida que el grado de parentesco se aleja, la severidad disminuye cuando el acto se comete con una persona que meramente pertenece al mismo clan; entonces, la violación de la exogamia no es más que una ofensa venial que se perdona fácilmente [...]. La mayoría de los informantes no solo admitían, sino que incluso se vanagloriaban de haber cometido esta ofensa o la de adulterio (1971: 100-101).

Para muchos nativos las aventuras eróticas con parientes lejanos del subclán resultan especialmente excitantes y divertidas. Aunque esto solo vale para las aventuras eróticas, porque en el caso del matrimonio la prohibición endogámica se respeta mucho más, como era de suponer por las implicaciones económicas y de propiedad que afectan a ambas instituciones, la exogamia del matrimonio y los intercambios entre subclanes sobre los que se construye la vida colectiva.

Aunque en la vida social hay una marcada desigualdad entre géneros, dado que la mujer no tiene acceso al ejercicio del poder ni a la propiedad de los medios de producción (tierras, canoa) y está excluida de las reuniones de la tribu, así como de las deliberaciones públicas relativas a los cultivos, pesca, caza, expediciones marítimas, cosa distinta sucede dentro del hogar. Allí la relación es más democrática, más igualitaria. Es el lugar de las relaciones afectuosas entre esposos y padres con hijos, donde se satisfacen las verdaderas necesidades emocionales y no públicas. El hogar, por decirlo con nuestras palabras, es la sede de lo femenino, de lo biológico y afectivo. En la plaza central, al atardecer, los hombres se reúnen para hablar. La calle es el ámbito de la vida doméstica. Allí, mientras ellas cocinan, los maridos atienden a los niños y los distraen. Durante el día, hombre y mujer han salido juntos a la huerta, a recolectar en la selva o a recoger conchas en la playa. Otras veces, cada género va por separado a realizar sus actividades. En general, la vida del grupo matrimonial es bastante democrática y afable.

En conclusión, aunque el orden general de la comunidad trobriandesa lo valoramos como patriarcal, la organización del hogar, es decir, la esfera

privada, es igualitaria y constituye un modelo sexual-afectivo que salva a esta población de la presencia del complejo de Edipo. Es la sexualidad libre permitida durante el periodo de crecimiento, exenta de la represión de la mayoría de los sistemas patrifocales, la que compensa en lo personal los efectos nocivos que suelen tener las sociedades autoritarias y patriarcales. La sexualidad genital alza una barrera frente a las formas opresivas de la sexualidad que genera el patriarcado.

2. MARGARET MEAD: SEXO Y TEMPERAMENTO

En esta obra del año 1935 (1994) Margaret Mead expone sus experiencias de campo en tres tribus de Nueva Guinea, los arapesh, los mundugumor y los tchambuli, situados en el noreste de la gran isla. Debemos entender la palabra sexo como género. Y la palabra temperamento como carácter. "Temperamento" ha sido utilizado por la psicología para referirse a factores de tipo constitucional, de naturaleza fisiológica, hormonal, que inciden en la personalidad. Por "carácter" vamos a referirnos a la manera constante y predominante de reaccionar y comportarse una persona. Para la corriente reichiana es el mecanismo de defensa general de la estructura adaptativa o neurótica.

2.1. LOS ARAPESH

2.1.1. Generalidades

Margaret Mead permaneció ocho meses con los arapesh de Nueva Guinea. Este pueblo ocupaba tres entornos muy diferentes. Los de la costa contaban con un hábitat generoso para la agricultura y la pesca; vivían en casas espaciosas y cómodas, dentro de pueblos grandes y próximos, llevaban una existencia placentera. El segundo grupo, el de la llanura, de hábitat menos favorable, compensaba esta desventaja mediante intercambios con sus vecinos, belicosos cazadores de cabezas; al igual que estos últimos, estaban inclinados a la práctica de la brujería, que

usaban para chantajear a los otros grupos. El tercer grupo, habitante de montañas de difícil acceso, con tierras pobres donde abundaban los barrizales, sobrevivía a duras penas mediante una difícil agricultura y caza; las aldeas eran muy pequeñas y las casas frágiles cabañas. Con este colectivo permaneció Margaret Mead, en el poblado más grande, Alitoa, de 24 casas y 87 habitantes, de entre los cuales solo tres familias residían todo el año. Eran sociables, hospitalarios, pacíficos y amantes de la comunicación. Recibían con alegría a los visitantes y organizaban fiestas para reunir a los amigos de otras aldeas; la distancia de las huertas y la pequeñez de las casas convertían en incómodas estas reuniones, pero su sociabilidad y empatía hallaba en las visitas un placer superior a las molestias físicas que suponían.

Para los montañeses los habitantes de la costa serían los árbitros de la elegancia. Allí nació la costumbre de vestirse y adornarse, sustituyendo los escuetos taparrabos. Por un proceso de regalos mutuos, que nunca llamarán comercio, los del litoral exportan danzas, modas de arreglarse el cabello, cantos, trucos, adivinanzas, piedras para las hachas, arcos y flechas. A cambio, los montañeses les corresponden con cerdos, tabaco, plumas, sacos de red, vasijas y anillos de concha. No se lleva una contabilidad de los intercambios ni hay apremios para recibir algo a cambio de lo entregado. A estas transacciones las llaman "intercambio voluntario de regalos". Para los montañeses resulta muy trabajoso reunir más tabaco del que autoconsumen. Tampoco fabrican manufacturas: las han de obtener de los arapesh del llano. Podríamos decir que el valor que aportan los montañeses en esos intercambios consiste principalmente en los largos transportes como intermediarios.

Los montañeses son gentes cooperativas: nadie, por ejemplo, construye solo su casa. Los demás, cuando van de cacería, lo tienen presente, recogen algún material para esta y lo depositan al pasar junto a la obra, además de ofrecer su ayuda. Los varones, sobre todo, pasan la mayor parte del tiempo incorporados a proyectos ajenos. Cada hombre cultiva varias huertas. En una es anfitrión, en las demás, invitado. El trabajo se hace cooperando entre tres y seis hombres y alguna esposa. Duermen

amontonados en un refugio. Los grupos de trabajo son inestables. Las huertas no se siembran a la vez, a fin de que la producción sea sucesiva. No es la necesidad de acumular esfuerzo físico lo que empuja a trabajar juntos, sino el placer de la comunicación.

2.1.2. Represión sexual y sublimación

En esta colectividad patrilineal y patrilocal, Mead resalta la igualdad entre los géneros y la naturaleza casi matriarcal de su organización. Pero la lectura atenta de sus escritos nos decepciona: la sangre del varón es pura, pero la de la menstruante y de la parturienta exige reclusión en la zona más innoble de la aldea, alejada de las casas y compartiendo lugar con letrinas y cerdos. Los ancianos eligen a aquellos niños que parecen tener un carácter más competitivo para formarlos como dirigentes, posición que ocuparán hasta su retiro cuando su hijo mayor alcance la pubertad; nunca se escoge a niñas para esta función. Por el contrario, se insiste en que esto se hace por su bien, apartándolas de ingratas tareas. La infantilización de la mujer también se refleja en el reproche moral a los imprudentes y descuidados que sufren ridículo por conductas poco convencionales de sus esposas. Desde la perspectiva de los varones arapesh, la mujer y los niños son equiparables. La base del deber de obediencia es el haber sido alimentado para formar su cuerpo. Esto sucede con el hijo respecto del padre, y la esposa respecto del marido. "Toda la organización social se basa en la analogía entre esposas y niños, que representan el grupo más joven, menos responsable que el de los hombres y que, por tanto, necesita ser guiado" (Mead, 1994: 79).

Quizás la cooperación entre marido y esposa en los cuidados y crianza del bebé es lo que sorprendió a Mead, en claro contraste con lo que sucedía en el mundo occidental. En el capítulo "Nacimiento de un niño" (1994: 43-49) comenzamos por saber que la aportación de materia al recién nacido es al 50% (semen más sangre). Al fallar la menstruación, se produce un breve periodo de intensa actividad sexual para "hacer un niño". Cuando se ven cambios en los pezones de la mujer se considera

que el niño está terminado y se le trata como a un huevo depositado en el útero. A partir de ahí el matrimonio debe evitar el sexo y la madre permanecerá en reposo y tranquilidad.

Luego del parto, en que ha sido acompañada de mujeres experimentadas, madre y criatura vuelven a la aldea, donde se les construye una pequeña cabaña apartada de las casas. Es el momento en que el padre se incorpora al cuidado del niño y permanece en la cama junto a él cuidándolo.

El amamantamiento durará tres o cuatro años. Deberá haber abstinencia sexual entre los casados para evitar un nuevo embarazo, que obligaría al destete y supondría un desarrollo precario del infante.

Durante los tres o cuatro años primeros de vida, ambos progenitores, indistintamente, limpian las heces y dan con paciencia sopa al bebé con una cuchara. Dormirán siempre juntos con el crío, cuya independencia será progresiva, pasando de la absoluta lactancia a la creciente introducción de otros alimentos. En este proceso, la criatura recurrirá cada vez menos al pecho para nutrirse y más para recibir afecto, seguridad y evitar la tristeza. Finalmente, cuando se acerque al seno materno será a causa de un dolor físico o por miedo de algo.

Destaquemos la coincidencia de este proceso ideal, tras el cual los padres se sienten virtuosos, con la teoría posreichiana del ecosistema humano acerca del proceso de independencia, coincidiendo también con la postura de algunos notables psicoanalistas sobre la separación y el acompañamiento necesarios en estos primeros años para evitar la formación de estructuras escindidas y fronterizas.

La lectura de Mead nos lleva a pensar, por las prácticas de abstinencia que se imponen al matrimonio durante el embarazo y después, extensivas también con cualquier pareja alternativa que surgiera, en una insatisfacción sexual poco compatible con la naturaleza pacífica y cooperativa de esta gente. La etnografía proporciona bastantes datos que relacionan la crianza infantil afectuosa y la permisividad sexual en ese periodo con una sociedad adulta cooperativa y pacífica. Por el contrario, la severidad excesiva, el desapego en la crianza y la vigilancia excesiva

de la conducta sexual infantil coinciden con sociedades donde los adultos son competitivos y violentos. Sin embargo, entre los arapesh las abstinencias sexuales impuestas a la vida de los adultos no se han traducido en la formación de caracteres de este tipo. Y los otros dos factores señalados no solo se hallan ausentes, sino que predomina lo inverso, por lo que no han podido actuar produciendo tendencias belicosas. Este grupo humano ha gozado, en la infancia, de una buena satisfacción oral. La represión instintiva, en todo caso, ha venido ya con la genitalidad infantil. Sabemos que el desapego, los malos tratos, la frustración oral y la prohibición genital suele estar en la base de los pueblos violentos. Pero aquí solo se da la última de estas negatividades. También nos ha mostrado Reich que la inhibición sexual-genital desarrolla niños inhibidos, obedientes y demasiado sumisos. Por el contrario, el ejercicio de la genitalidad da al carácter apertura y decisión. Así pues, la buena satisfacción oral ha conferido optimismo, serenidad y bondad; la frustración genital ha privado de emprendimiento y de rebeldía, generando pasividad. En resumen, un carácter que de adulto resulta ajeno a la competición y a las disputas. Rasgos todos favorables para una existencia recluida en zonas montañosas alejadas, pantanosas y pobres, que no van a propiciar la ambición de los distantes vecinos del plano. Colaboración, ayuda mutua y confianza en los demás son cualidades para funcionar muy bien en una modesta economía de subsistencia.

Mead considera a los arapesh de las montañas un pueblo feliz. Padre y madre contribuyen al 50% a cuidar la descendencia y alimentarla. Los dos grandes objetivos de esta colectividad son la crianza y la obtención del sustento. Varón y hembra, con constitución diferente, colaboran en la tarea común. Hacen cosas distintas con un mismo objetivo: satisfacer las necesidades de la generación siguiente. El papel complementario de padre y madre es maternal. Mead hace una exaltación casi rousseauniana de la vida sencilla y de la escasez, gracias a la que viven en paz sin despertar envidias ni ambiciones ajenas. Debemos considerar que Margaret Mead habla de los montañeses por cuanto que a los costeros y

del llano los conoce por referencia.

> Si no fuera por las influencias que llegan de la llanura y de la playa, solo quedaría la plácida aventura de vivir en las montañas, tan poco fértiles que ningún vecino las desea para sí, tan inhospitalarias que ningún ejército podría invadirlos y encontrar en ellos alimentos para sobrevivir, tan abruptos que la vida allí sería difícil y exigente (1994: 29).

Los arapesh aprecian el matrimonio duradero. La lejanía de residencia entre los futuros contrayentes tiene la ventaja añadida de que siempre podrán recibir buena acogida en desplazamientos largos, dado el papel de intermediación "comercial" que desempeñan entre los tres territorios de la etnia.

Las niñas de seis años van a vivir con la familia de su futuro suegro, ya que ambos padres han acordado el matrimonio. Así adquirirá afecto por la familia política, con la que residirá hasta su muerte y con ella recibirá sepultura. Es valioso que la niña escogida cuente con parientes políticos que sean buenos horticultores y cazadores. No es un valor la belicosidad. Quien escoge esposa para su hijo está escogiendo también cuñados que serán tíos de sus nietos, ampliándose el afectuoso círculo familiar.

Dentro del principio general cooperativo, en las partidas de caza la pieza es de quien la divisa antes. Pero se evita ser el primero para no despertar envidias. Sucede algo parecido entre las bandas de los cazadores-recolectores nómadas para aminorar las envidias y fortalecer la unión del grupo. En algunas etnias el que caza es el único excluido del reparto. Al no existir el sentido de propiedad del territorio en aquellas bandas primitivas, la pieza es de todos. "No hay generosidad" porque no hay sentimiento de "lo mío".

La educación tiene como fin disminuir la violencia y oscurecer los motivos de esta. Las explosiones de ira los horrorizan. Además, se valora igual al homicida en la paz que en la guerra. La valentía no es un mérito. En todo caso, habría funcionado la magia protectora para el que marchó al combate y regresó incólume.

En coherencia con esta moral pacifista, el hombre que ha sido herido en un enfrentamiento o en un accidente de caza debe indemnizar a los

hermanos de su madre, a sus tíos paternos, por la sangre perdida, porque la sangre no es propiedad individual, sino del clan. En cualquier otra sociedad sería al revés, quien ha matado o herido a otro tendrá que indemnizar al clan de este por la sangre derramada. Pero aquí también las normas son coherentes y refuerzan el principio moral central como en cualquier sociedad. En los arapesh se tiende a negar la acción real homicida atribuyéndola a un acto de hechicería ajeno al causante: no había intención de matar. Incluso el asesino material lleva luto y recibe condolencias, pues su lanza acertó por un acto de hechicería atribuible a algún habitante del llano, ya que no se arrojó con tal propósito.

En conclusión, tiene lugar una contención de la sexualidad y de la agresividad. Son sociables, amables, lo cual podría tratarse de una formación reactiva. Pero Mead cree ver en ellos sincera felicidad por las visitas, a cuya presencia sacrifican gustosamente la comodidad. No hay tampoco noticia de suicidios. Los informes de Mead no sugieren una estructura neurótica predominante, que habría debido ser compulsivo-obsesiva y masoquista por la aceptación de cargar dócilmente con el castigo que correspondería al agresor. Por ello, este pueblo de las montañas constituiría cierta parcial refutación de Freud y de Reich. Al contrario de los trobriandeses, que confirman a Reich, y de los pueblos sexualmente libres enumerados por el sexólogo Manuel Lucas Matheu (2009), que se caracterizan por una actitud apacible, en los grupos que practican una educación sexualmente represiva y frustrante se debería desarrollar un carácter inquieto e irascible. Según esto, los arapesh, aunque son educados bajo normas pacifistas, sufren inhibiciones en la libido que deberían anunciar un pronóstico no solo de neurosis, sino también de propensión a explosiones violentas o a caracteres hostiles, resentidos y desconfiados, o bien suicidas. Mas no sucede así. Pero lo que habría que mirar es, en los pueblos violentos a la par que reprimidos sexualmente nombrados por Matheu, qué peso representa la represión sexual oral y no solo la genital.

El aislamiento en las montañas y la pobreza del entorno protege a estos arapesh y su economía de la agresión externa. Lo cual, junto con la

pobreza del hábitat, podría convertir en más valioso el carácter inhibido, obediente, amable y colaborativo de sus aldeanos que el carácter agresivo, competitivo y emprendedor de otros pueblos. Dado que la dificultad de la vida arapesh hace valiosa la colaboración para la supervivencia, vuelve muy convenientes las tendencias pacíficas y amistosas entre los vecinos, dejándolos a salvo de las fricciones internas. El carácter algo más activo y agresivo quedará reservado a unos pocos sujetos escogidos desde niños por los ancianos para ejercer temporalmente la dirección del grupo.

Únicamente deberíamos añadir una consideración. La tendencia de los varones a infantilizar a las mujeres, a excluirlas de los deberes de responsabilidad representa un sadismo blando, propio de quien toma la decisión de cosificar al otro en objeto débil y tierno, al que hay que evitar cualquier sufrimiento. La niña es objeto de placer contemplativo por parte del varón, en espera a que crezca y se convierta en su esposa. Tal actitud protectora podría representar para el hombre la sublimación de una sexualidad en un ideal que anulará en la niña y en la posterior mujer cualquier capacidad de rebeldía, habida cuenta de que tendría sentimientos de culpa si causara dolor a quien siempre la trató bien. También contendría esta actitud de los varones algo de formación reactiva.

2.1.3. Educación sexual

Pasemos ahora a tratar brevemente de la pareja y del matrimonio, con el fin de comprender cómo se integra en el individuo la ideología sexual desde la infancia.

Los arapesh de las montañas no conciben el interés sexual fuera del matrimonio. Hay que rodear de precauciones la sexualidad. No mezclar el calor, masculino, entendido como lo que tiene comunicación con lo espiritual, con el frío femenino, en el sentido de hostilidad a lo sobrenatural. Esta idea tampoco representa un pensamiento de igualdad de género, a pesar del entusiasmo de Mead. Más bien se halla en la línea

de la tesis de María José Jonciles (2001) de que lo femenino nace y lo masculino se hace, que la mujer es naturaleza y el hombre cultura. Por ello los varones pasan ritos de iniciación, a veces severos. Hay que probar que se es hombre. Mientras que la mujer, como se queda en la naturaleza, no tiene que alcanzar nada más allá del estado con que llega a la vida. Esto es ciertamente ideología, pero la actitud patriarcal viene de muy antiguo.

Para evitar esa mezcla entre dos elementos antagónicos e inconciliables (calor y frío), conviene un largo noviazgo donde la prometida, inexperta, crezca dentro de la familia del esposo dejando de ser una extraña, para que amarla no encierre el peligro de que parte de la personalidad del novio caiga en manos de un hechicero. Recordemos que la hechicería la practican los del llano, que la han aprendido de sus vecinos cazadores de cabezas.

Pensamos que los arapesh del monte temen la pérdida de control, ya que se les ha educado en la contención de las pulsiones. Es probable que la represión del instinto haya producido una coraza que limite la plenitud del abrazo genital y de la descarga energética concomitante, situándose en este punto lejos del reflejo del orgasmo. Y resulta posible que la represión sexual haya abierto una vía a la sublimación consistente en la entrega compensatoria al cuidado de los niños y al trabajo colaborativo como canalización de la energía sexual reprimida. Esto hallaría cabida en una interpretación freudiana, pero estaría en cierta disonancia con la concepción reichiana de la sublimación, que es para esta corriente un mecanismo de defensa neurótico, excepto en el caso de quienes ya tuvieran una vida sexogenital satisfactoria.

Incidiendo en la cuestión de la inhibición de la genitalidad, también dentro del matrimonio hay que ir con cuidado. Novia y novio deben desprenderse del frio y del calor, del peligro de que se entremezclaran si las cosas no siguen un ritmo pausado, porque los hijos serían enfermizos y las cosechas y la caza, malas. Tendrán que practicar concretos rituales para evitar la presencia intensa del calor y del frío. Ninguno de los dos sexos reconoce un espasmo final específico en la mujer. Del final

masculino solo se describe la pérdida de turgencia.

Hay sangrías rituales para la mujer cuando se cierran las fontanelas de los hijos, luego del primer coito y tras la muerte del marido: "Estos son aspectos de una conducta metódica y constituyen el sistema ritual de transformar algo peligroso en algo seguro, confortable y cálido, alejando el temor de los corazones" (Mead, 1994: 93). En realidad, una cadena de rituales, un permanente uso de la obsesión ritual, nos hace pensar en un carácter obsesivo-compulsivo como resultado de la represión, que atenazaría la impulsividad genital. Quizás la ausencia de síntomas llamativos, además de la propia naturaleza del carácter obsesivo-compulsivo que parece confundirse con la "normalidad", se deba a una absorción por el ritualismo público de la energía que de otra forma habría generado sintomatología en el nivel individual. Sin embargo, la carencia de datos contrastables no permite conceder a estas afirmaciones otro valor epistemológico que el de mera hipótesis.

Desde la infancia se da un gran desarrollo de la sensibilidad oral, iniciado a través de cuatro años de amamantamiento. El largo amamantamiento alimenticio y afectivo ha permitido pasar a la genitalidad sin fijación oral. Es de los pocos pueblos originarios que se besan intensamente en los labios (Mead, 1994: 97) como preliminares de la genitalidad. Pero la falta de atención al orgasmo propiamente dicho y sus elusiones verbales al acmé sugieren una descarga pobre a través del abrazo genital y, por tanto, reflejo de una posible represión en esta fase. El bloqueo relativo en el abandono genital también puede reafirmarse por la alusión de Mead al tabú sobre el manoseo de los genitales, que habría evitado toda actividad masturbatoria.

2.2. LOS MUNDUGUMOR

Habitantes de una región rica por la fertilidad de las tierras y la abundancia de pesca, estos cazadores de cabezas solo colaboran para salir en expedición y atacar a enemigos a quienes aprisionar y cortar las cabezas. Se trata de unos ataques desiguales, porque las víctimas son con

frecuencia una familia pequeña viviendo en una choza escondida en el bosque.

Fuera de esta cooperación, así como del periodo de paz que precede a las fiestas organizadas por los grandes hombres, el resto del tiempo son individualistas y no cuentan con más colaboración que la de sus hijos y allegados. Aun así, hay una hostilidad entre padres e hijos y entre hermanos. No muy diferente es la actitud de las mujeres, pues el deseo de mandar, la ambición, la envidia y el egoísmo son las notas dominantes. Y no solo los valores sociales y su cosmovisión favorecen estas actitudes, sino que la manera como cuidan y se ocupan de los niños crean las bases psicofisiológicas para quedar identificados con la cosmovisión adulta.

Es interesante explicar su sistema de organización grupal. Se denomina forma de pertenencia *rope*. Hay dos tipos de *rope*, el paterno y el materno. El paterno incluye a un varón (el padre), sus hijas, los hijos de sus hijas, las hijas de los hijos de sus hijas y así sucesivamente. El materno comprende a la madre, los hijos de la madre, las hijas de los hijos de la madre, los hijos de las hijas de los hijos de la madre, etc. La propiedad se trasmite a través del *rope*. Incluso las armas del padre pasan a propiedad de sus hijas. Madre e hija no pertenecen al mismo *rope*, e igual sucede con padre e hijos. Ni tienen el mismo tótem. Hermanos y hermanas también pertenecen a *ropes* diferentes.

Este ancestral sistema no siempre se cumple, sino que está lleno de excepciones, trampas y uso del poder para saltárselo, lo cual aumenta las causas de enfrentamientos. Los hijos varones aspiran a usar como moneda de cambio a sus hermanas para conseguir esposas y como hay una aspiración poligínica principalmente por razones económicas y de alianzas, los hermanos se enfrentan entre sí. Pero es que el padre también aspira a entregar a sus hijas, dado que son de su *rope*, para recibir nuevas esposas más jóvenes y a través de ellas nuevos aliados. Esto hace que padre e hijos —de distinto *rope*— resulten rivales en esta cuestión. Todo varón con varias esposas adquiere riqueza y poder y puede pedir a los cuñados servicios. Las esposas, por su lado, trabajan curando el tabaco, máxima fuente de riqueza y de intercambio comercial.

La madre se interesará por que el padre no entregue a las hijas para conseguir nuevas esposas más jóvenes que la marginarán. Y aconseja a aquellas para que no se dejen utilizar por el padre con tal propósito. También ha alimentado en sus hijos la creencia de que tienen derecho sobre sus hermanas, en contra del legítimo derecho del *rope*.

En la cuestión matrimonial, y por tanto económica, los hombres sin hermanas o con pocas están en desventaja. Recurrirán al rapto, expresión que se usa también para los numerosos casos en que la mujer ha huido voluntariamente de su casa. Esto origina peleas violentas. Sin embargo, al cabo de un tiempo puede aceptarse el raptor como esposo a cambio de una flauta ritual.

El modelo ideal es la poliginia, que logran aquellos dotados de fuerza, temerarios, astutos y sin escrúpulos, cada uno de los cuales delimita un terreno que protege con una empalizada defensiva. En su interior levanta una casa para cada esposa y otra mejor para él. Por el contrario, a los hijos adolescentes de sus diversas esposas los aloja en una choza húmeda e incómoda.

No todos tienen arrestos para convertirse en un "gran hombre". Por debilidad, o simplemente porque el afán de éxito social les importa menos que una vida cómoda, se ponen bajo la protección de un líder y se construyen modestas chozas en lugares escondidos para no caer víctimas de las cacerías de cabezas.

En los fastos que costean los hombres importantes, cuyo fin es presumir y humillar a sus iguales, hay un reto: forzar a otro gran hombre a igualar su esplendidez. Otra cualidad de los grandes hombres es la capacidad de incumplir sus promesas, porque se sienten impunes.

Para llegar a esta situación, Margaret Mead nos ilustra sobre el impacto caracterial que imprime la crianza de los hijos. Veremos cómo ese afán de poder y de capacidad de amedrentar a sus semejantes nace como una compensación de la insatisfacción afectiva cuando fueron bebés y niños. La llegada de un hijo o una hija no les hace felices. El hombre se ve obligado a la abstinencia y está tentado de añadir una nueva esposa que competiría con la ya existente. La madre amamanta de modo frío, con

escaso contacto. En lugar de llevar al bebé consigo a la huerta, lo deja colgado de la pared en la cabaña, dentro de un cesto o red que dificulta los movimientos libres y expansivos. En cuanto el bebé ha saciado su hambre, lo separa bruscamente y lo reintegra a la red donde permanece casi todo el tiempo. Si ya camina, lo desalienta después de alimentarse, en caso de que pretenda mantener contacto afectivo con el pecho. El destete es brusco. La succión, breve y apresurada, se convierte en el modelo de la vida sexual adulta. Solo los bebés más combativos alimentándose ganan en esta lucha por la supervivencia. Con frecuencia, ante la frustración oral, los niños chupan y roen sus dedos con expresión de angustia y enojo. No olvidemos que la fase oral, en la que los órganos van más allá de la alimentación buscando la satisfacción erótico-oral, es una etapa natural del desarrollo psicobiológico.

A su vez, hay una supervigilancia continua sobre el niño que ya camina para que no se pierda de vista por si se ahoga en el río. Parece que una razón importante es por el tabú que impediría beber del agua habitual tras el accidente.

La hostilidad mundugumor no es económica. La abundancia agrícola y de caza permite vivir sin la cooperación de otros grupos. Las mujeres dirigen la producción, mientras que los maridos pueden ser perezosos o activos según les apetezca, alternando periodos en que se encierran en una vida individualista, con algunas actividades pasajeras como la caza, con otras fases en que se asocian para llevar a cabo alguna gran empresa. Las peleas se producen más bien por las mujeres.

Entre los mundugumor hay tres estratos sociales. En primer lugar, los grandes hombres, llorados en su muerte y orgullo de sus partidarios. Se trata de personas que no temen a nadie y que se adueñan de más de lo que les pertenece en cuanto a mujeres de su comunidad, añadiendo a su poliginia esposas de otras comunidades, compradas o robadas. En torno a ellos y a su ambición gira la vida colectiva, cada comunidad de varios centenares de personas cuenta con dos o tres caracteres así. Representan el modelo ideal.

Luego vienen los varones menos importantes, que forman familias

monogámicas o poligínicas de dos o tres esposas. Suelen ser sumisos a un gran hombre, que les brinda protección. Se pelean entre ellos y solo se pacifican temporalmente cuando se asocian en bandas para llevar a cabo una cacería de cabezas. No son demasiado fieles con sus protectores y cambian de señor si les conviene.

Por último, están los hijos y sus esposas que conviven en la propiedad del gran hombre y le ayudan en su economía y en sus empresas. Un gran hombre que, más que hijos que un día competirán con él, prefiere yernos que serán sus aliados.

Los niños desde muy pequeños son instruidos en una serie de prohibiciones, de modo que su adquisición de hábitos se sustenta en lo que no debe hacerse. Nunca deben alejarse de la vigilancia materna. No deben apegarse en busca de cariño. Ni tampoco solicitar la atención de los demás. Desde los cuatro o cinco años han de saber clasificar a sus familiares y allegados, porque hay una rígida división en las formas de relacionarse. Con unas personas, según los lazos de familia o de afinidad, deben hablarse con chanzas y pesadas bromas; con otra tipología, tienen que comportarse tímidamente; y con una tercera categoría, mediante medidos matices de intimidad. No se trata de reacciones espontáneas, sino de una rígida etiqueta. Mostrarse tímido o bromista no es una respuesta natural, sino una regla de conducta social.

> No es un mundo por el cual cada uno puede moverse sin cuidados, seguro de encontrar una sonrisa cordial, recibir una palmada en la cabeza o un pedazo de nuez de areca como regalo de cualquiera. Un mundo en el cual pueda uno despreocuparse, estar alegre o triste, según desee. Ni la alegría constituye un descanso entre los mundugumor, se debe estar alegre solo en las ocasiones debidas y con respecto a determinadas personas […] lo cual da un aspecto estirado a toda broma o risa. La risa de los mundugumor es brillante, pero no feliz; tiene un sonido áspero, como si crujiera al marchar por un surco definido (Mead, 1994: 173).

Hay niños que son entregados como rehenes para garantizar el cumplimiento de deudas o compromisos. Acaban tratados sádicamente por los hijitos de sus carceleros.

En la sexualidad, los solteros jóvenes son explosivos, pero sin cariño ni romance. La exigencia de virginidad de la mujer para los intercambios vuelve vigilantes tanto al padre como a los hermanos varones. En consecuencia, los encuentros furtivos suceden con precipitación y sin la tranquilidad necesaria para la ternura y la seducción. La relación se desencadena con premura de tiempo, buscando el desahogo rápido, allá por las maniguas. Una vez casados, el sexo también tiene lugar en las pantanosas tierras. Un aliciente añadido es hacerlo en huertas ajenas, porque, según sus creencias, arruinará la cosecha del propietario. La pasión primera del matrimonio se congela a partir del embarazo, el cual impone la abstinencia sexual hasta el destete. El marido termina por adquirir a una segunda esposa, con disgusto de la primera.

En resumen, cabe deducir que esta rígida crianza y educación, que es reforzada por el envaramiento y desapego en las relaciones sociales, da lugar a corazas caracteriales que ahogan la espontaneidad y constituyen depósitos de violencia y sadismo. Esos rasgos desconfiados, paranoides, suspicaces, competitivos e insolidarios constituyen un aspecto de la fuerza productiva, el cual retroalimenta a una sociedad cuya economía gira en torno al poder económico de unos pocos grandes hombres. Los afines son aliados amedrentados, que seguramente estarán reconcomidos por el resentimiento y dispuestos a cambiar de protector. Unos pocos "señores feudales", como cimas sobresalientes, impulsan la producción y la productividad social. La guerra de todos contra todos en lo alto de la escala social constituye la fuerza que agita la actividad económica.

El ideal es el "gran hombre", violento, competitivo, orgulloso, rodeado de una constelación de hermanos menores, yernos y cuñados que le acompañan en las expediciones y le sirven en otros menesteres. Entre estos abundan individuos menos bélicos y ambiciosos, que a fin de cuentas constituyen el asiento jurídico para que la sociedad sea viable. De lo contrario, se trataría de una guerra de todos contra todos que llevaría al estado de naturaleza hobbesiano. Son varones con carácter menos agresivo que aceptan, antes que luchar hasta la muerte, que el hermano mayor monopolice a las hermanas para llevar a cabo su

poliginia. Se sumarán a las correrías, batallas y cacerías de cabezas no por iniciativa propia, sino por servicio a su "gran hombre". En resumen, se trata de personas capaces de vivir cerca de otras sin pelearse continuamente ni seducir a las esposas e hijas de los demás. Acompañarán a sus hermanos más agresivos en las aventuras, pero no tomarán la iniciativa. También forman parte de esta categoría las mujeres viudas, no deseadas por no ser vírgenes, que se han quedado a salvo del antagonismo entre las mujeres rivales por conquistar a un varón importante. En resumen, las alianzas en torno a unos pocos impulsan una producción basada en la competencia y el reto.

2.3. LOS TCHAMBULI

2.3.1. Hombres y mujeres

Los tchambuli son un pueblo cuya economía se basa en la pesca, mientras que los alimentos vegetales son recolectados sin laboreo gracias a la propia fertilidad del suelo junto al río Sepik, en Papúa Nueva Guinea. En su economía son esenciales las mujeres, que además de la pesquería y la recolección, fabrican mosquiteros para el intercambio con otros pueblos. Ellas, constituyendo el centro de la convivencia, comparten grandes casas junto con sus hijos pequeños, mientras que los varones adultos y esposos llevan una existencia marginal en dicho espacio. En cada casa conviven varias familias.

La vida de los varones transcurre gran parte del tiempo en las casas ceremoniales, donde preparan su propia comida. Allí su actividad se centra en el arte, siendo su ocupación principal la danza y la teatralización, además de la fabricación de máscaras ceremoniales y la confección de los vestidos y adornos para las fiestas y rituales. La ceremonia no constituye un fin, sino una ocasión para desarrollar la creación artística. En las ceremonias, frecuentes, los varones y los niños, bellamente adornados con plumas de ave, se deslizan por el espacio danzando, exhibiéndose. Las mujeres, sin ornamentos especiales,

contemplan sonrientes y aportan sus guisos, que han transportado previamente a la casa ceremonial.

Otra actividad muy del gusto de los varones consiste en acudir a los mercados de los agricultores del río Sepik para trocar el pescado y los mosquiteros por alimentos agrícolas o por una especie de moneda que consiste en bellas conchas de caracol, cada una de las cuales tiene un valor distinto y negociable en función del trabajo de pulido hecho sobre ella, de su peso, de su color y otras características. No se trata propiamente de una venta a cambio de dinero, sino de un intercambio entre alimentos y objetos ornamentales cuyo valor radica en la belleza. Allí, en el mercado, el esposo tchambuli se exhibe, parlotea, disfruta en las transacciones, mira y toca las mercancías, regatea, escoge o rechaza. Si la transacción ha sido ventajosa, tratará, con seducción y miradas lánguidas, de que su mujer le permita quedarse con alguna concha.

Se ha comentado frecuentemente que la personalidad de esta etnia es el reverso de la civilización occidental de la época de Margaret Mead. Ellas se distinguen por la responsabilidad, el aplomo, la productividad y la dirección real de la vida colectiva, mientras que ellos representan la frivolidad y el gusto por el adorno.

2.3.2. Organización social

La estructura social se organiza patrilinealmente, ya que la propiedad se trasmite por esa vía. La posesión comunitaria de la tierra pertenece a quienes tienen los mismos ancestros masculinos. Estas tierras de la patrilínea comprenden unas escasas huertas en lo alto de las colinas, las laderas con árboles donde se han edificado las casas de las mujeres y la orilla del lago, donde los clanes sitúan sus casas ceremoniales. En apariencia representan una sociedad patriarcal donde se compra a la novia, que se convierte en propiedad del esposo. Pero este dominio varonil, basado en la patrilinealidad, es formal, porque quienes efectivamente dirigen los asuntos colectivos son las mujeres.

Luego de los siete u ocho años el varoncito comenzará a interesarse por

la casa de los hombres, de la que será rechazado y los jóvenes ya iniciados se burlarán y lo echarán incluso con algún golpe. Esto lo desalienta y regresa a la casa de las mujeres para recibir consuelo. La fácil readmisión materna y el rechazo desde el mundo de los hombres no favorecerán su independencia e iniciativa. Solo a los 12 años, después del cruel rito de iniciación, podrá acceder a la casa ceremonial, donde tendrá una acogida fría e indiferente. Por eso, seguirá visitando la casa de las mujeres en busca de calidez. En resumen, ha recibido el amor maternal, pero ha carecido de un padre con autonomía suficiente para ser su guía hacia la vida social. Por esto último adolece de falta de temperamento para afrontar las dificultades de la vida. Además, mientras que las niñas nunca han abandonado el hogar de las mujeres, los niños permanecen durante tres años en una zona de nadie, pues siendo aún pequeños y a pesar de contar con la protección femenina, no son admitidos en las casas ceremoniales de su sexo y deambulan sin ninguna función colectiva, además de quedar excluidos del conocimiento de los secretos ceremoniales, del que las niñas saben algo por escucharlo en las conversaciones entre las mujeres. Años sin función social, desarrollarán un carácter irritable. Desubicados, desarrollarán una actitud frívola y exhibicionista, compensación narcisista para sentirse alguien.

Lo llamativo es que crecen en una contradicción que aún los confunde más. Políticamente poseen el estatus de mandar y decidir, ya que heredan las tierras, son los propietarios de las huertas y de los terrenos sobre los que se construyen los edificios, compran a la esposa con el dinero que les aporta su padre y demás familiares masculinos, en las casas de los hombres cuelgan los cráneos de los supuestos enemigos derrotados en combate, aunque ahora se sacrifican esclavos comprados porque han perdido el espíritu guerrero de tiempos ancestrales. Pero, realmente, quienes deciden en todo, quienes toman la iniciativa en el sexo y en el amor, y quienes ganan el sustento son las féminas.

Entre ellas hay una sororidad consecuencia de la regla matrimonial. Todo varón se casa con la hija de un hermanastro de su madre o de un primo de ella. Lo normal es que sea del mismo clan materno entre cuyas

faldas creció, con alguna niña con quien compartió la casa en edad temprana. Allí reinará alguna hermana de su madre y las mujeres de la casa a la que acudirá como esposa ya fueron sus compañeras e incluso cuidadoras en la infancia. Por eso, las mujeres tchambuli que comparten casa trabajan en grupo, trenzando los mosquiteros que sus maridos trocarán en el mercado. En las fiestas cocinan juntas y sus fogones están al lado unos de los otros. El trabajo en común transcurre animado por el placer de la conversación. El ambiente resulta colaborador y afectuoso. Todo sucederá, pues, en el clan materno, mientras que el paterno únicamente contribuirá al pago del precio de la novia.

Las relaciones entre los varones son complicadas, dominadas por la desconfianza. De modo que lo único relajado en la vida del varoncito es la relación con las mujeres. Desde pequeño siempre hubo una madre, fuera la biológica o cualquiera otra de la casa, que lo tomaba sonriente. Si lloraba, lo tomaba en brazos consolándolo, al tiempo que conversaba relajadamente con las demás. La casa de las mujeres constituía un ambiente seguro. Jamás se sentía abandonado en aquella rutina de la que él formaba parte. Un entorno que permitía el sano crecimiento. Gateaba libremente, se le admitían pequeñas travesuras. Cuando llegaba el destete, tenía lugar de un modo natural y compensado con golosinas. Las madres lo acarreaban cuando acudían a las ceremonias o a otras casas. Las mujeres son el grupo sólido que le da alimentación y afecto.

Conjeturamos que la distinta ontogénesis según género da lugar a mujeres bien integradas en su papel y en su mundo; pero, en cambio, a varones débiles, inseguros, volubles e irritables y con defectuosa integración grupal, pero compensada por una armonía ficticia y reactiva a través de la danza ensayada. En estos, la emoción auténtica queda reprimida. Mecánicamente ejecutan bien y conjuntado el baile, pero sus sentimientos son individualistas, narcisistas, enmascarados por lo inverso en la actividad artística, es decir, por el sistema consciente. Constituyen algo parecido a "caracteres como si". La negación de lo real por lo prescriptivo o ideal del yo los convierte en quisquillosos, maledicentes, envidiosos, peleándose por pequeñas nimiedades a las que dan

demasiada importancia. Afectividad subterránea que, en el plano observable, se caracterizaba por:

a. Una aparente unidad en la danza, al armonizar al individuo con el grupo gracias a un laborioso adiestramiento.
b. Exhibicionismo para constituirse en el centro de atención de la mirada femenina, coqueteo y arte de seducir para conseguir obsequios.
c. Una sublimación reactiva por medio del arte, en el que se manifiestan bien conjuntados.
d. Un interés por la apariencia.

En un plano más real, se produce la disociación entre la actuación formalmente virtuosa y el sentimiento, que queda anestesiado.

2.3.3. Infraestructura económica e ideología social

Desde nuestro punto de vista, se da una separación tajante entre producción material y sublimación artística, desarrolladas respectivamente por las mujeres y los varones. Aparentemente, la primera está en función de la segunda: se trabaja para que se pueda dar el arte, para que el varón no pierda el tiempo en tareas de intendencia y se centre en lo sublime. En realidad, es al revés: se separa la sublimación artística para que no complique la eficiencia en la producción material. El trabajo femenino está dotado de emocionalidad, empatía, sororidad, armonía, disfrute y, por tanto, sinergia y eficacia. Mientras que la alianza artística es ficticia, cubierta por un velo que oculta el narcisismo, la envidia, la competitividad y los celos subyacentes camuflados por un movimiento conjuntado, pero sin alma, sin verdadero sentimiento de grupo. La vida manifiesta de los hombres está disociada de la vida escondida, de las pulsiones intensas, del deseo de ser el predilecto, de reducir al rival, de recibir la atención, de ser reconocido en su individualidad, de ser amado como se era en la infancia.

En la infraestructura productiva la acción y el sentimiento van de

acuerdo; en la superestructura ideológica, la acción es lo contrario que la pulsión, sirve de enmascaramiento. El grupo de mujeres como motor de la economía camina en la misma dirección, al tiempo que proyecta en lo otro la ideología en cuanto meta aparente que justifica el esfuerzo en el trabajo. Lo femenino es la infraestructura, la fuerza productiva y las relaciones de producción. Lo masculino es la superestructura ideológica, con lo que toda ideología, en sentido marxista, tiene de ficción y de engaño. Únicamente la sublimación no reactiva, que sería una prolongación de la naturaleza deseante no pervertida, permitiría coincidir ideología y verdad. Amor, trabajo y conocimiento se alimentarían de un mismo y único eros. Pero no es esto lo que sucede en la sociedad tchambuli, donde la sublimación colectiva es una formación reactiva, un mecanismo neurótico. En la danza se presenta el rostro de la armonía, pero en la subjetividad individual rige la discordia.

Pensamos que la casa de las mujeres se ha convertido en un útero materno demasiado prolongado en el tiempo. El rechazo en la casa ceremonial primero, con la permanencia en una tierra de nadie, sin misión colectiva alguna, el frío recibimiento después, en la casa de los hombres, tras el rito de iniciación, les puede haber provocado una regresión, celosa y competitiva, por recuperar a la madre nutricia.

Ellas son quienes asumen la supervivencia del conjunto. Se mantienen fuertes y unidas para que la sociedad cuente con base material. Anulan a los varones manteniéndolos en el rol ornamental. Seguramente de esto no son conscientes, ya que les sirve realmente de acicate para dar un sentido colectivo y ceremonial al trabajo. Margaret Mead dice que los tchambuli tienen ceremonias sin religión. Así que las ceremonias, y no un dios, es lo que congrega a la colectividad y se convierte ideológicamente en la meta de la existencia grupal.

No sabemos por qué se ha llegado a esta división tan tajante de los roles, estando de un lado el trabajo y del otro el ornato. Pero el resultado parece bueno. La economía funciona haciendo que una mitad de la población se dedique, por carácter, a la obtención de los alimentos y la otra mitad haya desarrollado una estructura caracterial proclive a la

creación artística. La peculiar convivencia en la casa de las mujeres por su vínculo fraternal crea una condición óptima de trabajo y apoyo que no tiene lugar en las casas compartidas de otras culturas. Mientras que fomentar la existencia de un arte es la motivación externa que justifica y anima a la productividad.

CAPÍTULO 4

NEUROSIS Y CAPITALISMO INDUSTRIAL

1. LA ESTRUCTURA NEURÓTICA O ADAPTATIVA

La neurosis siempre responde a dos fuentes: la estasis* libidinal y el factor histórico, que está vinculado al complejo de Edipo. La primera es el estancamiento de la libido dentro del organismo debido a bloqueos mentales que impiden la satisfacción plena y empobrecen la descarga energética en la relación amorosa. El factor histórico alude a la persistencia de conflictos edípicos infantiles en el inconsciente adulto que impiden la satisfacción debido a la culpa o al temor.

Tradicionalmente se diferenció entre neurosis sintomática y neurosis caracterial. El síntoma se manifiesta como un cuerpo extraño, y por eso parece ajeno al yo, con lo que el enfermo decide acudir a psicoterapia. Por ejemplo, en el paciente se produce una parálisis sin causa física ninguna, una parálisis histérica. Por el contrario, el rasgo de carácter se halla integrado en la personalidad. El sujeto no lo percibe como distinto de sí mismo y por tanto racionaliza su propio modo de ser, de manera que ve normal ese conjunto de rasgos. Por ejemplo, en la estructura neurótica compulsivo-obsesiva se dan rasgos aparentemente normales, pero acentuados, como vergüenza, escrupulosidad y falta de confianza en sí mismo.

Reich constató que el síntoma —por ejemplo, ceguera histérica o tics nerviosos—, aunque fuera el factor desencadenante del sentimiento de enfermedad, ya que aparecía como algo extraño y sobrevenido al yo, no era lo principal. Lo importante no era tanto el síntoma como aquello en

que se arraigaba: el carácter. En consecuencia, la terapia, si pretendía ser curativa, debería versar sobre este y su función. Así pues, la psicoterapia debe ser, ante todo, análisis del carácter.

Los síntomas, aunque parezcan algo ajeno al sujeto, una especie de molestia imprevista, cumplen una función en la neurosis, y esa función solo se puede descifrar en conexión con el carácter. En consecuencia, toda neurosis, incluida la sintomática, es caracterial. Según Reich "hablar de carácter es hablar de fijaciones edípicas y por lo tanto de comportamientos neuróticos" (Serrano, 2011: 217).

Vamos a explicar por qué la estructura de carácter neurótico es la más frecuente entre los miembros de la sociedad industrial. El origen de esta estructura se halla en la represión sexual dentro de la familia patriarcal. Tal estructura es característica de un individuo emocionalmente inestable, rígido en conducta y pensamiento, que siempre funciona según sus hábitos y con su coraza, con baja capacidad orgásmica que se traduce en pobre descarga de energía en la relación sexual.

Por el contrario, la persona de carácter genital o sano disfrutaría de una gran vitalidad, sus experiencias resultarían profundas, su atención se mantendría abierta y amplia, la acción destacaría por su creatividad y humanitarismo, poseería un sentido de humor alegre, la dicha de vivir se haría patente y sus acciones se producirían de modo espontáneamente solidario y no como deber moral y sacrificio, y en su sistema vegetativo predominaría la acción del parasimpático. Junto con su potencia orgásmica y como resultado precisamente de ella, podríamos observar en este sujeto "ideal" las cualidades que Abraham Maslow atribuye a "la persona autorrealizada" (Maslow, 1979). Hoy por hoy, este carácter sano es una utopía, ya que en una sociedad enferma como la que vivimos es muy improbable que se llegue a dar en alguna persona.

Abraham Maslow afirma haber encontrado unas pocas personas psicológicamente saludables, a las que denomina "autorrealizadas". Dado que los psicoterapeutas parten de la experiencia con pacientes aquejados de patologías, él pretendió, al contrario, hallar personas especialmente saludables para establecer el modelo al que debe tender el crecimiento

personal. Sin embargo, según el pensamiento reichiano, la ontogénesis en sociedades patológicas no puede tener como resultado caracteres sanos o genitales. Hoy por hoy, el carácter genital viene a ser una utopía que invita a una acción preventiva y social por parte de quienes se dedican al área de la salud psicológica. Reich mantenía para este carácter sano la denominación de "genital" por haber seguido a Freud, quien fuera su maestro, en el uso de tal calificativo. Quizás la expresión "carácter genital" sea confusa para el lector no especializado por el significado inhabitual que la misma tiene en psicoanálisis.

La energía sexual se expande a partir del núcleo biológico del organismo mediante pulsaciones ondulares y toma tres caminos para alcanzar la periferia y el objeto exterior: el sexual, que implica un aumento de la tensión energética hasta alcanzar el cénit y la inmediata descarga completa a través del abrazo genital; el eros cognitivo, en el que la energía sexual se satisface como placer de comprender y descubrir, y el eros creativo, cuya satisfacción reside en el trabajo artístico. Estas dos últimas son las vías sublimatorias, que en vez de suplir la satisfacción sexual como suponía Freud, la presuponen. Reich sostiene que solo el individuo aceptablemente satisfecho en el amor genital es capaz de emplear la energía restante para sublimar. El Freud más tardío, el de *El malestar en la cultura*, entendía que la represión sexual era necesaria para que hubiera un gran reservorio de energía con el que crear y mantener la civilización a través del trabajo y la creación de instituciones. Por el contrario, para Reich, la energía sexual es inagotable, de manera que cuanta más satisfacción propia se alcanza, más se abren los caminos de las satisfacciones sublimatorias al no consumirse energía en luchas intestinas entre el ello, el superyó y la realidad. La persona genitalmente satisfecha es mucho más eficiente en todo cuanto hace, ya sea en el campo del conocer, en el del trabajo, en la creación artística o en la actividad política y medioambiental.

2. LA ESTRUCTURA DE CARÁCTER

EN EL CAPITALISMO INDUSTRIAL

La estructura neurótica es la propia del mundo burgués industrial y mercantil. Cuando hablamos de Charcot, de Breuer y de Freud, pensamos en sus pacientes, y especialmente las pacientes con las histerias de conversión tan llamativas, consecuencia de la represión sexual bajo la que se educaba a las hijas de la burguesía. La técnica psicoanalítica, mediante la libre asociación de ideas y la interpretación de los sueños y de los síntomas para hallar sus significados inconscientes, o sea, los conflictos infantiles que se manifestaban a través de los citados signos, pretendía que el paciente sanara. La meta era elevar a la conciencia lo reprimido, para evitar que, incontrolado, ejerciera efectos perniciosos en la vida emocional de los enfermos. La naturaleza de esa energía era sexual y Freud la llamaba libido. Nociones tan importantes como libido, complejo de Edipo, represión, inconsciente, etc., surgieron a partir de una clínica de pacientes de pago, de gentes de clase media alta o de clase alta. Es decir, miembros de un mundo urbano y económico, durante la segunda mitad del siglo XIX, que amanecía con notables descubrimientos como las distintas aplicaciones de la máquina de vapor, el telégrafo, el teléfono, el ferrocarril, el automóvil, el avión, el gramófono y el cinematógrafo, y en el que se desenvolvía una clase social de industriales, comerciantes y grandes propietarios, cuyo retrato trazan con precisión Anaclet Pons y Justo Serna en *La ciudad futura* (Pons y Serna, 2022).

La prosperidad alcanzada dio lugar a un optimismo asentado sobre las visibles bondades del progreso. El valor que la nueva clase propietaria otorgó a la higiene y a la salud, así como a su estatus, condujo a derribar las murallas de las ciudades para que corriera el aire sano, a adoquinar las calles para evitar el barrizal y facilitar el paso de los carruajes, a iluminar los barrios de la gente bien con lámparas de gas que dificultaran la delincuencia nocturna, a ampliar las ciudades con nuevas zonas, los ensanches, de trazado cuadricular, cuyas calles, amplias, agradables y ajardinadas, ofrecieran una mayor higiene y una bella vista. Se impusieron los valores de una burguesía acaudalada, prudente y

biempensante, que influía favorablemente, incluso cuando no detentaba directamente el ejercicio de concejalías en los ayuntamientos o de asientos en los Parlamentos, en la legislación a favor de sus ideas y de los intereses propios. Leyes que facilitarían los negocios competitivos y un planteamiento moderno del mundo. Leyes que ayudarían a instalar en el conjunto social sus principios morales.

Ya entonces, como consecuencia de los nuevos inventos, se tomó conciencia de la velocidad. La psicología científica comenzó, en Estados Unidos, por encargo de las compañías de tranvía, a causa de las indemnizaciones que estaban pagando por los atropellos, dado que los peatones no estaban acostumbrados a esas velocidades. El mismo Freud, en 1908, escribió: "El extraordinario incremento del comercio y de las redes de telégrafo y teléfono que envuelven el mundo han modificado totalmente el ritmo de la vida; todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar; el día, para los negocios, y hasta los viajes de recreo exigen un esfuerzo al sistema nervioso" (Freud, 1967, I: 945).

3. TERAPIA Y FAMILIA

La psicoterapia de la psiconeurosis, que coincidió con el capitalismo industrial y mercantil de la época, se centraba en el núcleo familiar dentro del orden del patriarcado burgués. La autoridad del padre, la complicidad de la madre con ese orden, el triángulo edípico, la sexualidad infantil, las llamativas histerias de conversión y el conflicto entre las instancias psíquicas dentro del sujeto fueron los pilares para una nueva disciplina psicológica, el psicoanálisis. Desde tal situación social Freud construyó su teoría y desarrolló su técnica. Recurrió al modelo de ciertos mitos griegos, como el de Edipo o el de Cronos devorando a sus hijos y la rebelión de estos, encabezados por Zeus, y el pacto posterior a este levantamiento mediante el cual se instauró el tabú del incesto. Tales datos de la mitología ilustraban sus descubrimientos en psicología individual, a la vez que pretendían dotarlos de universalidad.

Pons y Serna trazan de modo sintético un retrato del patricio burgués

que vivía en las urbes europeas de la segunda mitad del siglo XIX, fuera comerciante, industrial o propietario, o las tres cosas conjuntamente.

> Un burgués es también un individuo que reserva la intimidad y defiende los bienes. Sus mejoras y ascensos deben provocar la admiración de iguales o rivales, pero su lugar en el mundo exige frenar las envidias, cosa que no implica encerrarse. Sus logros sorprenden y arrebatan. Así debe ser. Por ello, actúa en público con estudiada pose y a la vez con decoro y ostentación, mostrando la calidad de su empresa y su familia con actitud desenvuelta y cautelosa a un tiempo. El burgués es hombre de mundo y es el guardián que preserva el crédito de la empresa y del linaje (2022: 49).

Instructiva etopeya con la que constatamos una vez más que el sistema económico tiende a facilitar la aparición de las formas de carácter que le son más útiles: el dominio de las pasiones que pudieran desenfrenarse, la contención, cierta morigeración, cuyo objetivo gira en torno a mantener y aumentar el patrimonio del que la descendencia masculina será receptora y cuidadora para honra del linaje. Caballero capaz de disfrutar de los placeres que le permite su fortuna, pero sin despilfarros imprudentes. Preparará a sus hijos para saber continuar con sus empresas, facilitándoles viajes y contactos donde el placer y los encuentros con la cultura y el arte esmerarán su refinamiento, pero sin perder de vista que conocerá a clientes y proveedores de los negocios familiares, que algún día heredarán. En cuanto a la descendencia femenina de estos burgueses será formada para contraer matrimonio con algún hijo de sus iguales, creándose así estrechas alianzas para dar curso a la protección de los bienes y ampliar el ámbito de las influencias convenientes para la prosperidad. Los autores hablan de los linajes, porque a diferencia del individualismo neoliberal que hoy predomina, entonces el individuo formaba parte de algo más amplio por lo que se sacrificaba, incluido el sacrificio de casarse mediante matrimonio de conveniencia.

Así elaboran la etopeya del tipo de mujer que era su digna esposa:

> Es también allí, en lo público, a la vista de todos, en donde luce a su esposa. ¿Quién es esa prenda? Es una dama que proteger, dócil, bella o bien engalanada, una esposa frecuentemente aquejada de abatimientos o inestabilidades a pesar de

> los lujos que la rodean, dado el refinamiento en que se encierra. La dama es posesión del burgués, una propiedad: un ser sumiso y sumido, exactamente uno de los seres y enseres domésticos, agente matrimonial que arregla noviazgos y bodas de hijos prósperos e hijas casaderas más allá de amores y emociones. Justamente por ello, el buen burgués, el varón celoso, debe permanecer vigilante. ¿Para qué? Para que la dama no caiga víctima de pasiones disolventes, de afectos extremos (2022: 49).

Este orden familiar explica por qué las consultas de los pioneros de la salud mental como Charcot o Freud se llenaron de damas que padecían de histeria o de neurastenia. La teoría freudiana resultó, más pronto o más tarde, el maduro fruto de este patriarcado familiar.

Debemos agradecer a los análisis de Casilda Rodrigáñez (2002) la iluminación de los factores ideológicos que subyacen en la teoría del complejo de Edipo, sin que ello quite validez al freudismo como descubrimiento e interpretación de unos hechos y conceptos reveladores de la estructura mental predominante en ese estadio civilizatorio y económico.

4. EL CARÁCTER Y LA NEUROSIS

El carácter constituye uno de los conceptos centrales de la teoría y la terapéutica reichiana y posreichiana*. Igual que en otros tantos conceptos científicos, Reich obtiene su primera inspiración de Freud, quien había descubierto en la neurosis obsesiva la función del carácter como defensa primaria. Este, en *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa* (1967, I: 219-220) expone que tal neurosis aparenta normalidad, con síntomas defensivos primarios —vergüenza, escrupulosidad y desconfianza de sí mismo— que constituirían una mera intensificación del estado moral burgués propio de la época, sin la rareza de los síntomas histéricos y de otras formas de neurosis. Incluso el paciente puede llegar a sentirse, por narcisismo, mejor que los demás: es más moral, escrupuloso y contenido. De ahí procede la dificultad de análisis de estos pacientes, que al ser cuestionados en su carácter, vivido como su

verdadero yo y su "buen yo", desarrollan una transferencia negativa (1968a: II: 31-72) contra el psicoanalista. La intelectualización es la manera que este tipo de paciente emplea como resistencia.

Freud, en *Inhibición, síntoma y angustia*, considera la formación reactiva como una defensa del ego contra las pulsiones por desarrollar en el nivel consciente la inversión de las verdaderas pulsiones. Por ejemplo, si un niño tiene la tendencia a jugar y curiosear con sus heces en la fase anal, al ser forzado a renunciar y a avergonzarse de esta propensión, es posible que más tarde oculte en el inconsciente tales deseos, mientras que acentúe conscientemente emociones y reacciones fisiológicas de asco hacia lo escatológico y nazca una construcción ideal de sí mismo como persona pulcra e higiénica. Así se forman rasgos que dan estabilidad a esta estructura neurótica obsesiva, la cual es una forma estable de adaptación al mundo. Constituye lo que Freud llamó "beneficio secundario de la enfermedad", y en el caso del obsesivo consiste en la satisfacción narcisista por comportarse "correctamente". Incluso cuando la regla analítica de la libre asociación de ideas haya podido tener éxito en recuperar para la conciencia pulsiones que se habían ocultado bajo la máscara de formaciones reactivas, su narcisismo le proporciona la satisfacción de no haber cedido nunca a esas inclinaciones perversas. Como inciso, diremos que, en nuestra opinión, el concepto de "beneficio secundario de la neurosis" vuelve prescindibles las posteriores formulaciones que Freud llevó a cabo del "instinto de muerte" y de la "pulsión de repetición". Esta última justificaba los fracasos terapéuticos por la existencia de una propensión a no deshacerse de los viejos traumas. En opinión de Reich, tal tendencia innata a no curarse resulta superflua, ya que la "no cura" tiene también sus beneficios, y más para pacientes que, por la situación social y económica —moralismo burgués, falta de recursos económicos de la mujer, etc.— quedan a salvo de conflictos y sufrimientos sociales. El principio de economía de Occam, en opinión nuestra, hace innecesarias estas hipótesis de la segunda teoría psicoanalítica.

Reich va a situar en el centro de su psicoterapia el carácter, llevándolo

más allá del específico caso de la neurosis obsesiva. El carácter lo presenta como una alteración crónica del yo a la que podríamos identificar por su rigidez. Es la raíz del modo de reacción típico de una persona. Como mecanismo de protección que se ha vuelto permanente, puede denominársele coraza. Se trata de una armadura mental y física, formada por mecanismos de defensa cronificados frente a las huellas de sufrimientos intensos de la infancia y ante la angustia creada por la estasis de la libido reprimida. Impide el sentir y vivir de un modo real, al haberlo suplido por un "deber ser" heterónomo. En vez de una autorregulación natural del organismo, aparece la regulación moral. El carácter moral corresponde a la estructura neurótica que vive dominada por la coraza; en consecuencia, reacciona de manera fija y sin matices a situaciones distintas. Por el contrario, la persona autorregulada o de carácter genital domina sobre su coraza, de modo que la abre o la mantiene cerrada a voluntad en función de las circunstancias del entorno y de sus propósitos personales.

La estructura del carácter es fruto de las interacciones que se mantienen con el niño durante su crecimiento. Fundamentalmente, las habidas con sus padres o cuidadores más próximos. Es en la infancia cuando se establecen las bases para el carácter acorazado: "Los padres, inconscientemente o a instancia de una sociedad autoritaria, mecanizada, reprimen la sexualidad infantil y adolescente [...] De este modo la tradición conservadora, una tradición que tiene miedo a la vida, se perpetúa" (Reich, 1962: 158).

Como ilustración del modo en que la confrontación entre naturaleza y cultura perturba el instinto humano, citaremos este texto de Reich referido al obstáculo que la pulcra sociedad burguesa impone a la función natural de la defecación en el niño y cómo por esta causa va construyéndose la coraza:

> Ilustremos el conflicto entre el impulso vegetativo y la presión social en el control de los esfínteres de los niños como es practicado en nuestra sociedad. Sabemos que hasta los tres o cuatro años los niños pueden ser muy vivaces, y que alrededor de los cinco años empiezan a ser más fríos: se hacen "bien educados", pierden la

> parte esencial de su motilidad. Tal como están las cosas, esta pérdida es debida esencialmente al método predominante de control de los esfínteres. Cuando el niño cede al impulso de ensuciarse, le reprenden severamente, lo mismo es válido para otros muchos impulsos motrices. Surge un conflicto entre "quiero" y "no puedo" [...] El niño empieza a observarse; sus actitudes musculares pierden su naturalidad y se hacen más rígidas [...] Ciertamente la frigidez y la rigidez recién adquiridas inmovilizan parte de la energía vegetativa, pero el cuerpo continúa produciendo nuevas cantidades. Pero ahora, con el mecanismo inhibitorio, la energía no puede ser descargada tan libremente como antes. Debido a esta inhibición de la descarga de energía, la presión desde el interior sigue aumentando; esto necesita una siempre creciente inhibición de los impulsos. Este mecanismo crónico de inhibición lo denomino con el término "coraza". Se expresa tanto en las actitudes caracteriales como también en las actitudes musculares. Todos podemos sentir la pared entre uno mismo y el mundo. Se muestra en el hecho de que no puedo establecer un contacto inmediato y natural con la gente, en intentos no naturales de establecer contacto, en una sociabilidad compulsiva, en el hecho de que uno se puede sentir solo aun en compañía (Reich, 1942: 248-249).

5. CARÁCTER Y SÍNTOMA

En el mundo coercitivo occidental, más concretamente en la moral burguesa del siglo XIX y parte del XX, el carácter funciona reprimiendo el fluir natural de la pulsión mediante la doble coraza mental y corporal. La misión de esta es protegernos tanto del sufrimiento infantil habido al sernos negada la satisfacción instintiva a causa de la moral puritana de la sociedad como del sufrimiento supletorio de impedirnos la expresión de la ira causada por esa frustración. La familia patriarcal es el instrumento de dicha negación. A cambio de silenciar el instinto natural y de atenuar el sufrimiento generado por el antagonismo entre deseo y deber moral, padecemos el "malestar de la cultura" y el desarrollo de pautas de comportamiento sustitutas de origen cortical, modeladas por la moral colectiva heterónoma. De esto se deriva un empobrecimiento vital, una muerte en vida.

En relación con esto último, permítaseme reproducir dos anécdotas

que refiere Freud sobre la experiencia de un colega médico con los turcos de Bosnia y Herzegovina. Una se refiere a la confianza con sus médicos cuando se produce la muerte de un allegado y la resignada aceptación que tienen ante el deceso, porque no se pudo hacer más. La otra contrasta por la desesperación con que reaccionan cuando ellos mismos sufren un trastorno en su capacidad de disfrutar del placer sexual. "Tú sabes muy bien, señor, que cuando eso ya no es posible, pierde la vida todo su valor", había comentado un paciente turco al doctor (Freud, 1967: 630). Nosotros mismos hemos comentado el suicidio por lanzamiento desde lo alto de una palmera que llevan a cabo algunos jóvenes trobriandeses, un pueblo feliz, cuando los pactos matrimoniales previamente acordados entre los subclanes se oponen a la intensa pasión amorosa que ha nacido entre una pareja (Reig, 1918). Sexo versus muerte, pero, sobre todo, ausencia de sexo como equivalente a muerte en vida se hallan en la base del sufrimiento neurótico.

Dado que el sujeto en crecimiento ha perdido el contacto consigo mismo, con su cuerpo y con sus pulsiones originarias, desarrolla en sustitución un carácter en función de un yo ideal, que ha sido interiorizado a partir de los modelos sociales. Dicho carácter cumple varias funciones, ya que mantiene en el inconsciente los deseos reprimidos y lo padecido en relación con ellos; es su manera habitual de relacionarse con el mundo, y constituye una fuerza productiva para el sistema económico de que se trate. Sostenemos en este trabajo la universalidad de la estructura del carácter como fuerza productiva. Ya Reich, en el prólogo a la primera edición de *Análisis del carácter*, afirmaba:

> En relación con la función sociológica de la formación del carácter, debemos estudiar el hecho de que determinados órdenes sociales corresponden a ciertas estructuras humanas promedio, o bien —para decirlo de otra manera— que todo orden social crea aquellas formas caracterológicas que necesita para su preservación. En la sociedad de clases, la clase gobernante asegura su posición con ayuda de la educación y la institución de la familia, haciendo de sus propias ideologías las ideologías rectoras de todos los miembros de la sociedad. Pero no se

> trata meramente de imponer a los miembros de la sociedad ideologías, actitudes y conceptos. Más bien se trata de un proceso de profundos alcances en cada nueva generación, de la formación de una estructura psíquica que corresponda al orden social existente, en todos los estratos de la población. La psicología y caracterología científico-natural poseen, pues, una tarea claramente definida: debe descubrir los medios y mecanismos con los cuales la existencia social se transforma en estructura psíquica y, con ella, en ideología. Se debe distinguir entre la producción social de ideologías y su reproducción en los miembros de la sociedad. Estudiar el primer proceso es tarea de la sociología y de la economía; estudiar el segundo, de la caracterología psicoanalítica. La caracterología tiene que estudiar los efectos de la situación económica inmediata (alimentos, vivienda, vestidos, procesos productivos), así como los efectos de la llamada superestructura social, esto es, de la moral, las leyes e instituciones, sobre el aparato de los instintos; debe definir, en forma tan completa como sea posible, los numerosos eslabones intermedios entre "la base material" y "superestructura ideológica" […] Todo orden social […] forma la estructura psíquica de todos los miembros de la sociedad, *se reproduce* en la gente. Dado que esto se hace utilizando y alterando el aparato instintivo, también llega a anclarse afectivamente en el pueblo (1997: 20-21).

6. EL CARÁCTER COMO RUPTURA CON LA NATURALEZA

El carácter constituye, en principio, una forma de adaptación social y una defensa o atenuación de la ansiedad que genera la sexualidad estancada, aquella que no ha hallado manera autorregulada de satisfacción. La consecuencia directa es un amortiguamiento de las sensaciones vegetativas y un adormecimiento del gozo de vivir. Es también la barrera que empobrece la comunicación energética con nuestros semejantes, comunicación que nos los haría cercanos y respetados en sí mismos. Esa barrera dificulta que las madres puedan sentir a sus bebés y responder satisfactoriamente a sus demandas. Hemos perdido la fe en lo biológico y emocional, aquello que ponía al hombre y a la mujer primitivos en comunicación con sus semejantes. Algo que energéticamente daba a la madre de aquellas culturas la conciencia clara e inmediata de las

necesidades de su bebé y de la clase de atención que le reclamaba. Los humanos de la sociedad industrial, dada su estructura neurótica de carácter, vivían excesivamente intelectualizados.

Cabe destacar que el hombre posmoderno, el del capitalismo financiero, el último hombre, quedó definido por el lenguaje de Friedrich Nietzsche más de cien años antes como el que busca un pequeño placer para el día y un pequeño placer para la noche, pero ama la salud. Si ya el burgués del periodo industrial valoró en alto grado la higiene, el individuo de la sociedad neoliberal posterior ha desarrollado una preocupación compulsiva hacia los microbios y está conduciendo su vida, con ayuda de las pandemias, hacia la asepsia, por lo que trata de evitar en lo posible cualquier contacto físico con la naturaleza y con sus semejantes mediante mascarillas, la inclinación por los alimentos bien desinfectados y, a continuación, envueltos en plástico, por un temor paranoide a la aproximación física con sus semejantes, a las distancias cortas donde las respiración y los fluidos se comparten, una desconfianza hacia los demás como susceptibles portadores de infecciones y una preferencia por la comunicación a través de las pantallas. Nunca como ahora se ha prohibido a los niños explorar con sus manos la tierra, el barro, las hierbas, los insectos, cazar mariposas, ranas, lagartijas, libélulas. Al menos, con esas repulsiones inducidas, los escasos ejemplares que los insecticidas y la contaminación no han eliminado sobreviven de momento. Tanto miedo a las "impurezas" no cuadra con el hecho de que el contacto humano placentero y confiado eleva, junto con el ánimo, las defensas antiinfecciosas.

7. EL POTENCIAL ENERGÉTICO HUMANO

El carácter neurótico o adaptativo vive bajo el peso de una moral heterónoma y sufre por ello un conflicto inconsciente entre las exigencias de la naturaleza y las constricciones de la moral.

La regulación moral que opera como *deber* es incompatible con la gratificación

> natural instintiva. La autorregulación sigue las leyes naturales del placer; no solo es compatible con los instintos naturales, sino que opera idénticamente con los mismos. La regulación moral crea un conflicto intenso, insoluble, el conflicto de naturaleza versus moral. Así aumenta la presión instintiva que, a su vez, provoca el aumento de la defensa moral y hace imposible la circulación natural de la energía en el organismo. La autorregulación retira la energía del deseo que no puede ser satisfecho, transfiriéndola a otros fines o parejas. Consiste en una constante alternancia de tensión y alivio de tensión, a la manera de todas las funciones naturales. El individuo con una estructura caracterológica "moral" desempeña sus tareas sin participación interior, como resultado de la exigencia de un "deberás" extraño al yo. El individuo con una estructura caracterológica económico-sexual realiza su trabajo al unísono de sus intereses sexuales, abrevándose en el gran depósito de la energía vital […]. El individuo sano, autorregulado, no se adapta a la parte irracional del mundo e insiste en sus derechos naturales (Reich, 1962: 146-147).

Esa energía libidinal constituye la fuente de la existencia y de las mejores potencialidades humanas, pero su estancamiento propicia la formación de la rigidez del carácter, de los síntomas neuróticos, de las pulsiones secundarias de orden perverso y es causa de satisfacciones sexuales incompletas.

A partir de aquí se interrumpe la fluidez energética entre cuerpo y pensamiento porque el cuerpo es peligroso y para evitar sus comportamientos inesperados e imprevisibles, se le encadena mediante intelectualizaciones. El carácter actúa como una "resistencia" para proteger al individuo neurótico de la emergencia de los instintos. Contrariamente a estos temores, el cuerpo sería la solución porque constituye la fuente de energía que facilitaría un conocimiento real, una intuición veraz de sí mismo. El contacto con el cuerpo no bloqueado es la guía sabia de la conducta. David Boadella escribió:

> Si una persona puede moverse libremente sin compulsiones caracterológicas ni armaduras corporales, todas sus experiencias serán profundas. Pero tal estado de libertad es extremadamente raro, pues cuando ocurre es una experiencia iluminatoria. La mayoría estamos bloqueados, enraizados en nuestras profundidades mediante condicionamientos de niñez e históricos (1978: 15-16).

Reich descubrió que "a una coraza caracterial psíquica corresponde una coraza muscular somática". Esta última consiste en contracturas y tensiones crónicas, por lo que se convierte en el anclaje somático de la neurosis. En los círculos psicoanalíticos se ubicaban en el inconsciente las ideas y las emociones reprimidas. Pero Reich demostró que estas permanecen inconscientes porque se anclan en la coraza muscular.

El centro del individuo humano es su núcleo biológico. De ese centro se expande un impulso primario que en su expresión y satisfacción resulta frecuentemente bloqueado por la coraza muscular. Al limitarse por esta causa la respiración natural, se genera ansiedad. Y así es como nacen los impulsos secundarios y los síntomas neuróticos. Estas pulsiones secundarias son las pulsiones tal como son moduladas por el carácter.

Algún autor (Quignard, 1995) ha señalado que los conceptos de sexualidad, y por tanto las pulsiones sexuales, responden a las relaciones de poder de la sociedad. Así, entre los romanos, la sodomía estaba normalizada, siempre que el patricio no adoptara la posición pasiva. Julio César murió sin haberse podido quitar el sambenito de esta sospecha. Por el contrario, a los siervos, libertos y mujeres no casadas sí que les correspondía la misma. Nosotros (Reig, 1918) hemos descrito la sexualidad igualitaria entre hombre y mujer en las bandas nómadas de cazadores-recolectores, entre quienes no existen relaciones sociales ni políticas de dominio.

El análisis del carácter tiene como meta liberar la libido del estado de estasis en la coraza caracterológica y muscular, y así restablecer la potencia orgásmica. Tal energía, liberada de la constricción muscular, recupera la motilidad natural y pone a disposición de la persona un gran potencial para el placer, para la intuición y para la tríada conocimiento, trabajo y amor.

El potencial energético libre —potencial sexual— permite una consciencia nítida de sí mismo, de las necesidades y deseos propios y vitales. Quien vive en esa circunstancia resulta invulnerable al sometimiento, a la manipulación y a la indignidad. Los miedos, las inseguridades, las ideas persecutorias, los sentimientos de envidia, la

obsesión, la vanidad son rasgos neuróticos que perturban la comunicación y hacen a la persona débil y dependiente.

8. SEXOECONOMÍA

En la sexoeconomía Reich inicia una investigación autónoma que toma de Freud sus descubrimientos psicológicos y de Marx los sociológicos. Su tema es la función de la represión instintiva no solo en el campo sexual, sino también en el cultural y en el social. Freud había descubierto el mecanismo de la represión y sus efectos patológicos. La sexoeconomía se pregunta por qué razones la sociedad reprime el sexo y crea en las personas una actitud de rechazo hacia este.

Sostiene Reich que la represión sexual es un fenómeno tardío en la historia humana. Con la división en clases aparece el patriarcado autoritario, y en beneficio de una minoría explotadora empieza la represión sexual, para lo que se sirve de dos instituciones: el matrimonio y la familia patriarcal.

Nosotros pensamos que con la domesticación de animales y plantas comienzan las desigualdades y, sobre todo, la represión sexual de la mujer y también del varón, con el fin de conservar el patrimonio y aumentarlo si es posible. La mujer se convierte en reproductora de mano de obra y de guerreros defensores de la propiedad. Por esa razón las mujeres son objeto de venta o intercambio entre linajes fijos para ordenar, a través del matrimonio, el sistema económico, el apoyo defensivo mutuo y la descendencia. Con la incapacidad genital —represión en el caso del carácter neurótico— nace el sufrimiento emocional y, también, la estructura caracterial útil para cada sistema económico.

En el seno familiar, en la familia autoritaria, es donde el niño aprende la sumisión al Estado en miniatura, y esta pedagogía lo dispondrá, cuando llegue a adulto, para someterse al régimen autoritario en general (fábrica, Estado). “La formación de la estructura autoritaria se realiza mediante la inserción en la inhibición sexual y en la angustia sexual” (De Marchi, 1974: 258).

CAPÍTULO 5

FAMILIA, NATURALEZA Y CULTURA

1. EL PRINCIPIO DE PLACER

Según Reich, la destructividad o pulsión de muerte no es un instinto primario. En este sentido, se mantiene fiel a la teoría psicoanalítica originaria sin aceptar la segunda doctrina de los instintos de Freud. De acuerdo con la primera formulación freudiana habría en el ser humano dos clases de pulsiones: las sexuales, o libido, y las de vida, como el hambre. En la segunda formulación, concretada en *Más allá del principio del placer* y en el *El malestar de la cultura*, las pulsiones estarían formadas por una pareja nueva, las pulsiones de vida o libido y las pulsiones de muerte o destructividad. Los conceptos son bastante más complejos de lo expuesto aquí, pero para nuestro propósito bastará.

Podríamos decir que la sexualidad, como pulsión natural, hace agresivo al individuo ya de niño. Siguiendo a Reich, empleamos "agresividad" en el sentido etimológico de *aggredior* (ir hacia, acercarse, atacar). No es lo mismo agresividad que destructividad o violencia. Solo la agresividad bloqueada se transforma en destructividad y de ahí es de donde viene el sadismo, el masoquismo, la violencia vicaria, el rencor, etc. No creemos que sea tan difícil de entender: Freud describía al niño como perverso polimorfo; pero ese niño sexualmente perverso polimorfo había nacido y crecido en una sociedad neurótica, moralizante e inhibidora que coartaba su crecimiento afectivo-sexual y su expansión energética. Precisamente, el estancamiento de la sexualidad transforma la sucesión de pulsaciones autorreguladas de la energía en fantasías,

pulsiones y conductas que combinan sexo y violencia y dan a la sexualidad el rostro de la perversión, tal como la sienten y viven los moralistas, que horrorizados de sí mismos quieren negar a todos el derecho a un saludable erotismo. Del mismo modo, el bloqueo de la natural agresividad transforma a esta en crueldad, sadomasoquismo, cosificación, etc. La cultura, mediante su moral prohibitiva, tiene efectos paradójicos que nos recuerdan a Rousseau cuando, con respecto a los hombres civilizados, reflexionaba sobre "si el conocimiento de sus progresos es compensación suficiente de los males que mutuamente se infieren a medida que se instruyen sobre el bien que debieran hacerse" (Rousseau, 2011: 161).

En sus textos iniciales, Freud consideraba que el principio del placer marcaba el destino de la mente, que estaba orientada al gozo y a la autonomía. Punto de vista que posteriormente acaba rechazando y con respecto al cual, para no caer en clara incoherencia, tiene que modificar su doctrina e introducir nociones nuevas de dudosa validez, como la pulsión de muerte y la pulsión de repetición. Si se es coherente con su formulación del principio del placer, si no se introduce por la puerta de detrás un principio previo, la pulsión de muerte, sucede lo que explica Jorge Veraza:

> Las neurosis en las que se encuentra trastocado el principio del placer solo se pueden explicar mediante la represión del placer, en especial por la represión de la sexualidad en gracia a la moral sexual represiva de la sociedad. Por ello, las personas están enfermas de neurosis gracias a la acción de una moral que se pretende sagrada, natural y recta, cuando es retorcida y antinatural, al servicio de intereses mundanos económicos y de manipulación del poder político para sacarlos adelante. Asimismo, la tesis freudiana de la rectoría de la mente por el principio de placer involucra una posición política libertaria, y su explicación de la neurosis por represión sexual implica una crítica de la sociedad por basarse en formas de dominio económico y político que requieren de una moral sexual represiva para perpetuarse (2008: 6).

En realidad, el progresismo liberador contenido en el principio de placer resulta neutralizado por la pulsión de muerte, la cual justifica toda

política reaccionaria. Las guerras, la opresión de clase, la tiranía de un individuo sobre otros y la esclavitud pierden la opción de ser criticadas política y moralmente, ya que resultarían de una tendencia innata de la naturaleza humana. A su vez, el sometimiento de las masas quedaría justificado por el masoquismo innato, también presente en esta deriva freudiana.

2. EN TORNO AL MATRIMONIO

El matrimonio en la sociedad burguesa del capitalismo industrial está al servicio de una ideología que da sentido a la vida en personas de sexualidad pobre, un mundo donde la natural expansión del instinto de vida es sustituida por un objetivo asexuado, que en la burguesía consiste en mantener y mejorar un linaje que dé sentido a los esfuerzos del varón. Entonces su vida no es para el goce, sino para un sustituto neurótico: crear una hacienda y tener una descendencia. La familia, el orden de los descendientes, constituye el fundamento de la actividad. La vida de un varón se justifica por crear un patrimonio que heredará el linaje. Por ello es tan importante la castidad prematrimonial de la mujer y su fidelidad conyugal: saber que sus hijos llevan sus genes, que son en verdad sus descendientes. De este modo, el interés sexual del matrimonio no tiene como fin el mutuo placer, sino la procreación, es decir, crear una descendencia con la que suplir el principio del placer por un constructo ideológico: la familia patriarcal burguesa. Tal moral, aunque es estrictamente burguesa, se expande por todas las clases sociales y poco efecto tendría si en muchas capas de la sociedad estuviera presente la convicción de que el matrimonio es un compromiso temporal y de duración incierta en pro de sexualidad y afecto. Por el contrario, la ley exige que la unión de por vida tenga un efecto general para que la clase en ascenso, la burguesía, lleve a cabo sus objetivos económicos y políticos. La ley, motivada por la necesidad económica de la clase adinerada, se debe imponer como regla general para toda la sociedad con el fin de que el principio se vuelva incuestionable.

Esa exigencia a la mujer de castidad y de fidelidad deja a los jóvenes varones sin parejas para vivir un amor plenamente sexuado. Han de recurrir a prostitutas o a la seducción de mujeres casquivanas o a la conquista de jovencitas ingenuas. Durante el matrimonio, la infidelidad masculina busca la necesaria desenvoltura, juego y desinhibición sexual, mientras que, en la mujer, la limitación de su sexualidad por la educación puritana la empuja a refugiarse en los hijos, convirtiéndolos en objetos de compañía y de proyecciones.

En muchas sociedades primitivas los jóvenes, por desbordamiento de sensualidad, practicaban sexo intrascendente pero dotado de ternura, de afán de experimentación y de una necesidad biológica imperante. Y eso mismo habría sido lo conveniente entre los jóvenes europeos de entonces, mirada la cuestión desde el punto de vista de la felicidad y del equilibrio personal; por el contrario, un comportamiento parecido en los adultos indicaría, quizás, una compulsión neurótica debida a una fijación infantil con el padre o la madre que volvería decepcionante toda relación real en comparación con el ideal edípico fantaseado en el inconsciente. Además, careciendo de entrega emocional cuando se trata específicamente de prostitución o de conquistas donjuanescas, la descarga energética resulta pobre, por lo que la satisfacción erótica es relativa.

Para Reich hablar de relación duradera no significa que permanezca toda la vida. Ni tampoco que deba ser totalmente monógama. El límite debería estar en la pérdida o disminución definitiva de la satisfacción sexual. La clave para la duración del matrimonio no debería residir en la moralidad coercitiva, sino en la capacidad de abandono en el abrazo genital y de satisfacción. Una relación larga y satisfactoria presupondría potencia orgásmica en ambos miembros de la pareja, y para ello el requisito consistiría en tener superada toda fijación incestuosa y en la ausencia de pulsiones reprimidas, lo que equivale a hallarse a salvo del moralismo. Considera Reich que, en su época, en Europa, tales condiciones resultan utópicas para la mayoría. La inhibición de la sexualidad infantil habría producido la disociación entre sensualidad y ternura, entre lo lúdico y lo amoroso. La dificultad fundamental de toda

relación sexual permanente es el "conflicto entre el amortiguamiento (temporal o definitivo) del deseo sensual, por un lado, y la creciente actitud de cariño hacia el compañero o la compañera, por otro" (1993: 140).

El amortiguamiento se identifica por la limitación del deseo antes del orgasmo y la pobreza de placer en este. El obstáculo para la separación saludable sería de dos tipos. Uno subjetivo, producto del peso de la moralidad y del sentimiento de cariño. La esposa, desde niña, ha escuchado el mensaje de que una mujer debe tener relación sexual con un solo hombre de por vida. Además, por identificación con su madre monógama, piensa que su obligación es aguantar. El otro es objetivo, y reside en los obstáculos sociales y económicos, en especial la dependencia económica de la esposa y de los niños. En realidad, si fuera posible asumirlo, lo acorde con la economía sexual sería acabar la relación y buscar un nuevo compañero.

3. CULTURA Y NATURALEZA

En el periodo del capitalismo industrial, naturaleza y cultura estaban en franca pugna dentro de cada individuo. Pero no nacemos así. Si los impulsos infantiles de comer, mamar, gatear y defecar, y las pulsiones sexuales tuvieran una satisfacción apropiada, ello redundaría en la peculiar belleza que da la expresividad, la mirada y los movimientos libres y armónicos, los rostros iluminados y la fácil sonrisa que brillaba en algunos de los pueblos primitivos antes de ser colonizados por Europa. Pero cuando una cultura represiva como la de los tiempos de Freud y de Reich rige la educación, el niño inhibe cada fase de su desarrollo natural. Por ejemplo, adiestrando la motricidad, desanimando ciertos movimientos espontáneos, imponiendo en su lugar rígidos y reglados gestos de la "buena educación" acaba por imponerse una economía alterada de su energía. Va renunciando a sus tendencias naturales, exploradoras, motrices, que le proporcionan placer, y las sustituye por otras mientras crece escuchando "esto está mal" o "aquello está bien". Así, pierde

contacto con su cuerpo. La cultura suple a la natura, sin que se evite un conflicto interno constante entre la inhibición y la expansión. A partir de aquí se va construyendo el corsé que Reich llama "coraza". La sociedad del capitalismo industrial ha sido quizás una de las épocas en que mayor rigidez se ha impuesto a la persona. El carácter es el resultado de la negación de la naturaleza, del instinto. Esto explica por qué fue también la época álgida de los trastornos neuróticos.

Manuel Lucas Matheu, sexólogo, llevó a término un trabajo de campo en la isla de Pohnpei, que había estado bajo administración española hasta 1899, año en que fue vendida a Alemania; luego, la ocupó Japón y tras la Segunda Guerra Mundial pasó a manos de Estados Unidos, y también en el archipiélago Tuuk, donde las administraciones se sucedieron de manera parecida. Lo primero que le sorprendió fue la espontaneidad de las sonrisas de los nativos, amplias y con cierta intención seductora, indicio de que no habían sufrido inhibición de las pulsiones en la infancia. Los niños reían y jugaban, sin que viera llorar a ninguno de ellos ni ser golpeado durante el periodo que permaneció allí. Eran tribus donde reinaba la libertad sexual desde la infancia, a pesar de la aculturación impuesta por las sucesivas naciones que las administraron. Por ejemplo, la puritana administración americana impuso condenas de 50 años a nativos de Pohnpei por violación, cuando simplemente practicaban la ancestral costumbre del *eluwenpwong*, traducible por "gatear de noche", que consistía en una visita con fines eróticos que los varones, solteros o casados, hacían a las casas de las mujeres solteras o casadas. Si a ella le agradaba el visitante, se hacía la dormida y le permitía hacer; si no le agradaba, chillaba y él salía corriendo. Este comportamiento doble de la mujer se llamaba *kamai*.

Lucas hizo su trabajo de campo en 1991. En ocasiones, algunos docentes dicen en España que su tarea es instruir, pero que la educación la deben traer de casa. Afortunadamente para aquellos nativos, la educación les venía de casa y eso les permitió seguir viviendo sin represión sexual, al menos que sepamos hasta después del año 2001 en que Manuel Lucas había visitado las islas. No sabemos ahora, 30 años

más tarde, qué habrá sido de aquellos nativos felices, bajo el peso de una administración, la norteamericana, puritana, moralista y con la presencia de misioneros evangélicos.

En la obra citada compara varias decenas de etnias, pacíficas unas, violentas otras, para averiguar qué factores estaban presentes en cada caso. Descubrió una amplia coincidencia entre la permisividad sexual desde la infancia y el pacifismo, e inversamente, entre la represión sexual y la violencia cuando adultos.

4. UTILIDAD PRODUCTIVA DE LA REPRESIÓN SEXUAL

Con el control forzado y prematuro de los esfínteres y con la formación de la coraza caracterial, la sociedad del capitalismo industrial pretendía encorsetar el principio del placer para que el individuo, una vez disciplinado, se hallara dispuesto para los trabajos rutinarios y mecánicos como los de la producción en cadena y con horarios fijos. "La economía mecanizada, esa característica de nuestra civilización, está reflejada en el hombre mecanizado, en la vida vacía llevada por el obrero en la fábrica o el empleado en una oficina desde los 16 años hasta los 60" (Reich, 1942: 251-252). Esa es, también, la tarea que se ha encomendado a la escuela tradicional: entrenar en los horarios fijos, en la limitación de movimientos y en la rutina repetitiva. El capitalismo precisa de individuos a los que se les haya limitado el vivir acorde con el principio del placer. La renuncia, la represión sexual y la sublimación reactiva son condiciones necesarias para la productividad de la economía del capitalismo en general, y más en concreto, para el capitalismo en su fase industrial. Freud pensaba que en las relaciones pasajeras no llega a darse la adaptación sensual que se da en la pareja duradera. Y que la personalidad estadísticamente normal en la sociedad es la neurótica, dada la universalidad de la represión.

> Fue un triunfo para el arte del psicoanálisis conseguir la demostración de que determinados actos psíquicos muy frecuentes de los hombres normales, actos para los que no se había hallado aún explicación psíquica ninguna, debían equipararse a los síntomas de los neuróticos, entrañando, como ellos, un sentido ignorado por

> el sujeto mismo; pero que podía ser descubierto sin gran trabajo por la labor analítica […] Esta aportación a la psicología entrañaba un múltiple valor. El perímetro de la determinación psíquica quedó así insospechadamente ampliado y disminuido el abismo entre el suceder psíquico normal y el patológico (1968a: 114).

Como decía el segundo Freud, el de la etapa de madurez de su pensamiento, la represión es indispensable y la neurosis es inevitable si queremos que exista la civilización. Es decir, la civilización occidental moderna, matizamos nosotros. Se trataría de detener la movilidad de la vida plena para fortalecer la producción industrial y engrosar el capitalismo de cualquier tipo, el liberal o el de Estado.

5. ¿QUÉ VIENE LUEGO?

Comprobaron muchos psicoanalistas, especialmente Jean Bergeret y Otto Kernberg, que las transformaciones sociales modificaban las estructuras psicológicas, lo cual obligaba a adaptar las intervenciones terapéuticas. Esto significa que junto al paciente neurótico clásico comienzan a proliferar otros cuya estructura no es la neurótica. Semejante tipología ya fue referida por C. H. Hughes en 1884. En la obra de Freud aparecen indicios que tendrían que ver con esta estructura. También hallamos consideraciones al respecto en el libro de Wilhelm Reich *El carácter pulsional*, del año 1925, donde se describen algunos rasgos que posteriormente, a partir de la década de los sesenta, y sobre todo de los ochenta, irán haciéndose más visibles en los ámbitos terapéutico y social. Esta tipología recibe el nombre de limítrofe o *borderline*. Su presencia es hoy tan frecuente como la histeria en tiempos de Freud. Cuenta con una relevante nómina de investigadores en el campo psicoanalítico: Daniel Stern, Hellen Deustch, Jean Bergeret, Heinz Kohut, Otto Kernberg, etc. El crecimiento estadístico de esta estructura límite sucede en una sociedad muy diferente de aquella en la que trabajaron Freud y Reich. La sociedad neoliberal o del capitalismo tardío no va a presentar aparentemente el autoritarismo de la que la precedió. La estructura del

mundo industrial tenía su reflejo en la familia autoritaria y, desde esta, en la estructura individual, de modo que el Edipo era el embrión de la conformación autoritaria de la mente, donde el superyó formado por introyección a partir de la figura paterna intentaba someter a un yo a su vez exigido por las pulsiones instintivas del ello, según el modelo freudiano. Es decir, un pequeño yo en mejor o peor equilibrio entre las pulsiones y la norma, un yo, en resumen, que es poco más que un aparato mediador entre los estímulos externos que le exigen adaptarse al mundo según la moral colectiva introyectada —el superyó— y las necesidades pulsionales del ello que reclaman satisfacción.

De modo diferente, para Reich el yo tendrá mayor autonomía cuanto más haya satisfecho las necesidades pulsionales en sus relaciones de objeto durante la infancia. Es decir, estará más condicionado por la presencia de la realidad y menos por la intermediación del superyó. Reich siempre tendrá presente el carácter como producto del desarrollo psicosexual y de las limitaciones sociales. Y el yo vivirá enclaustrado por el carácter. Como dice Serrano (2011: 229): "No es que el yo esté sometido a una influencia de las pulsiones o de la censura, sino que el carácter va a ser censura, pulsión inhibida y, por tanto, se convierte en la propia cárcel del yo". Dentro de la familia, la cual es fruto del orden social y moral, el yo se envuelve de un determinado carácter y de una determinada coraza con fines defensivos que constituyen un obstáculo para una circulación autorregulada de la energía pulsional.

Sin embargo, la anterior condición neurótica de la sociedad autoritaria y de los individuos que la habitaban se va modificando a medida que las condiciones económicas varían. De manera general, podríamos afirmar que a cada tipo de sistema económico corresponde una estructura de personalidad diferente, la cual es su consecuencia y también su sostén.

Desde finales de los años sesenta, coincidiendo precisamente con los grandes movimientos de liberación personal y de ruptura con las rigideces de la sociedad industrial, comenzó un cambio en la economía que hizo menos frecuente la presencia de lo neurótico en las consultas y en la sociedad, mientras que se incrementaban las estructuras fronterizas.

Al comienzo esto sucedió lentamente, pero a medida que pasaban las décadas tal proceso se aceleraba de un modo significativo.

Psicoanalistas como Bergeret y Otto Kernberg sacaron a la luz la existencia de tres estructuras en el mundo occidental: la neurótica, la fronteriza y la psicótica o mimética. La primera, como hemos visto, se fundamentaba en la represión y constaba de un mecanismo global de defensa que hemos llamado carácter. La segunda, según Federico Navarro, constaba de una cobertura caracterial y de un núcleo depresivo ambivalente o bien de un núcleo depresivo psicótico, ambos permanentes. Por su parte, la mimética no solo careció de la opción de construirse un carácter, sino que ni siquiera pudo dotarse de una cobertura.

En pocas décadas han cambiado muchas cosas: la economía basada en la producción ha perdido peso ante la economía fundada en los movimientos financieros; una velocidad creciente se ha enseñoreado de la presentación de imágenes y de información, debilitando la importancia de los recuerdos; la naturaleza de los mensajes se ha vuelto predominantemente visual, en detrimento de la palabra escrita, en la línea que anunciaba Marshall McLuhan: "El medio es el mensaje"; se ha desarrollado una cultura del consumismo salvaje, con importantes secuelas psicológicas y morales, pero también medioambientales; las variaciones y nuevos descubrimientos se producen cada vez más deprisa; el cambio climático causado por las energías fósiles anuncia un incremento progresivo de plagas y pandemias; la eficacia de la informatización y la robótica ha alumbrado una ideología transhumana y la perspectiva del cíborg; el poder jerárquico se ha invisibilizado parcialmente y ha adoptado una apariencia más horizontal y democrática; los Estados nacionales se han convertido en instrumentos de las grandes corporaciones mundiales, como BlackRock; la precariedad de los puestos de trabajo, que el neoliberalismo provoca, retrasa o desanima la asunción de responsabilidades familiares como el tener descendencia; las circunstancias laborales y la ideología neoliberal que las origina produce una falta de atención sensorial y emocional al bebé y una ambivalencia respecto a la cuestión, como el tema de las madres de alquiler, donde el

debate se ha centrado en torno a los derechos de la madre portadora y la receptora, obviando, sin embargo, la cuestión que consideramos central: el daño psicofisiológico que sufrirá el bebé bajo las condiciones emocionales y afectivas de la madre biológica o, dicho de otro modo, qué estará sucediendo en la comunicación intrauterina entre la madre de alquiler y el *nasciturus*.

Otro fenómeno que se ha ido adueñando del mundo actual ha sido la medicalización de los partos inducidos y con anestesia que inhiben la producción natural de oxitocina, hormona tan importante en la consolidación del afecto desde el mismo momento del parto. Otra consecuencia de las condiciones laborales y de la filosofía neoliberal son las casas-cuna desde las primeras semanas de vida, hecho que, unido a otros, propicia directa o indirectamente el desarrollo de estructuras limítrofes. Estas no solo son actualmente las más útiles al nuevo sistema, sino que fomentan comportamientos políticos y económicos fronterizos. Ante la falta de interiorización nace la época de culto al cuerpo, a la imagen. La apariencia sustituye al ser; los pseudocontactos, a la comunicación; el individualismo narcisista, al compromiso; la singularidad, a la pertenencia. Las soluciones o salidas que se adoptan no son realistas ni racionales, sino *borderlines*: aumento de los suicidios, depresiones, crisis psicóticas, psicopatías, drogadicciones, ignorancia de los derechos humanos, esclavismo legal, trastornos inmunodeficientes, etc.

En 60 años el mundo ha revolucionado como nunca sucediera antes en tan escaso tiempo. La aceleración de los cambios no solo es mayor que en otras épocas, sino inconmensurable con ellas. La tecnificación se constituye en causa y también en consecuencia de la aceleración. La cantidad y la velocidad, traspasados unos umbrales, dificultan la comunicación, que necesita reposo. Así es como la medicina, por ejemplo, ha perdido el carácter integral, comunicativo y observacional de antaño y se convierte en actividad mecánica de prescripción de productos de las grandes farmacéuticas. La observación, la palpación, se sustituyen por el ordenador que indica al médico cuál debe ser el protocolo de

tratamiento y cuál la sustancia activa que recetar. Tampoco el paciente va a obtener más tiempo de atención en la medicina privada, donde el tiempo es oro igualmente. Lo que predomina es el diagnóstico clasificatorio. Ya no hay enfermos, sino enfermedades.

CAPÍTULO 6

PSICOPATOLOGÍA DEL CAPITALISMO TARDÍO

1. SOCIEDAD DEL RENDIMIENTO Y ESTRUCTURA *BORDERLINE*

Byung-Chul Han considera que el narcisismo y la sensación de vacío son característicos del individuo de la sociedad del rendimiento. Coinciden tales rasgos con los hallados por la psicopatología en la estructura de carácter *borderline* o limítrofe. Se trata de personas que tienen un pobre contacto consigo mismas, que no se sienten. Esto explicaría ciertas conductas autolesivas, frecuentes entre los adolescentes de hoy, así como las tendencias más generalizadas a arriesgarse, a ponerse en situaciones límite en gente joven y de mediana edad, cuyo efecto es subir el nivel de adrenalina. Con estas conductas se buscaría sentir el cuerpo, notarse vivos. Además, ese anhelo de estímulos fuertes cumple una segunda función: alejarnos de la depresión y del vacío que nos subyace. En general, cumplen la misión de estimularnos con drogas no necesariamente farmacéuticas.

Hoy las personas nos vemos impelidas por la ideología y las prácticas imperantes a focalizar la vida en la productividad. Por ello, pronto o tarde se produce el colapso, es decir, la depresión, la ansiedad, el sentimiento de vacío, de desvalorización y el *burnout*. Y si este derrumbe no se ha producido más pronto ha sido porque, al igual que en *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley, el sistema brinda la posibilidad de drogarse. Donde en la novela la "soma" era el producto químico que los sumergía en una especie de estado de felicidad, aquí se trata de tres drogas distintas, pero

sinérgicas, que llevan al nebuloso paraíso. Una es la que Richard Sennett denomina "vivir al límite", o arriesgarse. Con frecuencia se abandona un puesto o un trabajo ante la ocasión de otro nuevo, y ello a pesar de que racionalmente y por experiencia se sabe que las posibilidades de mejorar de vida, de compensación económica y de ascenso social suelen ser escasas. Pero el momento del cambio proporciona una gratificación emocional por el "subidón" de adrenalina que lo acompaña. La segunda droga sería la hiperactividad, la focalización vital en el trabajo y en el bombardeo de informaciones e imágenes que nos llegan por internet. Aquí se produciría una mezcla de energización y de confusión opiácea. Y la tercera droga, importantísima, la bulimia consumista, como la denomina Byung-Chul Han. Soy libre, se dice el sujeto de la sociedad del rendimiento, porque elijo cambiar de trabajo, abandonando lo seguro para asumir riesgos; también porque en mis trabajos, aunque me sean impuestos los objetivos por otros que están en lo alto, escojo los procedimientos, tanto si actúo individualmente como si formo parte de un equipo; finalmente, porque elijo entre una amplia variedad de ropa y calzado que se me oferta, entre marcas y tipos de cerveza cuando me siento en una terraza, entre diversidad de destinos vacacionales y demás cosas de este estilo. Soy, pues, auténtico, distinto, ya que tengo mis propios gustos y realizo mis propias opciones personales. Soy así, soy lo que elijo consumir. Consumo, luego existo.

Gracias a las tres drogas que hemos mencionado, se está a salvo de entrar en contacto con cualquier negatividad que cuestione nuestra manera de estar en el mundo. El sistema productivo no puede consentir que se detraiga energía para el conflicto: toda se precisa para la productividad. Byung-Chul Han escribe que según Alain Ehrenberg "la actual cultura del rendimiento y la optimación no tolera que se invierta trabajo en el conflicto, ya que el trabajo requiere mucho tiempo" (2021: 54). Por eso, el sujeto del rendimiento solo conoce dos estados: funciona o fracasa.

El sistema económico neoliberal tiene su estrategia para alumbrar trabajadores útiles. Toda una publicidad alaba el individualismo, la

"libertad", el emprendimiento, el riesgo, la autosuficiencia y el triunfo. Por lo anterior, la autenticidad en el sentido solipsista posmoderno asume papeles, personajes; no resulta de un enriquecimiento mutuo por la comunicación con el diferente y con lo diferente. Por el contrario, un enfoque humanista diría que lo que me cuestiona sería lo que podría abrirme la posibilidad de ser yo; mientras que lo idéntico a mí, no me cambia, no me hace crecer.

2. LO PSICÓTICO, LO NEURÓTICO Y LO *BORDERLINE*

Las estructuras *borderlines* manifiestan el fracaso frecuentemente como fatiga. Se sienten responsables de su fracaso como si fueran creadores de ellos mismos a la manera de un dios. No aceptan las limitaciones de la realidad. Les afectan las miradas de los otros: ante la ausencia del peso de la ley impersonal, lo que cuenta es la valoración ajena actual. Reconocer los límites de su omnipotencia y comenzar a vivir los conflictos sería el camino hacia la cura de estas personas, en lugar de estar siempre midiendo su insuficiencia.

El neurótico produce síntomas; el psicótico, delirios; pero el *borderline*, actos. El vacío depresivo tiende a ser llenado por la adicción a las drogas, incluida la droga del consumo compulsivo. Muchas de esas dependencias calman la ansiedad y, como son bastante comunes, ocultan su carácter anormal: bebida, consumismo, ansiolíticos, juego compulsivo, bulimia, adicciones sexuales, adicción a internet. Otto Fenichel acuñó la expresión "toxicomanía sin droga" para referirse a muchas adicciones euforizantes no medicalizadas que satisfacen el narcisismo del deprimido. Se apela a objetos externos para llenar el hueco depresivo.

Por eso, muchos *borderlines* tienen un comportamiento profesional y familiar de lo más normal, incluso exitoso. En la estructura limítrofe se da una oposición entre la visión inflada de sí mismo —autorreferencias excesivas, necesidad constante de despertar atención y admiración— y una dependencia superior a lo normal de las cosas y de las personas. Como precisaremos más adelante, la "buena" socialización y la

adaptación profesional disimulan una carencia de sentimientos veraces; forman una imagen social, un falso yo, una conducta "como si". Emmanuel Carrère, en *El adversario* (2021), presenta lo que podría constituir un caso extremo de esta tipología. Se trata de un exitoso profesional, un médico de la OMS y un perfecto padre de familia. Es un caso real que consternó a la opinión pública francesa. Todo va muy bien hasta el momento en que está a punto de descubrirse que su profesión era una farsa mantenida durante años, sin que lo sospecharan sus familiares, amigos y vecinos; que jamás trabajó en el centro de investigación médica que decía; que todas las mañanas salía con el coche al trabajo y permanecía oculto en un bosque; que para llevar un tren de vida acorde con su supuesto alto sueldo, convenció a familiares y amigos para que le confiaran los ahorros con la finalidad de invertirlos en bancos de Suiza. Cuando está a punto de descubrirse todo, asesina a su mujer e hijos, a sus padres y lo intenta con su amante. Lo más asombroso es la frialdad con que lo hace, como si hubiera una disociación entre sus planes y actos de un lado y su estado de conciencia del otro, pensados y ejecutados aquellos en un estado de semisueño, carente de conmociones emocionales.

3. EL PACIENTE *BORDERLINE*

La estructura neurótica de carácter pierde preponderancia desde el momento en que confluyen y se retroalimentan distintos factores en un proceso *in crescendo*: la crisis de la familia tradicional, con la consecuencia de modelos diversos de familia; el control de natalidad; la rebelión contra el orden burgués desde su propio interior tal como representaron los *hippies* o el Mayo del 68, que a su vez conllevaba el derecho a la diversidad y a expresar las necesidades propias; el incremento creciente del consumismo, ayudado por el imperio de la imagen y de la progresiva velocidad de su aparición en las pantallas y de la sucesión de información que conduce a lo que se ha calificado de "presentismo"*; el efecto dominante de la telemática e informática; la

incorporación de la mujer al trabajo y la concomitante proliferación de las guarderías y de las casas-cuna, indicio de que las necesidades de un bebé no están atendidas muchas veces. Pero en el siglo XXI se acelera algo que comenzó tras el derrumbe de la Unión Soviética, cuando el capitalismo depredador, es decir, el neoliberalismo sin complejos marginó la concepción socialdemócrata y la cristianodemócrata, inspiradas por el paradigma de Keynes.

Consecuencias de este cambio son el desempleo, la precariedad, la dificultad para hallar trabajo a partir de los 50 años y la angustia que deriva de todo ello. Tales secuelas forman parte de las maneras con que el sistema maltrata a los individuos, quienes, carentes de la solidaridad de otros tiempos, los de las luchas obreras en las grandes factorías, sobreviven con baja autoestima.

El tipo de sociedad, su modo de actuar durante el crecimiento de las personas —por ejemplo, la sustitución de la escuela tradicional autoritaria por la escuela "comprensiva"— influye en la conformación de la personalidad a través de los nuevos modelos y valores que se incorporan. Pero aún hay más, "padre y madre son portadores de una sociedad y de una cultura, y cuando el niño está sorbiendo leche está absorbiendo también un complejo tráfico simbólico" (Hornstein, 2014: 6).

Actualmente, en lugar de neuróticos, aparecen en las consultas de psicoterapia personas aquejadas de procesos diferentes, que no responden a las hipótesis de conflictos sumergidos en el inconsciente. El sujeto reprimido deja paso al sujeto fragmentado, cuya raíz no se ancla en lo histórico reprimido, sino en la disociación. Sujetos con un componente narcisista importante. Personas donde el problema no está en el choque entre el ello y el superyó, sino en el mismo yo. La técnica clásica del psicoanálisis, aplicada con estricta ortodoxia, resulta inoperante en tales casos. Ahora no se trata de recuperar lo inconsciente, sino de alumbrar lo que nunca se tuvo, por ejemplo, el apego en la primera infancia. Hay en estos pacientes una carencia básica (Balint, 2019). El acompañamiento del terapeuta deberá constituir la compañía protectora que le faltó de niño y, por lo cual, no pudo afrontar los necesarios duelos para crecer. Como

dice Luis Hornstein: "El trayecto identificatorio implica una renuncia a aquellos otros que, en los primeros años, fueron los soportes relacionales y establece diferencias entre ser y tener, entre lo que querría llegar a ser y lo que querría poseer, entre el registro identificatorio y las elecciones de objeto. Implica un trabajo de duelo" (Hornstein, 2014: 8).

Son muchos los pioneros en descubrir las peculiaridades de este tipo de pacientes. Destaquemos a la psicoanalista Hellen Deustch, que los denomina personalidades "como si". Melanie Klein hace un descubrimiento que pasa a la historia, el mecanismo de la identificación proyectiva. Otro concepto introducido más tarde por Esther Bick y Donald Meltzen es el de identificación adhesiva. Un pionero notable es Bergeret. Pero las aportaciones más interesantes posiblemente sean las de Otto Kernberg que considera que estos pacientes poseen una organización fronteriza estable y patológica, diferente tanto de la estructura neurótica como de la psicótica.

Según Kernberg, algunas características del *borderline* serían la presencia de neurosis polisintomáticas, un yo frágil que no controla los impulsos, baja capacidad de soportar la ansiedad, perversiones sexuales múltiples, pero con una funcionalidad muy diferente a la de la personalidad perversa, y, por último, dificultad para sublimar. Su mecanismo de defensa predominante es la escisión: incapaz de integrar lo libidinal con lo agresivo, sus introyecciones están escindidas y su yo, dividido.

En su excelente síntesis del *borderline* en Kernberg, Alberto Espina (1990) nos recuerda que tampoco el superyó está integrado, de modo que proyecta fuera los aspectos censuradores y exigentes. Que no ha integrado de un modo realista los imagos de los padres, puesto que no puede admitir sus aspectos buenos junto con los malos. Y que se adapta a la realidad, pero sin una internalización profunda.

Su problema es yoico, más que conflictivo, pero en el origen ha habido, durante la etapa del comienzo del proceso de autonomía, un conflicto mal resuelto entre individuación y apego, porque no dispuso del acompañamiento maternal adecuado que le diera seguridad para avanzar

sin la angustia de ser rechazado y perderlo todo.

En relación con los demás, el *borderline* puede sentirse invadido o excluido. En lo referente a la perversidad, esta es vicaria, para salir momentáneamente del vacío a través de la excitación perversa. La falta de autoestima lleva a conductas compensatorias, como superioridad o altanería.

En general, sus defensas se centran en aislarse de aquellas experiencias agónicas que no pudo integrar conceptualmente. Mientras el neurótico se opone inconscientemente al regreso de lo reprimido, el *borderline*, al regreso de lo escindido.

Para entender el origen de esta estructura, nos apoyaremos en las fases del desarrollo infantil según Magaret Mahler (1984):

1. Fase autista: en las primeras semanas de vida se produciría una desorientación alucinatoria primitiva y una satisfacción omnipotente.
2. Fase simbiótica: en el segundo mes se forma una unidad dual con la madre, formando así un sistema omnipotente. Fusión somatopsíquica alucinatoria.
3. Proceso de separación-individuación: hacia el 5º mes el bebé, en estado de vigilia, atiende a lo externo, hacia el 7º explora a la madre y se resbala en su regazo, permanece cerca y juega a sus pies. A continuación, viene una subfase de ejercitación propiamente dicha, camina, se diferencia corporalmente de la madre, se desarrollan aparatos del yo autónomo y precisa de su progenitora como reabastecimiento emocional.
4. Comienza después una subfase de reaproximación que es decisiva: está más consciente de su separación física, por lo que se angustia. Mientras en la subfase anterior mostraba poca preocupación por la separación, ya que no se sentía tan diferenciado como para temer perderla, ahora está pendiente de su paradero y se aproxima activamente a ella. Sus deseos alternan entre el de estar separado, siendo grande y

omnipotente, y el de que la madre satisfaga mágicamente sus deseos. Se trata de un conflicto entre el aislamiento y la fusión. Esto sucede entre los 16 y 25 meses. Esta subfase es crucial para el desarrollo de una estructura *borderline*. La madre debe tener sensibilidad para permitirle una progresiva autonomía sin generarle un sentimiento de ser rechazado.

5. Fase de consolidación de la individualidad y comienzo de la constancia objetal emocional. Es en el tercer año de vida cuando se forma el sentimiento estable del yo, a la vez que la unificación del objeto en una representación total donde se hallen unificados los aspectos buenos y malos. Esto indica que se ha superado el peligro de quedar estancado en la estructura *borderline*.

El problema surge cuando la madre del futuro fronterizo, por razones de su propia estructura caracterial, trata de mantener la unión simbiótica. Puede, incluso, haber sido una buena madre en la fase simbiótica, nutriendo al niño en su emocionalidad; pero en el momento en que este busca ser él mismo, la madre no lo soporta y reacciona con desapego u hostilidad, retirándole la disponibilidad libidinal cuantas veces el niño tienda a la individualización. Esto le provoca sentimientos de abandono tan intensos que o bien se aferra a la madre, cediendo a la simbiosis, o bien disocia y niega los sentimientos de depresión.

Es decir, se produce la introyección de una imagen materna de relación simbiótica y dependencia oral y una introyección de imagen materna que castiga con el abandono la separación. A esta conjunción Otto Kernberg la llama "unidad disociada de relación objetal". Dicho de otro modo, hay una unidad parcial retrayente (madre que abandona, más sentimiento de rabia y depresión por el abandono, más vivencia de ser malo) y otra unidad parcial gratificante (apoyo materno a la simbiosis, junto con gratificación del deseo de reunión, más la vivencia de ser bueno por ser pasivo).

Los posreichianos insisten en que es esencial que la saludable relación

fusional madre-bebé no impida los progresivos intentos de independencia cuando el estado madurativo del infante lo permita. La madre ha de saber retirarse, al tiempo que el padre va apareciendo con mayor importancia. Pero si la madre, por incapacidad de contacto con su propio cuerpo y con las necesidades del niño, prolonga la simbiosis, surge la ambivalencia básica de la estructura *borderline*. La permanente presencia materna impedirá al niño expresar y concienciarse de no recibir lo que necesita, aunque sufra desazón. Tampoco podrá vivir la rabia, porque no hay motivo: la madre siempre lo cuida y está con él.

La buena relación de contacto con la madre exige, de esta última, capacidad y abertura que permita la unión fusional, donde más que la duración del contacto y de la lactancia, brille la relación energética. Esta será la base para que el niño emprenda la independencia progresiva. El padre, a medida que la progenitora sepa respetar los avances del bebé, entraría en escena como modelo identificativo de aventura y de crecimiento.

Las anteriores consideraciones ponen de relieve la escasa fundamentación ecológica y psicobiológica de que a veces adolecen en la ley los permisos de paternidad y maternidad, que resultan invadidos por principios de igualdad de género, hibridándose ámbitos distintos en perjuicio del bebé. Convendría mantener la reivindicación relativa a la igualdad de género en el terreno de la paridad de oportunidades, del trabajo doméstico, de la legislación sobre la conciliación, de la discriminación positiva, etc., pero sin erosionar las necesidades simbióticas en los primeros meses de vida, a cuyo favor existen referencias en los campos del psicoanálisis (René Spitz, Michael Balint, Otto Kernberg…), de la obstetricia y de la pediatría (Ramón Serrano Vicens, Juan Merelo Barberá, Florencio Escardó…), de la orgonterapia (Wilhelm Reich, Federico Navarro, Xavier Serrano Hortelano…), de la neurociencia (Niles Newton…), de la endocrinología (papel de la oxitocina, etc.), de la psicología animal y de la etología.

De las dos funciones que cumple el tiempo de lactancia, la nutritiva y la sexual, la primera perderá fuelle a partir de los nueve meses porque el

bebé empezará a alimentarse de otros líquidos y sólidos, y si el bebé, salvo por interrupción programada desde la doctrina médica o desde la costumbre civilizada, sigue mamando, incluso hasta los tres o cuatro años, como sucede en muchos pueblos de cazadores-recolectores, es porque la función afectivo-sexual va supliendo a la nutricia. La sustitución brusca del pecho por el biberón la aceptará el niño por su gran flexibilidad adaptativa, pero no faltará una acumulación de rabia, ya que, habiendo experimentado la carga oral en el amamantamiento, ha adquirido capacidad de reacción. Si no hubiera tenido esa opción previa al destete, si tampoco hubiera tenido un contacto energético favorable mientras se le abrazaba y se le daba el biberón, sería fácil que cayera en un estado de depresión anaclítica*, de escasa circulación energética y debilidad vital general, y que se desarrollara una estructura psicótica.

Hemos dicho más arriba que el *borderline* usa mecanismos de defensa primitivos. Entre ellos queremos señalar dos: la identificación proyectiva y la identificación adhesiva.

El primero fue formulado por Melanie Klein. Consiste en una escisión de partes de su personalidad que se proyectan inconscientemente a objetos externos. Este aspecto atribuido al otro puede ser malo o bueno. Pero el propósito final es salvaguardar la parte buena de nosotros aislándola de la mala.

El segundo concepto lo introdujeron Bick y Meltzen. Se da en pacientes carentes de un espacio interior bien constituido y que, a la vez, no disponen de objetos ("personas") que permitan una proyección estable, lo cual daría lugar a meter en ellos los aspectos indeseados de sí mismos (identificación proyectiva). En el caso de la identificación adhesiva, el sujeto se adhiere a la superficie del otro. Sería como un espacio bidimensional, dos superficies que se pegan, en lugar de un continente y un contenido. El paciente va a imitar la apariencia externa del objeto configurando personalidades "como si".

El *borderline* no tuvo una madre continente en el sentido de Wilfred Bion, que le diera una piel y cohesionara las partes aún dispersas de su personalidad. Ello le llevó a construir como una segunda piel de tipo

muscular y también conceptual que le protegiese de sentirse desparramado. No fue una piel vivida, sentida, sino pensada (Bick, 1968): "La experiencia de la piel en la relación de objeto temprano". De ahí la falta de realidad de los sentimientos de esta estructura.

4. UN ESCRITO PIONERO DE WILHELM REICH

Uno de los antecesores del descubrimiento de lo que actualmente se conoce como "personalidad limite" es Wilhelm Reich con el trabajo de 1925 *El carácter pulsional*. Incluso en el artículo titulado "Una psicosis histérica en estado naciente" de un año antes, habla de un núcleo y una cobertura, conceptos ambos incorporados por terapeutas posreichianos en la descripción de esta tipología.

Reich detecta en estos enfermos un acusado narcisismo, carecen de un superyó estructurado; sus padres, en una fase muy temprana, mezclaron la permisividad con frustraciones excesivas; en su estructura caracterial predomina una gran ambivalencia y el origen de sus trastornos y de sus conductas habituales está en la dinámica relacional primitiva de la ambivalencia, y no en el conflicto entre el yo y el superyó.

Esta estructura tiene su origen en importantes traumas de la fase oral. Pero lo definitivo va a ser la ambivalencia generada por un comportamiento incoherente de los progenitores, en el que se mezcla una permisividad excesiva con fuertes agresiones por comportamientos de un tipo concreto o a partir de un determinado momento. Estas incidencias sucederían cuando el niño comienza su proceso de autonomía, que resulta interferido seriamente en lugar de ser acompañado con empatía, aceptación y seguridad. La ambivalencia generada produce el predominio de sentimientos de odio y temor hacia sus progenitores y, al mismo tiempo, una pulsionalidad desinhibida, o bien un intenso odio al tiempo que una gran nostalgia de amor. Una de las situaciones típicas es una satisfacción pulsional prolongada, una satisfacción buena en el periodo simbiótico, seguida, sin solución de continuidad, de una frustración posterior muy traumática.

Reich consideraba, en aquel momento, que el óptimo proceso de desarrollo se produce con una parcial satisfacción pulsional y una frustración operada gradualmente. Este punto óptimo nos permite evitar las otras formas de desarrollo y, en concreto, el afloramiento del carácter pulsional. Sin embargo, esta postura, formulada cuando aún estaba en el círculo freudiano, la abandonará más tarde, inspirado por su propia actividad clínica y por los contactos con el educador Alexander Neil y el antropólogo Malinowski. La frustración, a partir de aquí, no solo la considerará innecesaria, sino también contraproducente.

El peligro del posicionamiento de Reich durante aquella primera época estaría, según opinión nuestra, en malinterpretarlo como una manera intelectualizada de permitir y de frustrar las pulsiones. Nada más ajeno al espíritu del pensador, aunque cercano a la postura de Freud. Si queremos mantenernos en el ámbito de la autorregulación natural, la existencia de una madre disponible y contenedora, no angustiada ni atemorizada o decepcionada, participará y acompañará la satisfacción, no inhibirá los movimientos de exploración y de separación y acogerá en su cuerpo, en su piel y olor los movimientos de regreso afectivo-corporal, otorgando así la seguridad y el afecto incondicional que el niño de menos de tres años precisa. No se trata de planificar las frustraciones, pero tampoco de sobreproteger adelantándose a cualquier riesgo que todo movimiento autónomo corre.

Hay una frustración que emana del mismo acto de satisfacción pulsional. El bebé que inicia torpemente sus primeros pasos de exploración y alejamiento psicomotor, pero tropieza y cae, tiene en la realidad la frustración educadora, seguida inmediatamente del abrazo y consuelo materno. En modo alguno hay que crear artificialmente planes de frustración. Como sostenía Abraham Maslow, es necesario diferenciar entre frustración y privación. Mientras la privación sea de una cosa banal, no tendrá resonancia psíquica; pero si se tratara de alguna necesidad esencial del ser humano, como amor, seguridad, sexualidad, autoestima, crecimiento, autoexpresión, autonomía, etc., ya entramos en el terreno de la frustración y las consecuencias pueden resultar perniciosas. El

problema reside en la incapacidad de muchos padres para distinguir entre ambas, y mucho más actualmente, en la sociedad de consumo. El niño querido, protegido, acompañado, reconocido no puede estar frustrado; pero cuando los padres son incapaces de satisfacer estas necesidades por cualquier causa, es frecuente que quieran compensarlo complaciendo sus caprichos. En este caso puede tratarse de un niño consentido, pero a la vez frustrado. Cuando el niño exige, por capricho, un exceso de determinados objetos o satisfacciones, se deberá tomar como señal de alarma y preguntarse qué bien fundamental le está faltando, o si su exigencia caprichosa estará en lugar de otra necesidad, simbolizándola. Según Reich, caracteriza al limítrofe una condensación de conflictos pregenitales y genitales. Por otra parte, la fuerte frustración, principalmente oral, de los primeros años, lleva a una proyección paranoide de las imágenes parentales. Percibe a la madre como peligrosa, percepción que acaba ampliándose al padre, lo que más tarde se trasladará a la sexualidad adulta, que se verá contaminada de agresión.

Con la funcionalidad de eludir la rabia y los temores orales, habrá un prematuro desarrollo de tendencias genitales-edípicas. El limítrofe condensa conflictos pregenitales y genitales o edípicos. Hay un Edipo prematuro y un desarrollo temprano del interés genital como modo de huir de las frustraciones orales. En realidad, las pulsiones genitales aparecen como enmascaramiento y suplantación de los deseos orales insatisfechos. El adulto mantendrá una cobertura caracterial neurótica basada en referencias externas (padre, madre) que le permitan estar en contacto con la realidad y vivir cierta dinámica edipo-genital como producto de un desplazamiento de deseos orales frustrados.

El núcleo depresivo causado por la ambivalencia oral y la presencia del objeto frustrante se enmascara, en el limítrofe, mediante una cobertura caracterial, distinta según los casos, obtenida más tarde a partir de vivencias ambientales y personajes familiares posteriores. Y aun dependiendo de la clase de cobertura, hay rasgos más generales como son la intensa vida social para no vivir la soledad; actitud de preocuparse de los otros, pero rechazo a que se preocupen de uno mismo; impulsividad

con un superyó empobrecido; sensación de ser juzgado por los demás, pero con identificación a su vez con el agresor, convirtiéndose en censor; resistencia a concretar las cosas, como si hacerlo significara someterse a una norma; imposible relación de objeto, ya que busca compañera o compañero que sea dependientes de él o ella, pero en caso de que aquel gane autonomía, rompe la relación y la sustituye por otra. Su interés consiste en estar bien por encima de cualquier otro criterio de vida, por lo que propende a fantasear la realidad y al otro. Tiene tendencia a la envidia y a la difamación, o bien a la sumisión por idealización del otro, donde se produce la ambivalencia entre amor y odio. Usa el mecanismo de idealización con la característica de que si el otro hace lo que espera de él lo tiene en alta estima, pero si le defrauda lo suprime como si no existiera. Este pasar de un extremo al otro responde a una disociación entre mente y cuerpo, de modo que tiende a la intelectualización en que no hay verdadera comunicación y con frecuencia se comporta con verborrea y habla sin escuchar.

Enumeramos a continuación algunos ejemplos sacados de *El carácter pulsional* (Reich, 1925):

> Caso 1. Un paciente que creció sin vigilancia en su temprana infancia practicando juegos genitales hasta los tres años fue descubierto por su madre, y por ello le golpeó severamente.
>
> Caso 2. Una paciente cuyo padre abusaba de ella y la golpeaba hasta hacerla perder el sentido si descubría que ella frecuentaba a los compañeros de juego en la calle. Hay también casos en que un niño es tratado con desproporcionada severidad en una conducta específica, pero descuidado en lo demás.
>
> Caso 3. El padre de un paciente era muy severo con los hijos si no estaban puntuales en la comida, pero no prestaba atención a que jugaran con excrementos o se masturbaran.

Es también frecuente que, por falta de vigilancia, los niños desarrollen incontroladamente sus pulsiones, hasta que los padres pierden la paciencia y, sin solución de continuidad, pasan a tratarlos muy severamente.

5. APORTACIONES POSREICHIANAS

Vamos a introducir ahora un enfoque posreichiano al fenómeno *borderline*. Recordemos que al referirnos a la estructura neurótica, hemos hablado de la coraza como sistema defensivo que era necesario flexibilizar para liberar la energía sexual bloqueada y así obtener la satisfacción de la libido a través del amor, del conocimiento y del arte.

El psicoanalista Otto Kernberg distingue tres estructuraciones de la personalidad: la psicótica, causada por fuertes disturbios fetales intra- y extrauterinos, ya que la fase fetal comprende también los nueve primeros meses después del nacimiento por el alumbramiento inmaduro que caracteriza al género humano; la limítrofe o fronteriza, provocada por disturbios en la fase oral; y la neurótica, cuyo origen radica en los conflictos edípicos. Federico Navarro, analizado por un colaborador directo de Reich, Ola Raknes, que a la sazón tenía ya 80 años, sostuvo que el carácter solo se daba en la estructura neurótica. Porque hay personas que no han llegado a desarrollar la coraza caracteromuscular, dado que su miedo ha sido anterior al desarrollo de las defensas psíquicas y musculares. Así pues, dado el intenso cambio habido entre las tres semanas y los 12 meses, el término limítrofe incluye personas con miedo neonatal primitivo, sin diferenciación todavía entre yo y no yo, pero a quienes una buena atención materna posterior ha protegido de la psicosis, y también personas que en su tierna infancia vivieron con una permisividad buena en el tránsito del desarrollo predominantemente fisiológico a la posterior fase de desarrollo principalmente neuromuscular. Ambos casos dan como resultado un núcleo psicótico, pero con una cobertura caracterial. Y también hay personas en cuya infancia el miedo neonatal vino más tarde, cuando ya había mecanismos psicológicos primitivos que abrían paso a un investimento de rasgos caracteriales y musculares, pero sobre una base de ambivalencia oral (Serrano, 2020).

Aunque esos núcleos, psicótico y depresivo, gestados en las fases de la oralidad duran siempre, y la conducta del adulto *borderline* tiene como función mantenerse alejado de ellos, la apariencia social que se hace

ostensible, salvo en momentos de descompensación, responde a los rasgos caracteriales formados a partir de las relaciones de objeto en las posteriores etapas anal y edípica. Xavier Serrano enumera distintas coberturas caracteriales: masoquista-narcisista, histero-masoquista, narcisista-histérica, masoquista-compulsivo, paranoide-narcisista, etc. No vamos a entrar en las características de cada una de ellas porque nos apartaría del objetivo de este libro. La cobertura sirve para ocultar y neutralizar la presencia del núcleo psicótico o del núcleo depresivo. Y es que, en una teoría funcionalista como la de Reich y los posreichianos, la sintomatología y los comportamientos están en función de la estructura que subyace. En el caso de los limítrofes, lo que se da es una cobertura, pero no un carácter propiamente dicho. La cobertura tiene como función instrumentalizar el carácter "para ocultar y tener paralizada la percepción de su núcleo depresivo o psicótico. Así, unos utilizan la hiperactividad, otros la seducción, otros la distancia, la postura de víctima, etc. Pero estas actitudes, en vez de ser fruto de una catexis edípica, tienen que ver con una catexis oral" (Serrano, 2020: 99).

Es decir, que síntomas y comportamientos parecidos cumplen funciones muy diferentes según la estructura del sujeto. Es decir, según que su deseo consista bien en una sexualidad edípica, bien en una sexualidad oral más primitiva.

Hay fronterizos que, ya de adultos, mantienen una relación afectiva con su pareja actual sobre la que desplazan la oralidad. Bajo una apariencia genital, lo que se busca es la relación oral con la madre. Otros llevan una vida promiscua, porque cualquier vínculo profundo y estable despierta la angustia de conectar con las carencias y ambigüedades de su etapa de tránsito a la individuación.

En lo social también hallamos extremos: muchos son excelentes profesionales y presentan una buena integración laboral, y en sus roles matrimoniales y paternales destilan ejemplaridad. Otros, al contrario, llevan una vida marginal (delincuencia, criminalidad, drogodependencia).

Un mecanismo de su funcionamiento mental es la "idealización primitiva", que consiste en la creación de imágenes de personas

importantes de la infancia, que se viven como totalmente buenas y poderosas, ocultando la ambivalencia que tuvieron los individuos reales. Tales objetos ("personas") no resultan amados, sino instrumentalizados como protectores en un mundo de objetos hostiles (huellas dejadas por las experiencias traumáticas con los progenitores). Esas imágenes idealizadas permiten una identificación omnipotente mediante la que se comparte su grandeza.

Añadamos la ya citada "identificación proyectiva" formulada por Melanie Klein en 1946. El sujeto escinde las experiencias dolorosas y las proyecta fuera de sí. De ese modo controla al objeto y lo ataca, a la vez que salvaguarda en su interior los aspectos buenos. Identificadas en la madre las partes malas, las ignora en sí mismo.

Otro mecanismo es la "omnipotencia" como defensa reactiva contra sentimientos de vacío y de inferioridad que compensan con ideas de grandeza, de tener derecho a ser tratados por los demás como personas privilegiadas.

Finalmente citemos la "negación": cuando hay dos áreas emocionalmente opuestas, el *borderline* niega una de ellas. La negación de los pacientes fronterizos consiste en la incapacidad de reunir dos áreas de conciencia emocionalmente contradictorias. Con ello refuerza más la disociación. El sujeto se da cuenta de que sus percepciones, sentimientos y pensamientos sobre sí mismo o sobre otras personas son opuestos a los que había tenido en otras ocasiones, pero el recuerdo carece de repercusión emocional y su memoria no puede influir en la forma en la que siente ahora. Puede manifestarse como falta de interés; la persona tiene clara conciencia de lo que está ocurriendo, pero niega su implicación emocional. Es como si su vida estuviera repleta de "cosas que pasan", no de cosas que vive y siente. Constituiría no tanto una negación de la realidad como en los psicóticos ni una negación de la pulsión como en los neuróticos, sino, más bien, una negación de la emoción, convirtiendo a estas personas en una especie de "inconscientes emocionales".

Ya hemos dicho que el limítrofe desarrolla un Edipo prematuro, que

solo funciona como suplencia de la oralidad frustrante. La ambivalencia oral amor-odio limita el acceso al triángulo edípico, de manera que la inmadurez fálico-genital impedirá que se forme un carácter. En efecto, resultará dificultada la introyección del modelo paterno para constituir un superyó. Sí que aparecerán rasgos del carácter, pero al servicio de la fijación oral.

> La base depresiva de la estructura *borderline*, fruto de ese ambiente extrauterino donde reina la ambivalencia y la presencia de un objeto del cual no se consigue lo que se busca, se intenta enmascarar con una cobertura caracterial determinada, basándose en las vivencias ambientales y familiares posteriores. Son rasgos de carácter débiles, pero que aparentan una firmeza extrema precisamente para compensar (Serrano, 2006: 12).

6. *EL ADVERSARIO*, DE EMMANUEL CARRÈRE

La literatura proporciona interesantes análisis psicológicos que superan la exposición más "objetiva" de los tratados de psicología. *La muerte de Ivan Illich*, de Tolstoi, *Bola de sebo*, de Guy de Maupassant, o *Crimen y castigo*, de Dostoyevski, son algunos de los muchos notables ejemplos. Solo que, desgraciadamente, el protagonista del relato de Carrère, Jean-Claude Romand, existió y sucedieron los hechos que se relatan. El autor mantuvo una intensa comunicación real con el personaje. Y como sucede con las obras que tienen alma, y a las que se dedica tiempo de investigación, Emmanuel Carrère necesitaba entender.

Vecinos y familiares describían a Jean-Claude como un niño formal, tranquilo, bueno, incluso en exceso. Hijo único, quizás algo mimado, que no hacía travesuras y que era más estimable que afectuoso. Los Romand constituían una familia de costumbres puritanas. De niño lamentaba no haber tenido hermanos, pero no preguntó nunca a sus padres para no preocuparlos con sus nimiedades. Se le educó en los valores que sostenía el padre: un Romand solo tiene una palabra (no mentir), no había que jactarse del éxito o la virtud, tampoco causar aflicción a los semejantes. La madre se angustiaba por cualquier cosa. Si hablaba de su padre lo

hacía con la coletilla estereotipada *aimé* (el bien amado). Jean-Claude admiraba a su padre y lo imitaba en el comportamiento de que todo debería ir siempre bien, para no preocupar a la madre. Es muy probable que el miedo de destruir el objeto materno le llevara a reprimir las pulsiones "egoístas" y no le dejara traslucir sus emociones.

En la época en que suceden los terribles hechos que se narran en la novela, Jean-Claude Romand vivía con su mujer y sus dos niños en la comuna de Freney-Voltaire, en la frontera con Suiza, en el Jura francés. La familia Romand tenía una gran amistad con la familia Ladmiral, hasta el punto de que Jean-Claude había apadrinado a Sophie, la hija mayor de Luc y Cécile Ladmiral. Jean-Claude y Luc eran médicos. Pero quizás aquí terminaban las semejanzas. Mientras que Luc era un sencillo médico de familia, Jean-Claude había llegado muy alto, formando parte de la élite médica de la OMS. Por eso, todas las mañanas salía en su buen coche hacia su trabajo en Suiza, donde se dedicaba a las más altas investigaciones. Dada su familiaridad con Ginebra, sus padres, suegros y amigos le confiaron los ahorros para que los invirtiera bien. Era, pues, un buen padre de familia, responsable de sus hijos y de proporcionarles seguridad y posición confortable, y, además, se desviaba un día a la semana en su trayecto para visitar a sus queridos padres, como solo hace un buen hijo que se preocupa. Era una persona respetada y admirada en su población de residencia.

Por eso fue de lo más sorprendente e impactante que este funcionario, buen ciudadano, padre responsable y respetado, e hijo modélico, un día asesinara a su mujer e hijos, a sus propios padres y lo intentara con una amante que residía en París. ¿Qué había sucedido para que se dieran estas acciones absoluta y trágicamente impredecibles? Y lo que también resultó turbador, y dio lugar a las más variadas cábalas entre quienes presenciaron el juicio, fue la frialdad con que cometió los asesinatos y la aparente semiconciencia en que permaneció esas horas, como si no quisiera aceptar lo que había hecho, como si hubiera sufrido una disociación entre el horror de sus crímenes y los actos banales que ejecutó durante ese tiempo, cuando los cadáveres de mujer e hijos

estaban en casa y él acudió a dormir allí.

A lo largo del juicio quedó claro que Romand solo había cursado dos cursos de medicina y que jamás se examinó del acceso al tercer año. Todo lo demás, que era un reputado funcionario de la OMS, que cada mañana salía a su trabajo en Suiza y regresaba por la tarde, resultaba falso. Durante años se estuvo ocultando en un bosque en vez de llegar a Suiza, o acudía a la biblioteca del edificio de la OMS y permanecía en estos lugares esperando la hora de volver del inexistente trabajo. No tenía, por supuesto, los altos ingresos que se le atribuían, sino que cometió sucesivas estafas con familiares y amigos, como hemos explicado. Cuando ya se volvió insostenible la mentira, porque le reclamaban lo invertido, cometió sus crímenes para que no se sintieran engañados por aquel en quien habían creído y para no hacerles daño al saberse defraudados.

En un determinado momento de la causa, su abogado manifestó que los distintos perros que había tenido fueron los únicos confidentes de sus aflicciones y de sus alegrías. En este momento, al aparecer el tema de los perros, perdió el tono razonable y controlado (obsesivo-compulsivo) y lastimero (masoquista), le invadió un temblor creciente, de su garganta salieron gorgoritos, se lanzó al pavimento con un gélido gemido y pataleó. Un experimentado dibujante de prensa judicial que se sentaba junto a Carrère comentó que la estrategia del letrado había sido muy peligrosa, que el reo estaba muy enfermo y que la gente ignoraba lo que es la locura. Acababan de desmoronársele las defensas, había surgido un agujero negro. Este comentario del periodista sugería la existencia de un núcleo psicótico. De niño y joven se mostraba sonriente, probablemente para que sus padres no supieran de su dolor. Quizás el miedo a defraudarlos, a perderlos, a destruirlos causaba aquella actitud contenida que le permitía mantenerse alejado de la depresión que acompañó la soledad de su primera infancia y que no quería revivir por insoportable. Puede, incluso, que en los dos primeros años de vida se hallara bien unido a su madre, quien atendería sus demandas afectivas de la fase simbiótica; pero luego, cuando la vida impele a crecer, la madre comenzaría a padecer crisis y sería incapaz de funcionar como piel continente que reuniera las

dispersas vivencias en un yo (*self*). De aquí vendría una rabia reprimida, un odio, que tampoco podía expresar y ante lo cual se defendía con la carencia de sentimientos vivos, con el cumplir las rutinas, con el comportarse bien y con docilidad. Los perros también serían la madre, pero aquella que antes de los dos años lo había amado y atendido. En el juicio, Jean-Claude lloraba al hablar de sus sucesivos perros. Vemos aquí una escisión de las dos imagos maternas: la amorosa y la que lo abandonó. Y esa dualidad marcó su existencia. Hacía lo que tocaba hacer según el entorno social: era estudioso, obediente, no disgustaba a los padres, excesivamente normal y ceremonioso para su edad.

En nuestra opinión, y desde un posible diagnóstico psicopatológico, los datos aportados por la novela sugieren que Jean-Claude representaba un caso extremo de estructura *borderline* con cobertura caracterial neurótica compulsivo-masoquista y un núcleo psicótico.

7. LO 'NORMAL' EN LAS ESTRUCTURAS

La mayoría de las personas con una estructura similar a la de Jean-Claude, o con una estructura neurótica, e incluso con estructura psicótica, pasan su vida sin aparatosas descompensaciones y socialmente se desenvuelven con "normalidad" y relativa eficiencia. Cuando afirmamos en esta obra que la estructura neurótica de carácter se volvió la más extendida durante el capitalismo industrial y que sucede lo mismo con la *borderline* durante el neoliberalismo, no estamos diciendo de ningún modo que cuantos poseen esas estructuras vayan a tener crisis incapacitantes y que más tarde o más pronto terminarán en el hospital o en el consultorio de un psiquiatra o de un psicólogo clínico. De la misma manera, los individuos con estructura psicótica, en su gran mayoría, no van a sufrir nunca un derrumbe psicótico y terminar atendidos en un hospital psiquiátrico. Incluso sería posible que en algún tipo de economía constituyeran la estructura promedio e incluso resultaran muy positivos para ella. El haber presentado casos psicopatológicos, porque constituyen ejemplos acentuados de la estructura, es solo para entenderlo. Pero una

cosa es hacer análisis psicológicos, con una metodología diagnóstica y psicoterapéutica, y otra describir, con el lenguaje de la psicosociología, cómo funciona el ser humano en el ámbito social y económico. Las estructuras psicológicas, y haciendo excepción tal vez de los pacientes en terapia, son formas de equilibrio adaptativas y con ellas se funciona en sociedad aceptablemente bien.

8. ECONOMÍA Y CRECIMIENTO DEL INDIVIDUO

Como hemos señalado en el capítulo 1, Byung-Chul Han y otros pensadores y sociólogos ya analizan, desde hace décadas, estas nuevas formas de personalidad que aparecen tanto en la vida cotidiana como en las consultas de los psicoterapeutas.

En general, puede afirmarse que los cambios económicos e ideológicos, por mediación de la familia y de la educación, transforman el carácter promedio de las personas que habitan en esa sociedad. Pero esto es decir poco. Lo que hay que explicar es de qué modo la sociedad consigue que el individuo se vuelva receptivo a dicha influencia y desarrolle la estructura psicológica más útil para el sistema, es decir, cómo se construye la estructura de personalidad que conviene al buen funcionamiento de la economía. El carácter no es un mero reflejo de la economía; esta cambia, pero el carácter tiende a permanecer. Sin embargo, como la función del carácter es la adaptación a la sociedad, es preciso que la estructura de la persona cambie a través de un proceso de organización que se forma a lo largo de la ontogénesis, comenzando ya con el embarazo, es decir, previamente a los primeros retazos de procesos psicológicos.

Aunque en toda sociedad hay inadaptados, si estos predominaran, la sociedad y su economía resultarían inviables. La adaptación a la normalidad exige un mecanismo adaptativo: este es el carácter, es decir, una organización defensiva para volvernos "normales". Los ámbitos de funcionamiento social (familia, escuela, pareja, etc.) afectan a nuestro modo de conducta, llevan a la configuración del carácter. Nos normaliza

en el sentido en que muchas terapias entienden la salud como estar adaptado a la sociedad.

Es cierto que el inadaptado sufre. Pero para el pensamiento reichiano una verdadera salud consistiría en la capacidad de goce, lo cual exigiría que el psicoterapeuta no solo se ocupara de sus sesiones psicoterapéuticas, sino que se sumara a una lucha por el cambio social, porque solo en una sociedad sana los individuos podrían desarrollar la capacidad de goce. Y de esta actividad social es de la que Freud no quería ni oír hablar. Por tanto, en el terreno de la psicopatología hay dos conceptos de salud muy diferentes: ser "normal" para estar adaptado o la capacidad de goce acorde con nuestra naturaleza. Podría pensarse por ello que en el pensamiento reichiano subyace una filosofía hedonista. Pienso, por el contrario, que está más cerca del concepto de felicidad aristotélico. Desarrollar las facultades naturales de amor, trabajo y conocimiento es lo que trae, como consecuencia, la satisfacción, la armonía y la plenitud.

9. IMPORTANCIA DEL VÍNCULO PRIMARIO

El animal humano nace prematuramente. Por ello, durante los primeros nueve meses de vida está en una fase fetal extrauterina. Esto implica que, si ya en otras especies el contacto con la madre resulta vital tras el parto, en el hombre el contacto de piel determina el vivir o no vivir bien. Su carencia deja siempre huellas en el adulto, que no puede recuperarse del déficit o ausencia materna. La neurociencia, el psicoanálisis, la orgonterapia, la experiencia de algunos obstetras y pediatras lo avalan. Un parto natural es frecuente que produzca una descarga hormonal, en la que entra en juego la oxitocina u hormona del amor, que crea un vínculo profundo entre madre y ser naciente. Este experimenta, a nivel orgánico, un empuje hacia la vida y hacia la salud, y un sentimiento grabado en el cuerpo de que este mundo es su casa. Los meses siguientes son fundamentales para que se consolide dicha vinculación, puesto que en el abrazo, el amamantamiento y las caricias la oxitocina se descarga en la

pareja inicial. Sin ese contacto amoroso, el crecimiento sufre un fuerte disturbio, y el sujeto queda marcado fatalmente por la psicosis o por el síndrome fronterizo. Es algo que las madres de los pueblos primitivos han practicado sin necesidad de conocimientos intelectuales, cosa que también ha quedado demostrada por la paleontología mediante la supervivencia de niños nacidos con graves enfermedades, a los cuales el cuidado del grupo ha permitido vivir más tiempo de lo esperable y que constatamos frecuentemente en reportajes sobre animales, por el cuidado que otros miembros dispensan al cachorro que ha quedado huérfano, a veces siendo alimentado incluso por un miembro de otra especie. Ha sido, por desgracia, la cavilosidad la que ha introducido obstáculos a esa protección materna, y más que nunca desde que el capitalismo apareció convirtiendo el lucro en la primera ley, junto con la productividad y el mercado.

El pediatra Florencio Escardó decía que el miedo y el abandono enferman mucho más que las bacterias y los virus. René Spitz, en *El primer año de vida del niño* (2000), demostró que los cuidados sanitarios y la alimentación suficiente no neutralizaban el daño emocional y sanitario de la carencia de contacto. Niños ingresados en orfelinatos bien atendidos enfermaban y morían en proporción muy superior a aquellos que vivían con sus padres, aunque fueran de familias humildes y con condiciones higiénicas malas.

La vinculación estrecha entre madre y bebé, que en realidad es la que más se ha practicado en la historia, comienza por fin a ser reivindicada por los expertos. Desgraciadamente, en las condiciones de trabajo actuales tiene escasas posibilidades de llevarse a término por la falta de conciliación laboral. Solo en países donde la riqueza se acompaña de una notable conciencia, como son los nórdicos, se da la excepción. En Noruega, por ejemplo, el permiso de maternidad retribuido es por dos años, es decir, gran parte del tiempo en que el apego es necesario para un buen desarrollo psíquico y emocional. En los pueblos primitivos era frecuente que el amamantamiento y el estrecho contacto corporal durara tres o cuatro años.

La desatención al niño no solo se debe a un problema de conciliación. Hay una ideología dentro del sistema neoliberal que reivindica en la mujer moderna ascender compitiendo en la carrera profesional, creyendo que es un valor de liberación femenina el no tener ataduras. Pretender ser una excelente madre y, al mismo tiempo, una excelente ejecutiva es un oxímoron de la sociedad neoliberal.

10. EXPLICACIÓN HISTÓRICA DEL DESAPEGO

Como expone la etnóloga Almudena Hernando (2012), en tiempos prehistóricos las pequeñas diferencias de movilidad que había entre el varón y la mujer fueron el punto de partida de la diferenciación en psicología, roles, estatus y dominio. En efecto, a causa de la maternidad, la mujer se mantendría cerca del campamento, mientras que el varón podría alejarse más y explorar en espacios desconocidos. Inicialmente, para ambos sexos, regirían los vínculos emocionales con la naturaleza y con sus semejantes. Pero las circunstancias mencionadas harían que, imperceptiblemente, en los varones una mentalidad técnica de objetivación de la naturaleza y de dominio sobre ella fuera sustituyendo a los vínculos emocionales. Esas diferencias entre géneros, que acabarían llevando al dominio del varón y a la sumisión de la mujer, ya aparecerían claras en la Edad de Bronce. Continuarían *in crescendo* hasta alcanzar un punto álgido a partir del siglo XVII, cuando coinciden la matematización científica y el proceso humano de individuación. En este punto se mide la valía personal por la capacidad de cada individuo para dominar el mundo y a sus semejantes. Ahora el talento, el poder económico, la jerarquía social y el estamento definen la personalidad. Evidentemente, la mujer está fuera de juego. Su cualidad es agradar al varón, seducirlo, satisfacer su necesidad de vínculo afectivo. Y, como nadie, ni siquiera el "independiente" varón puede existir sin apoyo emocional; los hombres de cualquier clase social han tenido un interés, al menos subliminal y revestido de razones ideológicas y psicológicas, por impedir que las mujeres salieran del estado en que la "naturaleza" las había colocado.

Sin embargo, los mismos principios revolucionarios de libertad e igualdad van iluminando a algunas mujeres. Desde el siglo XVIII comienza la reivindicación femenina aspirando a la individuación. Y es nuestra época contemporánea, especialmente bajo el neoliberalismo, la que se interesa por convertirnos a todos, hombres y mujeres, en seres individualizados, pero también individualistas, a fin de que el sistema económico neoliberal nos atrape a través de nuestro narcisismo. Así es como todos, también las mujeres, aspiramos a satisfacer un ideal del yo heterónomo caracterizado por la competitividad, la autosuficiencia y el éxito económico y profesional desligado de aquello que nos haría independientes de la manipulación: una satisfactoria conexión emocional. Las exigencias de dicho ideal del yo son incompatibles con las necesidades de apego que tiene un bebé durante sus primeros años. Incluso igualar los permisos paternales de ambos sexos —así, en vacío, no como excepción necesaria— indica por parte de los legisladores un alegato ideológico de signo igualitario y progresista, pero también una pérdida de contacto con su dimensión animal, no diferente en desconexión, aunque sí en intención, de la práctica de los vientres de alquiler. No deberíamos olvidar nunca que la maternidad y la paternidad, por muy legítimo anhelo que representen, deberían siempre supeditarse al bien de la criatura. Y que la criatura necesita el estrecho lazo con la madre durante el embarazo y los primeros meses de vida. En cuanto que es un feto extrauterino, precisa de un intenso vínculo afectivo, energético y fisiológico. Día tras otro leemos, sobre los vientres de alquiler, la cuestión moral que surge al comprar el cuerpo de una mujer pobre como depósito del futuro bebé de adopción. En cambio, nada se dice sobre la perturbación nociva que el conflicto interior de la gestante va a producir en el *nasciturus*. Se omite que en el embarazo y en el nacimiento lo que se juega es el futuro emocional de un ser humano y no el escueto deseo de ser padres.

CAPÍTULO 7

DEL LIBERALISMO INDUSTRIAL AL NEOLIBERALISMO GLOBALIZADOR

1. DENTRO Y AFUERA

Esta distinción la expuso en los cincuenta David Riesman. Estados Unidos fue un adelantado en el desarrollo del carácter guiado desde fuera. Más tarde empezó a darse en Europa. El autor la usó para diferenciar el modo habitual de ser en la sociedad norteamericana y en la europea. Pero a nosotros también nos parece útil el concepto para diferenciar la sociedad industrial de la neoliberal.

Somos testigos actualmente de la gentrificación y del turismo masificado. Donde había viejos colmados, talleres artesanales, ferreterías, tiendas de tejidos, ultramarinos o comercios tan específicos como lanerías y botonerías han surgido apartamentos turísticos, tiendas de *souvenirs*, pizzerías, hamburgueserías, sandwicherías. El "dentro" ha sido sustituido por un "afuera" clónico, ya que todos los centros históricos van pareciéndose entre sí, asépticos, foráneos. El sistema neoliberal alienta los desplazamientos masivos, los vuelos baratos, los cruceros de masas, los grupos de turistas, distintos cada día, pero iguales siempre, de paso. Lo interior, el espíritu de la ciudad, se ha mistificado. Ha vencido lo externo, aspecto vacío, mueca.

Pero ese interior y exterior también es aplicable, incluso más, a las personas. El carácter guiado desde dentro, que se mantuvo incólume durante el capitalismo industrial, ha dejado paso al carácter guiado desde fuera.

Primero, habría sido más frecuente el tipo guiado desde dentro, donde

mantiene una coherencia interior fruto de la subjetividad autónoma y socialmente responsable de sus actos, pero a su vez compatible con asimilar lo nuevo y lo extraño, sin quiebra de la identidad. Se trataría más bien de un enriquecimiento de la conciencia. Lo interior es sólido, su fuente inicial es la autoridad externa, pero esa norma se ha interiorizado. Tal estructura nace de la necesidad que tiene el niño de ser aprobado por los padres. Por eso pensamos que esto puede vincularse con el pensamiento de Freud, por cuanto la identificación con el padre y la introyección de la norma son consecuencia del complejo de Edipo, tan común en la familia de la época industrial.

Sin embargo, en el segundo periodo citado, desde los años setenta, va ampliándose la presencia social de los caracteres guiados desde fuera. Se culminan las inmigraciones del campo a la ciudad, la conversión de los lindes de las grandes poblaciones en suburbios y las gentes se aglomeran debiendo organizarse con presteza y adaptarse a los otros. Lo que ahora se percibe como necesidad, no es tanto demostrarse algo a sí mismo como adaptarse a las expectativas y costumbres ajenas, adquiriendo cualidades de plasticidad al hacer concesiones y transacciones. Al mismo tiempo, los cambios económicos, laborales, comerciales son cada vez más rápidos y vuelven valiosa la capacidad de readaptación. Constituye una cualidad fundamental "la flexibilidad para adaptarse a requerimientos" (Riesman, 1964: 30). Esto afecta al yo. Ya no se trata del yo que buscaba la fidelidad a sí mismo (naturaleza humana) o a la norma moral "objetiva" (principios estables), mientras el mundo cambiaba, sino del yo que está pendiente de los otros, de la imagen que proyecta, de las expectativas que debe satisfacer para mantenerse en la vida grupal con aprobación y consideración.

Ahora no es la familia la base de la moral, sino la aceptación y el juicio de los demás, lo cual implica un debilitamiento de la identidad. Se está muy pendiente de los otros, pero no en el sentido de tener cuidado de ellos, sino en el sentido narcisista de tomarlos como criterio de referencia para nosotros. "En una sociedad en que el sueño de éxito ha sido despojado de toda significación que lo trascienda, los hombres no

disponen de ninguna vara, aparte de los logros ajenos, para medir sus propios logros. La autoestima depende del reconocimiento y de la aclamación públicos" (Lasch, 2023: 87-88).

Las redes sociales moldean tempranamente al adolescente para crear una dependencia narcisista del premio exterior bajo la forma de *likes*. La gratificación virtual e inmediata sustituye a la real y retardada. Así es como se genera en su mente la adicción a la recompensa con mínimo esfuerzo y complaciendo para ser gratificado. Se están poniendo las bases para el individuo consumidor, para ser dúctil y dependiente del sistema. Se produce lo que dijo Pepe Múgica al recibir el doctorado honoris causa por la Universidad de Quilmes, que para obtener bienes de consumo superfluos no empleamos la plata, sino el tiempo de nuestras vidas, un bien escaso. Nos alienamos trabajando compulsivamente para obtener la plata con que pagar nuestras deudas de consumo anticipado.

2. EL ANTI-EDIPO

"En vez de resolver nuestro complejo de Edipo en el diván y sublimar nuestro deseo incestuoso en actividades desexualizadas —socialmente aceptables, por tanto—, deberíamos tomar conciencia del potencial revolucionario del deseo, habría que poner en valor los fluidos libidinosos, derribar las jerarquías, unirse a la loca orgía del placer" (Jeffries, 2023: 61). Así sintetiza Jeffries la postura de Michel Foucault, Gilles Deleuze y Félix Guattari. Estos consideran que el deseo y no la política es capaz de desmontar las estructuras de poder. El deseo es revolucionario. El deseo nos convierte en lo que deseamos, trasgrediendo la sustancialidad identitaria. De ahí derivan la fluidez del género y la propiedad intercambiable de las identidades. Esta es la base del manifiesto posmoderno de *El anti-Edipo*. Ya no estamos condenados a seguir siendo como somos, sino que podemos convertirnos en múltiples y provisionales. Las identidades se convierten en máscaras consumibles y desechables a voluntad. Pero, como afirma Jeffries, este manifiesto representa lo contrario de lo que pretende: en vez de la liberación del

orden capitalista, lo que representa es el desorden neoliberal, lo similar al consumismo. El imperio del deseo nos convierte en consumidores, como manifestó Marcuse en *El hombre unidimensional*, diez años antes de publicarse *El anti-Edipo*. Veremos más adelante que la resistencia a dejarse definir es un mecanismo defensivo de la estructura limítrofe hija del neoliberalismo. En realidad, la postura de Foucault y de Deleuze parte de confundir el instinto, que es natural, con la pulsión, que es el instinto ya mediatizado por la sociedad y, en concreto, por el capitalismo consumista,

Las libertades sexuales y de consumo forman parte de la nueva explotación, y ser explotadas con fines de lucro, como cualquier otra cosa que sea producida (Jeffries, 2023: 62-63). Si el mundo puede concebirse como una fábrica integrada por miles de millones de máquinas deseantes, como sugieren Deleuze y Guattari, dichas máquinas pueden convertirse fácilmente en propiedad de capitalistas.

Esto, sus consecuencias, nos devuelve de nuevo al antiguo tema filosófico de la voluntad y el deseo. Quizás la clave esté en que el deseo al que quieren dejar totalmente libre Deleuze y Guattari sea el deseo del perverso polimorfo, un deseo que Freud consideró innato, pero que la crítica reichiana ve como producto deformado de la represión social de la sexualidad. En realidad, el concepto de sexualidad forma parte de la manera que adopta la pulsión en una sociedad determinada. Así, en una colectividad desigualitaria, el sexo reproduce dicha desigualdad, mientras que en una sociedad igualitaria el sexo es igualitario. En *Le sexe et l'effroi* Pascal Quignard (1995) describe la moral sexual romana como "muy rígida, ligada a la posición social y estrictamente activa para los hombres". Se considera que "la pasividad es un crimen para el hombre libre, un deber absoluto para el esclavo y un servicio que el liberto debe a su amo". Un hombre libre es púdico mientras no haya sido sodomizado. Todo ciudadano puede hacer lo que quiera a una mujer no casada, a una concubina, a un siervo o a un liberto. Incumplir el código lleva incluso a la muerte. En la civilización lo "normal" se independiza del instinto natural. La trasgresión no lo sería de un orden natural, sino de un

lenguaje que instituye la relación con el otro. Desde este punto de vista, la pulsión no libera, sino que reafirma el orden social.

Deberíamos devolver la normativa al orden natural si quisiéramos considerar el deseo como liberador, como revolucionario, a la manera como lo concibe Wilhelm Reich, es decir, a un deseo que se rebela contra la prohibición social, un deseo que la sociedad reprime. No hay, es cierto, una pulsión que no forme parte de un concepto social. Y la satisfacción de la pulsión, en todo caso, deshace la estasis y acaba con el sufrimiento. El problema está en que ciertas pulsiones, tal como han sido configuradas por un orden social altamente represivo, solo facilitan descargas incompletas. Mientras que en el abrazo sexual pleno, tal como lo concibe Reich, la descarga sería completa. Así pues, las pulsiones y su satisfacción pueden producir un reequilibrio tan pobre que el eros resulta fácilmente cooptado por las fuerzas conservadoras, como diría Marcuse. El pensamiento de Reich se resumiría diciendo que hay que liberar la sexualidad para cambiar la sociedad y que hay que cambiar la sociedad para liberar la sexualidad. Aquel ideal de Deleuze y Guattari, por aceptar como liberador cualquier estado del deseo, abre las puertas al deseo como objeto de consumo. El todo vale, el todo deseo debe satisfacerse es igual al mercado consumista. Y la crítica a la identidad es, ciertamente, un anti-Edipo, pero no para superar el Edipo, sino para regresar a un estadio más primitivo de la libido, propio de lo limítrofe o de lo psicótico. No, no es malo satisfacer un deseo sadomasoquista, por ejemplo, ya que supone cierta descarga. La crítica no es moral, sino funcional. La pobre descarga de energía nos hace formar parte del mercado neoliberal, donde las satisfacciones son tan efímeras que hay que andar compulsivamente repitiendo.

3. CARÁCTER POSINDUSTRIAL, ERICH FROMM Y EL CARÁCTER MERCANTIL

Cuando Fromm publica *Ética y psicoanálisis* en 1947, el carácter mercantil ya predomina sociológicamente en Estados Unidos, aunque

llegará más tarde a Europa occidental. Funcionalmente, obedece a las exigencias de un mercado dinámico y voluble, cuya columna vertebral es el valor de cambio. El individuo debe poseer formación para tener éxito económico y profesional, pero además reunirá cualidades que aumenten su valor de mercado. Entramos en una época en la cual se concede cada vez más importancia al envoltorio, a la marca y a la publicidad. Estos requisitos se desplazan también al profesional, al ejecutivo, al empleado, quienes deben ser hábiles para publicitarse.

El hombre actual se presenta como vendedor de sí mismo y, a la vez, como mercancía. Si uno siente que su valía no la establece el conjunto de cualidades humanas que posee, sino que va a ser medida por el éxito o fracaso en el mercado de la competencia, cuyas condiciones varían de continuo y no están claramente promulgadas, su autovaloración fluctuará y necesitará recibir confirmación constante por parte de los otros. Se volcará hacia el exterior para obtener el éxito que le dé seguridad, ya que cualquier estancamiento o fracaso lo sumiría en sentimientos de inferioridad y desamparo. Cuando son las vicisitudes del mercado las que lo juzgan, ¿cómo fluctuará la dignidad y la autoestima? ¿Qué puede sentirse cuando se pretende ser como los demás desean? Por el contrario, el individuo autónomo obtiene la autoestima de obrar conforme a sus capacidades, a sus valores y a su proyecto de vida. Henri Bergson escribió: "Somos libres cuando nuestros actos emanan de nuestra personalidad entera, cuando la expresan, cuando mantienen con ella ese indefinible parecido que se encuentra algunas veces entre el artista y su obra" (2006: 123).

La persona en el capitalismo industrial se apoyaba, es cierto, en una ética heterónoma o autoritaria, la cual niega al humano la capacidad de discernir por sí solo el bien moral, por lo que la fuente de la norma se halla fuera y, en consecuencia, el concepto de "bueno" se presenta como lo bueno para una autoridad que ha ordenado, en lugar de nosotros, cómo debemos obrar. En la moral heterónoma el fin de la conducta coincide con aquello que satisface los intereses de la autoridad externa, sea Dios, el partido, la ideología o la patria. En cuanto a la virtud, la ética autoritaria

considera virtuoso a quien, renunciando a sí mismo, mutilando su propio ser, se rinda a satisfacer lo que la autoridad espera de él. Así es como Calvino afirmaba que no nos pertenecemos. Y así es como el maestro de la escuela tradicional considera virtuoso al niño sumiso que no le molesta, aunque en realidad este se halle atemorizado e inseguro, lo cual contrasta con los principios que rigen la acción de la persona saludable y autónoma, cuya ética sería "humanista" en el sentido que le da Erich Fromm (1960) a esta expresión. Toma como ejemplo a Aristóteles, para quien la virtud es una excelencia consistente en el despliegue y culminación de nuestras potencialidades. Es decir, hacer bien o virtuosamente aquello para lo cual nuestra naturaleza está potencialmente disponible. Al producirse la armonía entre la potencia y el acto, se logra la satisfacción o felicidad. Las anteriores consideraciones explicarían por qué la regla moral heterónoma es la que vuelve neurótico al individuo al negarle su propia naturaleza, al reprimirla. Pero también es cierto que el individuo de la época industrial al menos contaría con un código rígido, claro y no vacilante.

Por el contrario, en el relativismo que caracteriza a la sociedad neoliberal, el éxito o el fracaso en el mercado de la competencia es "la medida de todas las cosas". Y como las condiciones para el triunfo o la derrota son cambiantes, subyace en el individuo una inseguridad de raíz que se ve precisado de ocultar aferrado compulsivamente a las actividades que supone que le van a rendir éxito. Por ello, deberá permanecer atento a las novedades que surgen de continuo y de las que depende su triunfo o fracaso. Vivimos atrapados en este cuadrilátero paranoico con nuestros competidores profesionales. Si todos valemos por la parte cotizable, somos mucho más iguales de lo que cabe suponer: resultamos intercambiables. El mercado crea entre nosotros semejanzas: todos nos hallamos entregados a la misma competición por el éxito, poniendo parecidos esfuerzos, padeciendo el mismo miedo al fracaso y a la exclusión. Si en las relaciones humanas lo más importante es el valor de cambio, poco significa la idiosincrasia, lo inconmensurable.

4. NATURALEZA Y CIVILIZACIÓN

El trabajo humano, desde su aparición en la Tierra, ha modificado en diversos grados los espacios naturales. Estos no solo han quedado transformados por acción del hombre, sino que allí donde viven seres humanos no hay naturaleza a secas, la naturaleza se envuelve de significados culturales, de interpretaciones sociales, de clasificaciones y seres incorporados simbólicamente a cada sociedad humana, como sugiere Philippe Descola (1998). Ni siquiera en los espacios más escondidos de la impenetrable Amazonía se da la pura naturaleza. Por donde ha pisado el pie humano hay culturización. Más aún, cada día aparece mayor cantidad de datos afirmando la existencia, entre los años 12000 y 2000 antes de nuestra era, de concentraciones importantes de gentes y tal vez también de imperios en la Amazonía. Tales poblaciones sembraron amplias zonas de la actual selva con vegetación, y más concretamente arbolado útil para su alimentación y otros fines, por lo cual gran parte de la selva no es primaria, no es virgen.

Pero el grado de dominio sobre la naturaleza, su gran transformación en espacio humano, ha tenido lugar a partir del capitalismo industrial, que ha conferido a los seres naturales un valor utilitario o, alternativamente, estético. Por último, el neoliberalismo, como señala Villacañas (2020), ha dado un paso más: ha sustituido a la naturaleza. No la ha incorporado solamente, no la ha humanizado, sino que la ha suplantado. No es lo mismo transformarla, que es lo que ha hecho la humanidad desde siempre por medio del trabajo, que sustituirla, como atribuye Villacañas al neoliberalismo.

Un ejemplo podría ser consumir sin cuestionamiento, en cuanto que ya somos elementos del hábitat comunicativo de la publicidad. En tal coyuntura, las crisis cíclicas del capitalismo, las sorprendentes pandemias, las consecuencias de los daños causados al medioambiente tales como los fenómenos meteorológicos extremos y violentos se consideran desgracias naturales, inevitables a semejanza de los terremotos y los volcanes. El planeta ya ni siquiera es una naturaleza que

hemos afectado y enfermado, sino que forma parte de la misma actividad extractiva y económica, es un componente de nuestra civilización. La hemos alienado.

También, por ello, en lugar de buscar opciones diferentes, nos sumergimos en el presente virtual, en el mercado virtual, donde no sufrimos la negatividad de la naturaleza que nos podría retar con sus propias leyes. Nos invade una sucesión de informaciones, órdenes, sugerencias y sugestiones a las que hay que atender de inmediato. Esa rápida aparición de datos nos encierra en el presente y nos deja sin experiencia desde la que cuestionarnos y reorientar nuestro futuro. La avalancha de información sugiere una multiplicación de opciones y oportunidades novedosas como nunca antes, lo que nos obliga a quedar cautivos permanentemente de la información y de la comunicación para no perderse en el camino. Nunca los hombres y mujeres habíamos alcanzado tal grado de sometimiento como en la sociedad neoliberal. En vez de estar entregados a la vida, estamos entregados a la velocidad de los acontecimientos, a la lluvia de novedades. Ya no hay tiempo para mirar la realidad, para reconocer la naturaleza como algo diferente cuya propiedad es resistírsenos. Antes el esclavo dependía del amo; ahora del tiempo, de la novedad y de la intercomunicación global.

5. LA ÉTICA DEL TRABAJO

Richard Sennett, sociólogo e investigador empírico del trabajo posindustrial, pone un ejemplo de la ejecución horizontal del trabajo en equipos de objetivos. En el caso real al que se refiere, escenifica cómo importa más el equipo y mantener la comunicación dentro que el contenido de lo que se comunica. Estamos ante una evidencia más de la superficialidad del actuar "como si". Pone un ejemplo: el de una empresa de publicidad cuyo equipo de trabajo compite con otros para averiguar qué característica hace más vendible una marca de vodka. En principio se trata de una bebida poco identificable por el sabor, por lo cual las aportaciones al debate deben versar sobre cuestiones externas: el

etiquetado, el diseño de la botella, el nombre en ruso de la marca, quizás incluso el olor, etc. En ese equipo hay una experta, Rose, que ha gestionado muchos años un bar de copas y que por experiencia sabe que la falta de olor es favorable para su consumo, ya que ciertos clientes valoran esta condición para que en sus casas no noten que han estado bebiendo. Pero precisamente por sus aportaciones de entendida la excluyen del equipo, porque lo suyo era una aportación demasiado personal que coartaba a los demás miembros y debilitaba la energía del grupo. En efecto, al intervenir la experta, la intercomunicación libre y fluida se corta. Mientras que lo importante consiste en salvar el buen rollo y la aparente puesta en escena de la colaboración. Conviene que la aportación de ideas continúe. Y aunque finalmente el concurso lo ganó otra empresa, no perdieron tiempo en reflexionar sobre sus errores ni en hacerse reproches mutuos. Simplemente se olvidaron del asunto y comenzaron con un proyecto nuevo.

> Los grupos tienden a seguir unidos manteniéndose en la superficie de las cosas; la superficialidad compartida mantiene unida a la gente gracias a la omisión de cuestiones personales difíciles, divisorias […]. Al poner el acento en lo flexible y en la apertura al cambio, hacía a sus miembros susceptibles a los más ligeros matices de los rumores o sugerencias de los otros en la red fiesta-oficina-almuerzo-club (Sennett, 2006:113-114).

Rose aún estaba imbuida por la ascética del trabajo de la época industrial, cuyo origen lejano se halla en el protestantismo individualista de Lutero y Calvino. Aquella ética implicaba hacer de la propia vida una historia coherente que le diera sentido. Así, Rose había trabajado mucho para criar a sus hijas y darles la oportunidad de acceder a la universidad. Lo propio de la ética del trabajo era "el uso autodisciplinario del tiempo y el valor de la gratificación postergada" (Sennett, 2006: 103). Una disciplina de esta índole presuponía instituciones estables, empresas rutinarias, que volvieran racional la postergación. Pero si las instituciones están sometidas al continuo cambio, las metas deben ser inmediatas. Y es aquí donde conviene una ética del trabajo posmoderno que valore cualidades como tener reflejos rápidos para adaptarse a la novedad, ser

un buen oyente, inclinado al trabajo de equipo, con capacidad para cooperar, seguramente no en el sentido solidario antiguo de ayuda mutua, sino en el de flexibilidad y adaptación a los otros.

Sí, vivimos en un mundo de "emprendedores", de individuos libres, no constreñidos por reglas ni costumbres. Es cierto que en el capitalismo industrial del ochocientos y parte del novecientos había emprendedores. Pero se trataba de burgueses bien situados que exponían su capital, diversificando con prudencia inversiones y proyectos, con el propósito de conservar e incrementar el patrimonio, ese patrimonio que era la "insignia del linaje" (Pons y Serna, 2022). El burgués de la industria y del comercio miraba por mejorar lo heredado y trasmitirlo a la descendencia. Para eso era educado y preparado por la familia. Nada que ver con el individualismo del emprendedor actual, que en lugar de buscar un empleo seguro y con derechos laborales, se lanza a ser su propio jefe, porque se ha creído la propaganda de que es libre, creativo, original y dinámico.

6. SOBRE EL CONFLICTO

Durante el capitalismo industrial el conflicto psicológico se daba en el interior del sujeto, entre las tres instancias conformadas durante el desarrollo de la niñez, el ello, el yo y el superyó. El yo se mantenía en un difícil equilibrio entre las exigencias de las pulsiones del ello y las prohibiciones del superyó.

Según Heinz Bude (2019), en el neoliberalismo el conflicto se sitúa entre el yo y la multiplicidad de exigencias de optimización en campos diversos. Lo que la ideología dominante ha exigido en el plano laboral se hace extensivo a otros ámbitos como el sexual, el personal, la familia, la pareja, la paternidad, las relaciones sociales, la vivienda, el aspecto físico, la indumentaria, el nivel de vida, las vacaciones, etc. El sujeto se obliga a dar la cara en tantos frentes que el intento de conciliarlos resulta agotador y tenso, de manera que finalmente se derrumba y sufre la depresión y la sensación de vacío.

El éxito en una pluralidad de ámbitos, que se muestra como una especie de mantra llamando a la optimización, se convierte con frecuencia en un ideal del yo infundido desde el exterior, que tiene más que ver con el ego que con la armonía de la personalidad. Pensaremos que lo estamos logrando mientras confiemos en nuestras posibilidades respecto de los estándares de optimización citados. Pero llegará un momento en que, a causa de un fracaso, del hastío o de alguna otra circunstancia, sucumbiremos al vacío.

En la modernidad industrial, que operaba por disciplina, el padre representaba la ley, la coerción. Pero en la sociedad neoliberal, donde las figuras familiares tradicionales han quebrado, ha de ser lo emocional lo que vuelva a las personas cooperadoras con el sistema, lo cual es más efectivo, al originarse una identificación con este y así laborar *motu proprio* sin exigir derechos ni plantear protestas colectivas. ¿Hay algo más alienante que los *riders* quejándose de la ley que los ha hecho trabajadores por cuenta ajena? La ausencia del padre, o de la madre menos frecuentemente, en las familias monoparentales o su presencia debilitada en las biparentales impide las fuertes identificaciones edípicas que fortalecían conflictos internos entre las instancias psíquicas, pero que proporcionan una identidad propia, un yo coherente, aunque atrapado en una organización caracterial rígidamente duradera. Por esto mismo, ante un padre oculto o inseguro y una madre indecisa, en la sociedad actual florecen los individuos confusos y dependientes del exterior, es decir, los limítrofes.

7. EN TORNO AL NARCISISMO

Las generaciones actuales manifiestan una alienación política. El desinterés y la desconfianza hacia los políticos separan a las gentes de aquella esencialidad humana que Aristóteles definía como animal político y que unificaba la vida individual con el interés y la responsabilidad por las cuestiones de la polis. Pero no hay que entender que estas generaciones sean absolutamente individualistas, sin intereses colectivos.

Una cuestión en que coinciden los estudiosos actuales de la sociología y de la psicología es la acentuación del narcisismo. Pero, como señala Gilles Lipovetsky, narcisismo no significa pérdida del sentido social. Solo que este, ahora, no se dirige a las grandes tareas del Estado, al bien común en general, sino a la solidaridad con cuestiones concretas de ayuda a sus semejantes. Vemos una politización de menos grandeza, ceñida a causas monotemáticas, sin combate político. Proliferan grupos de asistencia o de ayuda mutua tales como asociaciones de alcohólicos, de padres con hijos drogadictos u homosexuales, asociaciones de ayuda o defensa de cosas concretas tal vez con estructura legal de ONG que tienen mayoritariamente un sello asistencial y paliativo, pero no transformador.

En nuestra opinión, esto de buscar solamente a los iguales, a quienes no supongan una negatividad, priva de la posibilidad de crecer a través de los conflictos. No es un fenómeno nuevo, como tampoco el narcisismo individualista, solo que ahora se han vuelto fenómenos generalizados que, de algún modo, suplen la pérdida de grandes ideales colectivos e históricos, cuyo propósito se pretendía universal.

8. LO INDIVIDUAL Y LO COMÚN

Afirma Byung-Chul Han que la comunicación digital se convierte en una comunicación sin comunidad, en una suma de individualismos que no se solidarizan entre sí. Lugar donde uno se exhibe, se da tono. El sujeto del capitalismo tardío pierde el pudor, busca llamar la atención, quiere ser centro de la mirada. Es, ante todo, un diseñador de su propia imagen. En el pensamiento posreichiano, al contrario, el individuo con carácter genital, autónomo, se manifiesta siendo y no aparentando, comunicándose y no exhibiéndose, comprometiéndose con la solidaridad humana y con la naturaleza, en vez de encerrarse en su mirada egocéntrica. Y lo hace por puro placer, no por una compulsión neurótica de sacrificio. Quiero citar estas adecuadas palabras de la filósofa Clara Serra: “Si de algo nos libera buscar la verdad o la belleza es justamente de nosotros mismos […]. Que

la libertad no es buscarnos a nosotros mismos para vendernos a nosotros mismos, sino someternos, en un acto de libertad, a cosas que tienen valor en sí mismas" (*El País*, 2022).

Hemos pasado de la época de la producción y la revolución a la época de la información y la expresión. Todo se transforma en subjetivo y se psicologiza. Pero con un tono de narciso. Las televisiones producen para los niños concursos donde compiten exhibiendo sus habilidades para la cocina, para el canto, para el baile, en lugar de corretear con sus iguales por parques y callejuelas, liberando su vida infantil de la mirada juzgadora de los mayores. Como dice Lipovetsky, la sociedad se llena de *disc-jockeys*, entrevistas, afirmaciones culturales, trasmisiones, *podcasts*, vídeos. Democratización de la palabra y de la difusión de la imagen. Todo el mundo quiere hacer confesiones, contar su experiencia íntima, compartir sus selfis. Prolifera la libre expresión, la variedad de mensajes, pero sin beneficio para el ser humano. A más subjetividad, menor valor; a más medios de expresión, menor significación de los contenidos. Lo importante es el placer narcisista de expresarse, pero al ser general este deseo, las cosas se terminan con la descarga, sin otro receptor interesado que uno mismo.

> Paradoja reforzada aún más por el hecho de que nadie, en el fondo, está interesado por esta profusión de expresión, con una excepción importante: el propio emisor. Eso es el narcisismo, la expresión gratuita, la primacía del acto de comunicación sobre la naturaleza de lo comunicado, la indiferencia por los contenidos, la reabsorción lúdica del sentido, la comunicación sin objetivo ni público, el emisor convertido en el principal receptor (Lipovetsky, 2020: 18-19).

La colectividad tiene rituales y símbolos, se identifica con ellos y participa de un sentido común (Han, 2020c). Allí la comunicación se demora, se recrea. Pero en un mundo de comunicación sin sentido de comunidad, todo se banaliza. El aumento de información sirve para producir más, pero, a la vez, aturde al productor, lo anula moralmente. El individuo de la sociedad del rendimiento, al aumentar su eficiencia, hincha su ego. Con ello ha incentivado su autoexplotación hasta que no puede más y tiene lugar la depresión, el vacío, el síndrome del trabajador

quemado. Al contrario, en una sociedad de rituales hay menos depresión porque se mantiene y reitera el vínculo con lo colectivo. En contraste, la depresión y el vacío se relacionan con una dependencia hiperbólica de sí mismo, a la vez que se incrementa el peso de la opinión de los demás y la necesidad de ser tenido en cuenta. Desaparecidos los semejantes como existencias propias y lo demás como realidad objetiva, todo gira en torno a uno mismo, y en algún momento el narcisismo cederá a un sentimiento de fracaso y de agotamiento.

9. LO AUTÉNTICO Y LO COLECTIVO

El ideal posmoderno de autenticidad significa ser original. La autorrealización es vista, a partir de Esalen*, como un crecimiento personal centrado en el yo. La frase de Fritz Perls "yo soy yo, tú eres tú" se hizo célebre como quintaesencia del pensamiento gestáltico. El problema de esta afirmación no se halla en ella misma, que por sí es muy valiosa, sino en el sentido excesivamente individualista que con frecuencia se le ha dado. Si nos remontamos al pensamiento de Aristóteles, o al más reciente de Erich Fromm, la autorrealización es un proceso imposible sin el otro. Constituye la actualización de lo que potencialmente se es como especie. Y potencialmente se es social y racional. En esa actualización reside la felicidad. Por tanto, es una falsificación el concepto presente de autorrealización que consiste en perseguir la originalidad, la diferenciación *per se*. Lo original tendría que ser un resultado, la actualización de una potencia. Y como la rigidez nos quita el vuelo, esforzarse en la originalidad es propósito perdido, porque esta vive más bien en la fluidez y en la pulsación natural de lo vivo.

En realidad, lo auténtico y lo común se requieren mutuamente. Sin embargo, Byung-Chul Han sostiene que esto es imposible, que la autenticidad es enemiga de la comunidad, que es un valor de mercado. Frente a Han, y desde una perspectiva reichiana, pensamos que abrir la coraza y permitir la fluencia de la energía, de la libido, nos vuelve creativos, originales, solidarios como pulsión viva y generosa hacia el

mundo. La persona no acorazada se regula energéticamente, actúa con espontaneidad y con amor, su agresividad es sana, mira con objetividad y equidad, desea contribuir a arreglar los problemas sociales y medioambientales para que sea posible una vida de apoyo mutuo en un planeta saludable y limpio, donde fluya la biodiversidad. Sufre por el dolor ajeno. No es un camino de huida, de interiorización mística, orientalista, individualista, de soteriología personal o sectaria. Y tampoco es resultado de una voluntad férrea, de una especie de autodisciplina y entrenamiento tenaz, sino de la propia naturaleza humana, que dejada a su aire se siente empujada a la armonía consigo y con el entorno mediante un compromiso activo con la justicia y la ecología.

La violencia, el egotismo, la insolidaridad, el desamor y demás comportamientos de este género son el producto de la represión de nuestra naturaleza, de la represión de nuestra libido, represión de la que no saldremos mientras la coraza caracterial continúe con toda su rigidez y genere conductas y actitudes reactivas. Lo son también de la disociación del individuo *borderline*, incapaz de ver al otro como una persona autónoma y completa, como un fin en sí misma y no como un instrumento de nuestras necesidades y carencias. Por el contrario, el carácter genital, el que no padece las rigideces que impone la regulación moral, ni menos todavía la disociación *borderline*, busca el compromiso político, ecológico y social con el mismo impulso natural y racional —el eros— con que el sabio platónico se sentía comprometido con el gobierno de los filósofos.

Mantener la capacidad de pulsación que es consustancial con lo vivo y que se va perdiendo con las prácticas culturales de la crianza y de la educación en Occidente, mantener la autorregulación energética con que venimos al mundo y que hallamos viva en los adultos de algunos pueblos originarios depende de los ecosistemas que rodean el crecimiento personal, como explica Xavier Serrano (2011: 53):

> El desarrollo de la autorregulación, así como la maduración emocional, sexual y psicoafectiva va a estar condicionada por nuestros ecosistemas más próximos, el útero materno, la madre, la familia y la escuela. Wilhelm Reich dice que el animal humano es aquel que ha perdido su funcionalidad vital, perdiendo asimismo la

capacidad de regirse por el instinto. Los sistemas sociopatriarcales y represivos no han permitido al mamífero humano encajar la dinámica instintiva en la dinámica social [...] de una forma funcional y saludable, por lo que necesitamos desarrollar unos mecanismos de defensa psíquicos y neuromusculares que componen la coraza.

CAPÍTULO 8

EL 'PENSAMIENTO PSI' FRENTE A ULISES

1. EL 'PENSAMIENTO PSI' Y EL NARCISISMO

Lipovetsky manifiesta hostilidad hacia lo que él llama "pensamiento psi". Con ello se refiere a la moda de acudir a los psicólogos para nuestro crecimiento personal, actualizar nuestras potencialidades y descubrir nuestra idiosincrasia. Efectivamente, en poco tiempo se saltó de la contestación de los años sesenta, inspirada en Marx, Lenin, Troski, Mao, Reich, Marcuse, Sartre, a la búsqueda interior con el interés por los gurús orientales como Maharisi y Bhagwan Rajneesh (Osho) y la adopción de técnicas autoexpresivas, catárticas, emocionales y corporales cuyo centro de inspiración era Esalen.

Pero no todo lo que se entiende por autoconciencia y crecimiento se halla en el mismo nivel. De un lado, los largos procesos terapéuticos de tipo psicoanalítico, jungiano o reichiano, cuyo laboratorio se llama diván, en el cual se alumbran hipótesis que se intenta contrastar mediante futuros pacientes. Del otro, las terapias humanistas que se popularizaron por los setenta, como la Gestalt, la bioenergética o la terapia centrada en el cliente de Rogers. Y, por último, los libros de autoayuda. Evidentemente, no todas poseen el mismo estatus epistemológico.

En la ciencia, cuanto más conocimiento, más interrogantes. En el conocimiento de sí mismo ocurre igual. Por eso, pensamos que el narcisismo no tiene que ver con el deseo de autoconocimiento —¿acaso calificaríamos de narcisista a Sócrates?—, sino con la necesidad de convertirse en el centro de atención y admiración, y con la incapacidad

para distinguir suficientemente el yo de la realidad exterior, incluida la realidad del otro. Convertimos a los demás, mediante mecanismos de proyección, en instrumentos de nuestra necesidad de seguridad y de aceptación. O nos identificamos con algún otro para gustarnos. La otra persona queda anulada como sujeto. También se relaciona con la falta de autoestima, porque la actitud narcisista constituye una compensación.

La acción política sin autoconciencia es ciega (en realidad funciona como un mecanismo de defensa sublimatorio y neurótico); la autoconciencia sin acción política es vacía, ya que sin dimensión relacional no hay nada, solo la mera fantasía sin objetividad. Hoy los psicólogos detectan más perturbaciones narcisistas porque se pierde el sentido de la interacción social. No se busca comunicarse, escuchar, mirar, aprender y descubrir, sino ser mirado, escuchado, sorprender. El egocentrismo es el estado de la actual comunicación. Resulta llamativa la proliferación de las mascotas. En la Comunidad Valenciana había, en 2021, 114.236 perros y gatos como mascotas, mientras que el nacimiento de niños fue de 35.637 bebés. Las mascotas nos acompañan y dan cierta satisfacción a nuestros afectos, son menos gravosas en una sociedad de vida laboral precaria y pésimamente conciliada, pero además no nos niegan, no nos plantan cara. Por otra parte, a una persona adulta podemos tratar de cosificarla, pero se nos resiste con su identidad y sus deseos propios, salvo perturbación psicológica.

2. LA GRAN REVOLUCIÓN DE LOS SESENTA

Cristopher Lasch (2023) entiende que, después del *homo politicus* de la década de los sesenta, llega el *homo psicologicus*, que nos introduce en un modo de relación narcisista dentro de un mundo socialmente banal y apartado de las grandes gestas. Al perderse el sentido de la continuidad histórica, desaparece la íntima convicción de que somos la descendencia de un pasado colectivo al que estamos unidos. Ello acentúa la posición vital en lo actual, independientemente de cualquier totalidad previa fundamentante. Esta desvalorización de los vínculos nos deja solos y

aflora el narcisismo.

Se habrían producido desde los sesenta, en opinión de Lasch, una suma de eventos negativos como la proliferación de las armas nucleares, las crisis económicas y el temor al cambio climático al haber disminuido la capa de ozono. Tales hechos habrían conducido a la pérdida de la fe en el futuro y a quedar prendido en la inmediatez del presente. Sin embargo, tiene razón Lipovetsky cuando dice que tales hechos resultan nimios en comparación con la Segunda Guerra Mundial o con las dos recientes grandes crisis económicas y que solo una minoría ecologista, en aquella época marginal y cuyos mensajes no llegaban al público, era consciente del deterioro.

En cuanto a las pruebas nucleares, preocupaban, pero casi únicamente a los mayores y a gente joven de mentalidad ecologista. Lo sucedido fue que, tras un gran activismo revolucionario, cuando las cosas entraron en calma, las personas giraron hacia el principio del placer, hacia la necesidad de ocuparse de sí mismas. En realidad, los jóvenes del 68 descubrieron, con razón, que la felicidad personal no puede postergarse hasta el infinito y que la revolución no tiene sentido si no se produce a favor de la liberación sexual. "Haz el amor y no la guerra", proclamaban los jóvenes americanos contra el reclutamiento para la guerra de Vietnam. Reich, como denuncia del puritanismo de los cargos soviéticos durante la revolución del 19, reproduce la siguiente cita de Grigorii Batkis, director del Instituto de Higiene Social de Moscú (Reich, 1993: 26):

> Durante la revolución, la importancia del erotismo y del sexualismo no fue muy destacada porque la juventud se dejaba arrastrar por el ambiente revolucionario y no vivía más que para las grandes ideas. Pero cuando llegó el tiempo más tranquilo de la reconstrucción se temió que la juventud, como en 1905, en ayunas y con ganas, emprendiera el camino del erotismo desenfrenado.

Ese puritanismo es también el que desarrollaría Freud en la segunda versión de la teoría psicoanalítica, surgida principalmente con *El malestar en la cultura*.

Pero ¿qué es lo que abrió el camino de la juventud del 68 hacia una actitud individualista y, en cierto modo, narcisista, cuando

paradójicamente el gran movimiento colectivo de los jóvenes implicaba una unidad de metas y una solidaridad generacional en la lucha común? Se trataba de una revolución que pretendía que el paraíso no se pospusiera, y la culpa de esa frustración de los deseos se identificaba, certeramente, con la educación restrictiva en la familia patriarcal y moralista. Precisamente, la prosperidad que se produjo luego de la Segunda Guerra Mundial había liberado a la juventud de la preocupación por el empleo y el bienestar material, y permitió que la mente atendiera a otras cuestiones más allá de reivindicaciones salariales y laborales. Comenzó a prestarse importancia a nuevos valores de igualdad y de realización interior. Frente al materialismo, la axiología constituye el nuevo centro de atención: pacifismo, interés por la naturaleza como símbolo de lo no constreñido por el utilitarismo de la productividad, crítica al trabajo en cadena como alienación, busca de un estilo de vida más auténtico, defensa de la igualdad de género, necesidad de liberación sexual, urgencia de conocimiento interior, afán de realización personal, posibilidad de la pareja abierta y libre, etc.

Pero, así como el sistema neutralizó los aspectos políticos de la revolución, permitió, en beneficio propio, la revolución personal, el impulso individualizador y egosintónico. Se abrió un camino para las generaciones siguientes, que se separaron cada vez más de la política en favor de la libertad individual y del hedonismo. Y con esa nueva conciencia hubo la natural reacción de librar a sus vástagos de la educación autoritaria, evitarles la frustración, sin preocuparse en diferenciar entre necesidades básicas y superfluas. Se trató en el hogar de modo natural ante los hijos la sexualidad, sin el oscurantismo de las generaciones precedentes. Y eso sí, dudar, dudar mucho cuando se inicia una ruta no acostumbrada, muy distinta de lo que hicieron con ellos los padres y abuelos. Al mismo tiempo, los valores de la libertad personal crearon la reivindicación de las parejas libres frente a mantener la unión de por vida. Se estaba experimentando inevitablemente en el ámbito de la crianza y de las relaciones. Todo ello produciría efectos en los organismos infantiles, que quizás expliquen la transformación que fue efectiva en la

estructura de carácter.

3. DE LO UNIVERSAL A LO IDENTITARIO

Jose María Lasalle (2019) entiende que la sustitución de los fines universales —por ejemplo, las grandes metas de la libertad, la igualdad o la solidaridad, que nacieron en el siglo XVIII)— por fines identitarios más concretos como la liberación de los gais, el feminismo, etc., es un aspecto del narcisismo contemporáneo, narcisismo de pequeño grupo, de los iguales.

Nosotros pensamos más bien que tras la pérdida de fe en los grandes relatos que caracteriza al posmodernismo y al llamado "final de la historia", la lucha por una vida más digna debe centrarse en las necesidades y carencias reales. Ya Wilhelm Reich había denunciado la insuficiencia de las prédicas "científicas y económicas" para llegar al corazón del proletariado. No se debe confundir la reacción de unas élites obreras, concienciadas, con los reflejos emocionales de las masas. La ideología no refleja de modo automático la infraestructura. El más hábil para percatarse de los temores y necesidades reales de la gente se lleva el gato al agua mediante una propaganda *ad hoc*. El mundo posmoderno nos ha mostrado que la publicidad es cuestión de emociones, no de lógica. Y eso lo intuyeron los nazis. Cuando se desatienden las necesidades concretas y se sustituyen por los conceptos abstractos de liberación humana y de economía política surge en el acto algún flautista de Hamelín cuya música sugerente y emocional resuene en las inseguridades como bálsamo y promesa mágicos. Si además se apunta hacia un imaginario enemigo, la partida está ganada. Tan manejables somos los seres humanos.

Por nuestra parte, no creemos que las luchas feministas constituyan una ceguera a lo universal, sino una manera realista y concreta de luchar por ello.

La caída del Muro de Berlín y el derrumbe del telón de acero nos descubrió el fracaso no solo económico, sino también político, ético y

medioambiental del comunismo real. Décadas de neoliberalismo, por su lado, nos han mostrado la incapacidad de este guion para satisfacer los anhelos y necesidades humanas, y han puesto al descubierto su esencial morbilidad contra cualquier humanismo.

4. AUTOCONCIENCIA Y CONCIENCIA DE CLASE

Si aquellos pioneros, surgidos a continuación de la explosión jovial del Mayo francés, que querían vivir ya el paraíso en la tierra, hubieran dispuesto de la calma suficiente para no malinterpretar a Wilhelm Reich, se habrían fijado en que la dicotomía entre autoconciencia y conciencia de clase era errónea. Es cierto que ciertas pseudoterapias y doctrinas místicas funcionan como sectas que, para mantener en su redil a los seguidores, les proponen pintorescos métodos de autoconciencia y fomentan alejarse del compromiso político. Para ello han sacado de contexto el "yo" de las psicologías humanistas y han simplificado hasta la ingenuidad los conceptos. Adoptando una perspectiva apropiada, debemos coincidir con Reich en que revolución y satisfacción deben ir juntas. Las grandes revoluciones fracasaron, tras un éxito inicial, porque el factor humano falló. En *Psicología de las masas del fascismo* Reich probó que la psicoterapia y la liberación sexual eran compatibles con el compromiso político. Más aún, constituían la condición necesaria para que dicho compromiso y activismo estuvieran bien orientados. Sin armonía interior, sin contacto veraz consigo mismo, sin suficiente satisfacción de las motivaciones fundamentales, la actuación se convierte en compulsión, en compensación narcisista, en defensa neurótica o en síndrome *borderline*. No es de extrañar, por tanto, que en la historia muchos revolucionarios acaben tiranizando al pueblo con comportamientos tan crueles y narcisistas como aquellos de los dictadores a quienes derribaron.

5. DE LA APERTURA Y DEL CIERRE

La afluencia de imágenes y noticias imposibilitan la pausa. Ello trae una adición continua de lo igual. El neoliberalismo, con su imperativo de optimizar los resultados y de rendir cada vez más, no permite ningún cierre que elabore y organice lo percibido. Los estudiantes universitarios acumulan másteres. En general, el aprendizaje reglado es de por vida, no hay que cerrar etapas o conocimientos, pues significaría interrumpir la productividad creciente. La buena vida, al contrario, supondría un equilibrio entre apertura a la información y cierre para el recogimiento. Solo creando la interioridad, lo foráneo enriquece, y solo desde ese enriquecimiento, la apertura a lo extranjero permite aportar y mejorar el mundo.

Opina Byung-Chul Han que la incapacidad de cerrar etapas tiene que ver con el narcisismo, porque lo terminado ya se ha convertido en un objeto independiente del yo. Esa incapacidad de clausura también tiene su paralelo en la economía y en la política. Las fronteras están abiertas, el Estado nación no mantiene el antiguo equilibrio entre apertura y cierre. La total abertura de fronteras, imperativo neoliberal, disuelve las estructuras interiores para acelerar el deslizamiento del capital, de la inversión especulativa, con la consecuencia de un aumento de la desigualdad y del abandono de las necesidades y anhelos de la ciudadanía. No hay esclavitud ni opresión peor y más eficiente que aquella en que el negrero no tiene rostro. Al perder los Estados su función social y redistributiva se convierten en no-lugares, en meros mantenedores de las autovías del dinero del mercado global, que también es un no-lugar. Ya no hay diferencias culturales, la gentrificación de los centros históricos los convierte en espacios neutros, sin sus gentes, sin sus comercios de la vida cotidiana.

En las ciudades y aldeas tradicionales, antes de la televisión y de la comunicación digital, latía un acuerdo tácito. Las opiniones personales no alteraban el silencio compartido, que unía bajo un sentido común a los ciudadanos o a los aldeanos. Pero en las urbes y en los pueblos impersonales actuales se parlotea demasiado. “La comunidad sin comunicación deja paso a la comunicación sin comunidad” (Han, 2020c:

45). Y es que para Byung-Chul Han, las sociedades primitivas se mantenían por los rituales: en ellos se sintetizaban los símbolos, los valores y las órdenes que mantenían unida una comunidad, sin necesidad de palabras. La gente, incluso en las mínimas aldeas, ahora ya no se informa en el foro ni se distrae con los relatos y recuerdos colectivos. Se enclaustra en sus casas. Son el ordenador, la televisión y las redes las que proporcionan los datos, incesantes datos, atemporales, sin contexto. Una repetición de lo igual en cualquier lugar del planeta, en la urbe y en la aldea.

Entre la apertura total y el cierre total, en el término medio habita la virtud. El humano es indagador, abierto, explorador, pero también locativo. Sin arraigo no hay humanidad. Pero no se trata de un fundamentalismo del lugar. La hospitalidad forma parte de la socialización humana. Ulises peregrina por el mar, pero su ansia está en volver a Ítaca con los suyos, entre los suyos, a su *alma mater*. Como en el poema de Joaquim du Bellay[1]:

> Heureux qui, comme Ulysse, a fait un beau voyage,
> Ou comme cestuy-là qui conquit la toison,
> Et puis est retourné, plein d'usage et raison,
> Vivre entre ses parents le reste de son âge!
>
> Quand reverrai-je, hélas, de mon petit village,
> Fumer la cheminée, et en quelle saison,
> Reverrai-je le clos de ma pauvre maison,
> Qui m'est une province, et beaucoup davantage?
>
> Plus me plaît le séjour qu'ont bâti mes aïeux,
> Que des palais Romains le front audacieux,
> Plus que le marbre dur me plaît l'ardoise fine:
>
> Plus mon Loir gaulois, que le Tibre latin,
> Plus mon petit Liré, que le mont Palatin,
> Et plus que l'air marin la doulceur angevine.

La cultura es una clausura, por eso genera una identidad. Pero una

identidad receptiva a lo foráneo, sin la cual no evolucionaría desde el encuentro con lo distinto. Diálogo entre lo propio y lo extraño. Asimilación transformadora. Precisamente, la globalización que liquida la cultura, que engendra la barbarie, ha creado por reacción la barbarie del fundamentalismo del lugar, los nacionalismos estatalistas, los fascismos de nuevo cuño, los fundamentalismos.

De todos modos, los discursos aparentemente antineoliberales y antiglobalización de estos movimientos forman parte del engaño para sacar rédito de la desgracia extendida. Recuerdan los mítines de los nazis, donde clamaban contra el gran capital, pero garantizaban en privado a sus dueños que sus intereses seguirían protegidos por el Estado. Y pedían su colaboración económica a la causa del nazismo, cuestión magníficamente ambientada en la novela *El orden del día*, de Eric Vuillard.

Manifiesta Han que al desaparecer los rituales, también se esfuman otras fronteras, las del tiempo específico. Sin aquellos nos deslizamos por un tiempo puramente matemático, sin los distintos momentos de nuestra experiencia vital, sin las etapas definidas de la vida. Hoy todos tienen que ser jóvenes, así que la juventud se dilata porque detrás no hay nada más que una muerte prematura, porque han faltado las etapas de construcción de nuestra propia vida. Precisamente los umbrales transforman y sin ellos todo es una sucesión de momentos iguales. Así es como la vida se precipita, porque no hay mojones donde asentar nuestra recapitulación. Esta es la vivencia de la aceleración propia del neoliberalismo.

Byung-Chul Han, inspirándose en Reinhart Koselleck, sostiene que la sensación actual de la aceleración es un síntoma de la dispersión presente del tiempo, el cual se ha roto en fragmentos inconexos que obligan al individuo a pasar del uno al otro continuamente para no perderse nada y no quedarse descolgado. Es posible, en nuestra opinión, que se esté entrenando a los niños para la percepción veloz y que, tal vez, no sean las pantallas el problema, sino la aceleración con que se suceden las imágenes. En tiempos anteriores esas imágenes televisivas se deslizaban con un ritmo más cercano al real.

Precisamente, por esa dispersión temporal, la vida no se encuadra en una estructura ordenada; así es como se atomiza la vida y, con ello, la identidad. El yo se empequeñece al perder el ser-con (*mitsein*). Las personas se encierran en su cuerpo, que tratan de mantener sano, porque la salud ha pasado a sustituir al hombre y a Dios. Constituyen el ejemplo del "último hombre" de Nietzsche. La preocupación por la salud, por la higiene, ya nació en el ochocientos entre los burgueses dedicados a la industria y al comercio, promotores de una ciudad diferente, donde se construyeran geométricos ensanches de calles paralelas y se derribaran por insalubres las murallas, como explican Justo Serna y Anaclet Pons en *La ciudad futura*. Aquel burgués moderno, educado para ampliar y trasmitir el patrimonio, amante de una vida cómoda, con ciertas prudentes ostentaciones, de carácter calculador y morigerado, de un sector social elevado donde brillaban las preeminencias del padre y del linaje, era el prototipo al que se refería Nietzsche: "¡Ay! ¡Se acerca el tiempo en que el hombre ya no arrojará la flecha de su anhelo más allá del hombre, y la cuerda de su arco se olvidará de vibrar! […] Cada uno tiene su pequeño placer para el día y su pequeño placer para la noche; pero se venera la salud" (2009, II: 26-27). Pero esa inclinación a la salud y a la higiene se ha generalizado en este capitalismo tardío, incrementada ahora por el culto al aspecto físico. Hay que vivir deprisa, con juventud, cuidándose del cutis y de la figura, olvidándose de la muerte merced a la sobreestimulación y a la aceleración.

Sin embargo, frente a la cortedad materialista del "último hombre", tal vez convenga recuperar el sentimiento oceánico que nos conecta con la infinitud y la unidad del universo, con nuestra fuerza dionisiaca que dé altura al alma; que la flecha de nuestro arco se pierda en lo infinito.

CAPÍTULO 9

EL CAPITALISMO TARDÍO. NEOLIBERALISMO Y FRUSTRACIÓN

> "Es la tierra, padrecito, la que se apoya sobre tres peces —tranquilamente y con cantarina y bondadosa patriarcalidad—. Y frente a este mundo, como todos saben, está la voluntad de los señores. Porque ustedes son nuestros padres. Y cuanto más severas sean las exigencias, tanto mejor para los mujik".
>
> TURGENEV, *Padres e hijos*

1. EL MITO DE LA MERITOCRACIA

Sostiene Michael J. Sandel (2021) que en el mundo de la gestión y de los altos puestos empresariales las influencias y las recomendaciones se han dado siempre. El engaño estriba en que se elogie a la sociedad neoliberal como la de la meritocracia, cuando en ella el mérito constituye solo una parte del éxito. Cierto que se precisa poseer una alta cualificación, pero como la cantidad de personas con méritos suficientes sobrepasa la oferta de puestos superiores, se da un segundo criterio decisivo. Para ser útil a la empresa, se debe pertenecer al grupo de los mejor preparados, pero no hace falta que se elija al mejor. Por eso el estatus social-familiar y la recomendación deciden finalmente entre los de similar cualificación. La clase medio-baja y la baja descubren el fraude de la promesa de ascenso social y hallan en este engaño un motivo de frustración.

En la economía neoliberal existen grupos proclives al fracaso y a la frustración, uno es el que venimos de describir. Han empleado mucho esfuerzo, han hecho grandes sacrificios, están preparados como los mejores, pero para los puestos de mayor categoría se contrata a otros igualmente excelentes, mas con buenos contactos sociales. También hay otros conjuntos, más amplios, destinados a la frustración, como aquellos

empleados cuyos puestos de trabajo están en retroceso a causa de la robotización y las nuevas tecnologías, o también por la externalización de los centros de trabajo.

2. LOS NUEVOS ULTRANACIONALISMOS

De lo anterior nace un mercado de frustración y odio, dócil a la convocatoria del populismo. La inseguridad, el miedo, vuelve conservadoras a las personas. En un mundo relativista como es el neoliberal, donde todo vale lo mismo, se desarrollan costumbres que chocan con la conciencia más tradicional de una parte de la población. La permisividad y legalización de conductas vuelve visibles a estas, pero a la vez despierta extrañeza y sentimiento de inadecuación en bastante gente, que estaría dispuesta a soportarlo mientras a ellos les fuera bien. Pero cuando se acentúa la fragilidad económica y vital provocada por el neoliberalismo, un común estado de enfado vincula la frustración económica con el descontento moral. Así, el fracaso económico desvía la energía hostil hacia los colectivos y partidos que apoyan legalizar comportamientos y valores de sectores minoritarios, aunque el propósito del legislador sea ampliar y actualizar la aplicación de los derechos humanos. Dado que los verdaderos responsables de la frustración económica resultan lejanos y poderosos, se traslada la agresividad contra personas en estado vulnerable cuyas costumbres, que no se comparten, se han vuelto más visibles tras la legalización. Se produce una asociación mental inconsciente entre el desagrado por la propia precariedad y la atención de los poderes públicos a ciertos colectivos de cuyas pulsiones o culturas se disiente. De ahí que la protección de valores propios de una minoría puede desencadenar una ola reactiva por identificación con los guardianes ultraconservadores de la moral y de patria. Aunque ambas frustraciones, la económica y la moral, se originan independientemente, los sentimientos de desagrado llevan, por asociación, a sentir a los causantes de un malestar como causantes también del otro. Es vicaria la semejanza que sirve de eslabón: nuestra precariedad laboral nada tiene

que ver con las costumbres ajenas. Pero en el inconsciente se establece un puente entre dos sentimientos de desazón: la angustia económica y el desagrado moral. Además, ambos malestares tienen una nota común: hay en ellos algo que no se comprende. Sin relación objetiva de causa-efecto, se desplaza, no obstante, el enfado del uno al otro en una especie de asociación metafórica. A me desazona, B me desazona, luego A es igual a B. Así, la ira por el fracaso económico se transfiere a las nuevas costumbres que nos molestan. De lo cual se aprovechan los líderes populistas conservadores avivando el fuego del odio por el fracaso, que ya disponía de un monto de energía acumulada, para desplazarlo desde la dificultad económica a la creencia moral. Así es como, en lugar de ir contra el presidente del fondo buitre que hace inasequible la vivienda, se descarga la ira sobre un sosias: el transexual, la pareja gay que se coge de la mano o el inmigrante pobre. La mente, por un automatismo inconsciente, siente que no llega a final de mes por culpa del gay de su calle. Es el gay y no el fondo buitre quien impide el confort.

El sentimiento de pertenencia a algo más grande que experimentamos en la infancia —nuestra madre—, que nos daba orgullo y nos afianzaba, constituye un recuerdo de seguridad y plenitud. Fromm ha esclarecido el proceso por el cual el surgimiento de la humanidad mediante la técnica y la cultura nos separó de la naturaleza y del instinto comunitario. Así, una conciencia oscura de separación y de soledad nace con el ser humano. Nos hemos liberado de la ley del instinto, pero a cambio estamos obligados a decidir en soledad. Nos hemos "liberado de", pero todavía no poseemos la "libertad para". "Estamos condenados a ser libres", escribió Jean-Paul Sartre, y en eso estribaba la angustia. Según Fromm, anhelamos la antigua atadura en la que disfrutábamos de seguridad: el instinto lo tenía todo bien anudado. Por eso, cuando las cosas se complican, y se complican con frecuencia, buscamos amarrarnos al líder o a la idea protectora, una unión que nos permita ser "parte de".

Hay una novela reciente, *El mago del Kremlin*, que despliega, con ingeniosa hipótesis, el ascenso al poder de Putin (Da Empoli, 2023). Así es como, tras el desplome de la Unión Soviética y de ese imperio

euroasiático cuyo corazón era la vieja Rusia, los rusos se sintieron perdidos, desorientados, sin el orgullo de la "gran patria soviética". Miembros ahora de una nación derrotada y pervertida por los nuevos millonarios de costumbres ostentosas. Hasta que un oscuro funcionario de la KGB, que había trabajado en silencio desde una escondida oficina, les devolvió el orgullo, el de su patria con su antiquísima historia. Hasta ese momento, el poder político del blando Yeltsin andaba sometido a las presiones de los nuevos millonarios egoístas e inmorales. Un Boris Yeltsin débil e histriónico no valía para negociar con Occidente. Los Estados del antiguo Pacto de Varsovia, en contra de los acuerdos occidentales con Mijaíl Gorbachov, habían ido pasando en lo económico y en lo militar al antiguo enemigo. Putin se encargó de poner en su sitio a los millonarios: de ahora en adelante se abstendrían de intervenir en política si querían conservar sus patrimonios. El pueblo, en su mayoría, valoró positivamente la actitud del nuevo "zar".

3. LA COMUNICACIÓN HORIZONTAL

La digitalización no solo altera al sujeto en su forma y velocidad de percepción, así como en su experiencia de la temporalidad, sino también en su actitud hacia la autonomía. Señala Sánchez Cuenca (2022) que los sistemas comunes de intermediación entre el individuo y sus objetivos tales como los traductores profesionales, las agencias de viaje, las revistas especializadas de crítica gastronómica, las opiniones autorizadas acerca del universo, etc., resultan debilitados o se convierten en superfluos cuando la gente logra resolver por sí sola muchas situaciones gracias a internet. Se informa de las opiniones y calificaciones de cientos de usuarios sobre un restaurante y se puede buscar en portales el piso que le conviene a uno, sin recurrir a la selección limitada y onerosa de las agencias inmobiliarias, etc.

El fácil acceso a internet, la viabilidad de opinar o consultar opiniones ajenas, ha anulado la importancia de los expertos. Hoy son los *youtubers*, los *influencers*, etc., quienes acaparan las visitas. Su autoridad no reside

en la experiencia ni en el conocimiento, sino en la popularidad. Y esta consiste en tener muchos seguidores o ser visitados muchas veces. Nada sustancial, cualitativo, sino algo cuantitativo, sin contenido, el envoltorio atrayente. Así es como se hace posible que proliferen opiniones como el terraplanismo, que antes habrían provocado la mofa general.

Las facilidades que proporciona internet empujan a las nuevas generaciones a gestionarse sus asuntos y a sentir que solucionarlos por sí mismos es deseable. Además, tal capacidad para agenciárselas estimula y gratifica. No hace falta ir a una tienda física y escuchar la opinión del vendedor, o a una librería a dejarse aconsejar por el experto. La cantidad es más creíble que la calidad. En internet puedes comprar cualquier cosa y leer la opinión de muchos usuarios. Pero esa autonomía, esa opción de hacerlo uno mismo tiene una doble cara, porque genera la ilusión de independencia, de seguridad, de capacidad autónoma, de individualidad autosuficiente. Dicha exigencia de comportamiento autónomo crea estrés, y la constante asunción de hacerse las cosas por uno mismo oscurece probablemente la percepción de las condiciones generales de la vida social, de la opresión que en ella se sufre. Los árboles ocultan el bosque.

4. NEOLIBERALISMO Y ACUMULACIÓN

El capitalismo clásico acumulaba capital para producir más eficazmente. La acumulación era un medio de la lucha competitiva. Ahora la acumulación es un fin. El capitalismo tardío solo conoce acumulación. Para obtenerla más fácilmente que a través de la inversión industrial —economía real, economía de producción de bienes—, debe apropiarse de nuevos terrenos, especular con bienes inmobiliarios, ocupar lo comunal y lo público, deslocalizar las empresas a países con salarios de miseria y derechos laborales inexistentes, incrementar la robotización sin ofrecer reciclajes suficientes, transformar al asalariado en falso autónomo, etc.

Mucho de lo anterior exige, como premisa, la globalización, ya que el fin de la sociedad neoliberal es producir y vender donde resulte más rentable por la diferencia entre salarios (países emergentes) y precios de

consumo (países desarrollados). No más rentable para el consumidor ni para los ecosistemas, sino para los más altos poderes económicos y los grandes fondos de inversión. Esto, en el fondo, redunda en el abandono forzado de modos autónomos de vida. Un ejemplo, en el caso de China, fue la desaparición de los corrales familiares de aves y huevos con crianza al aire libre como consecuencia de prohibiciones oportunistas con excusa de la gripe aviar, lo que dejó la producción en manos de macrogranjas.

5. LA ASTUCIA DE LA GLOBALIZACIÓN

En el análisis marxiano de la historia y de la sociedad, el Estado aparecía como un instrumento al servicio de la clase dominante. Por otra parte, esta teoría pronosticaba que la libre competencia llevaría a la acumulación monopolista del capital, al tiempo que se proletarizaba el resto de la sociedad. Esta segunda tesis sigue vigente, ya que el actual capitalismo financiero y especulativo lleva camino de proletarizarnos a casi todos, acabando con la mediana y baja burguesías, a las que la sociología liberal solía incluir dentro de la clase media. En los albores del siglo XXI, esos poderes transnacionales entienden que los Estados son barreras y que todo lo que mantenga cierta autonomía no les conviene. Por eso, mediante la astucia de la globalización, tumban fronteras comerciales y, sobre todo, financieras, de modo que la larga mano de la especulación llega a cualquier parte.

Así es como la democracia muere, el voto ciudadano resulta irrelevante y los Gobiernos ya no rinden cuentas al pueblo soberano porque se vuelven tecnocráticos, convertidos en meros gestores de poderes anónimos. Y así nace una nueva sociedad de esclavos, obligados a trabajos inestables de jornadas infinitas y salarios míseros, alternándose con periodos de búsqueda angustiada de empleo. De ese modo, los auténticos poderes mundiales, transpolíticos, experimentan un enriquecimiento creciente.

La astucia de la globalización ha impedido que los pueblos puedan

depender en grado suficiente de sus propios recursos y así conservar la independencia: deslocalización de las empresas, necesidad creada de productos fabricados a muchos miles de kilómetros, separación entre los centros de producción y de consumo, compra foránea de la deuda. Los pueblos y los Estados pasan a depender de decisiones lejanas, especulativas, a través de agencias calificadoras de solvencia, de subidas o bajadas de primas de riesgo, de adquisición o no adquisición masiva de deuda soberana, etc. Ya no son las armas las que conquistan pueblos, tierras, materias primas o alimentos. Son las finanzas, los movimientos especulativos, la propiedad de la deuda. No se depende del enfrentamiento armado entre naciones rivales, sino de una guerra global entre unos pocos millares de individuos a través de los fondos y el resto de personas cada vez menos ciudadanas y más súbditas. Una guerra donde los primeros controlan la producción, las tierras, el comercio, los multimedia, la deuda, el agua, las agencias de calificación. Ese control constituye su armamento por la capacidad de chantaje y de acoso que confiere. Su dinero, a través de fondos de inversión, domina mayoritariamente todos los sectores, frente al desvalimiento de las gentes. Esto es la globalización. Que esta pueda concentrarse en uno, dos o tres centros de poder no cambia las cosas: monopolio u oligopolio, tanto da. Aunque esta segunda forma resulte más proclive a las guerras, porque se compite por la primacía tecnológica a nivel mundial.

6. LA PERTURBACIÓN NEOLIBERAL

Una interesante exposición de las perturbaciones del neoliberalismo la hallamos en *El poder político* (2022), de Sánchez Cuenca. El desprestigio de los partidos clásicos y de los medios de comunicación tradicionales es síntoma de la frustración en una población que padece la fractura cada vez mayor entre una minoría progresivamente enriquecida y una mayoría cada vez más pobre y en situación económica precaria. Los partidos políticos tradicionales han visto condicionadas sus políticas económicas por el paradigma neoliberal, tanto los partidos de derechas, más proclives

al mismo, como los de izquierdas, menos inclinados. Con independencia de sus programas ideológicos diferentes, acaban teniendo que llevar a cabo políticas económicas similares si no quieren verse expulsados del sistema. Ese giro tuvo que hacerlo Syriza luego de que la Unión Europea rechazara el ventajoso y razonable plan para pagar la deuda presentado por el ministro de Finanzas griego Yanis Varoufakis. El rechazo no fue porque perjudicara a los acreedores, sino por enfrentarse a la austeridad neoliberal adoptada como dogma comunitario en aquel momento. Así queda de manifiesto en la película de Costa-Gravas *Comportarse como adultos*. Esta negativa europea llevó a la renuncia del ministro griego de Finanzas Varoufakis y al radical giro y sumisión de la política económica de Syriza a la Troika. Bajo un paradigma distinto, el keynesiano, durante los años cincuenta socialdemocracia y democracia cristiana acercaron sus políticas económicas en beneficio de la sociedad del bienestar. Ante la decepción provocada por el neoliberalismo, los más castigados han sido los partidos de izquierdas por haberse de plegar a las condiciones neoliberales impuestas desde la Unión Europea y el Fondo Monetario Internacional. Ello ha causado una pérdida tan acusada del apoyo electoral, que estos partidos que han aceptado el social liberalismo tienen hoy una intención de voto entre el 2 y el 7%. Como ejemplo, el antaño poderoso partido socialista francés o el PASOK griego, actualmente irrelevantes.

La impotencia democrática de los partidos clásicos, cuya función era la intermediación democrática*, es consecuencia de la política económica neoliberal convertida en paradigma durante las últimas décadas, con graves perjuicios para la mayoría de la población. Entre ellos enumeramos los siguientes:

1. El capital ha ganado poder en relación con el trabajo, mientras que en la anterior era keynesiana de posguerra se tendía a un equilibrio.
2. El capitalismo financiero global limita la amplitud de decisión de los Gobiernos democráticos estatales.

3. La facilidad del capital para desplazarse internacionalmente anula la capacidad reguladora y fiscal de los Estados.
4. Esto último aún se hace más evidente en el caso de las grandes plataformas digitales, cuyo crecimiento es posible que esté inaugurando un nueva fase del capitalismo que podría denominarse como capitalismo cognitivo, que tiene una base en la Declaración de Independencia del Ciberespacio de 1996 en el Foro de Davos y que critica la interferencia de los Estados en internet, porque los conceptos legales de propiedad, movimiento, etc., solo afectarían a objetos materiales y no a los objetos incorpóreos que circulan en el espacio cibernético, según nos recuerda José María Lassalle (2019).

De ello resulta que los partidos políticos clásicos, independientemente de su ideología, tienen que llevar a cabo políticas parecidas, sobre todo en el aspecto económico y, derivadamente, en los otros por su necesidad de financiación, si pretenden seguir dentro del sistema global.

Como consecuencia, se dan dos resultados. El primero, que pierden la adhesión de los votantes, sobre todo en la izquierda, cuando se constata que las promesas ideológicas hechas en campaña y que figuran en los programas no pueden concretarse prácticamente bajo el régimen neoliberal. El segundo, que el neoliberalismo conduce a la despolitización de la economía: los mercados quedan a salvo de las decisiones políticas. Y también lo monetario, porque la política de competencia y la política comercial son independientes del poder político representativo. De ello nace la impotencia democrática: los Gobiernos solo podrán realizar sus políticas si son favorables a la autonomía total del mercado.

Ante la frustración que esas políticas causan, nacen nuevos partidos antisistema. En común, reclaman mayor soberanía política. Si son de izquierdas, la soberanía se entiende como la capacidad de denunciar el obstruccionismo de los poderes económicos transnacionales y sus socios nacionales, que impiden redistribuir la riqueza. Si son de derechas, la

soberanía consistirá en revitalizar la nación, pero sin cuestionar el mercado y las políticas monetarias neoliberales. Para estos últimos el modelo multicultural constituye un gran peligro para la nación. Y las élites políticas e intelectuales habrían sido las promotoras del multiculturalismo, en contra de los valores patrios. Por cierto, que el discurso patriótico no es incompatible con la defensa de hecho del capitalismo internacional y con el total aperturismo mercantil y financiero. Ya hemos aludido al pacto entre el gran capital y el nazismo tan bien expuesto por Erich Vuillard en *El orden del día*.

CAPÍTULO 10

LA GRAN MÓNADA CIBERNÉTICA

1. COMPUTADORAS Y NEOLIBERALISMO

En esta época de los desplazamientos y viajes frecuentes, de las prisas y la escasez de tiempo, el constructo mediático global hace abstracción del espacio y casi diríamos también del tiempo dada la velocidad con que se producen las comunicaciones. El modelo para ese corazón del mundo que hoy lo mediatiza y lo proporciona todo es la "gran mónada informática" de Jean François Lyotard, inspirada en Leibniz. Aquí el tiempo se ha acelerado y a la vez detenido en un casi presente donde se juntan el hoy y el mañana, y desaparece el pasado, porque la información no se adquiere a través de los relatos como sucedía desde tiempos mitológicos, sino mediante la inmensa memoria cibernética. Esta gran mónada se halla en expansión al incrementar continuamente las unidades de información que contiene. En los primeros cerebros electrónicos la informática había dependido de los hombres, sus fabricadores. Pero la ley de la expansión creciente la ha llevado a una complejidad y potencialidad de interconexión y de procesos de cálculo tal que ha impuesto su ley a todo humano que aspire a permanecer con eficiencia dentro del orden económico y social, constriñéndole a permanecer conectado a la gran mónada y a alcanzar sus metas a través de ella. Así hemos llegado al punto en que el ser humano no domina el sistema, sino que ocurre lo inverso. Nos convierte a todos, pobres y ricos, en servidores de su ley de expansión y de su discurso tecnocientífico. El hombre ya no es esclavo del hombre, sino de la máquina. Algunos se lo toman tan a pecho que

aspiran a ser cíborgs.

El poder de la mónada explica la sumisión voluntaria de la gente. Mediante la cantidad de datos que aglomera y los procesos de inteligencia artificial con que los correlaciona, nos ofrece soluciones individualizadas a los problemas de salud, alimentación, seguridad, etc. Además, se sirve, para ser eficiente, de toda la información que le hemos proporcionado inconscientemente como usuarios de las redes y de las búsquedas. Así, nos dejamos vigilar gustosos a cambio de que sus algoritmos decidan por nosotros las mejores soluciones. Les entregamos, pues, nuestras vidas y les cedemos nuestro poder decisorio.

La expansión de ese gran artefacto cibernético no se debe al impulso de una idea, como la libertad humana o el progreso, igual que ocurría con la expansión de la ciencia en tiempos herederos de la Ilustración. Lyotard escribe que "lo que sorprende de esta metafísica del desarrollo es que no necesita ninguna finalidad […]. Se reproduce acelerándose y extendiéndose exclusivamente de acuerdo con su dinámica interna" (Lyotard, 1998: 14).

El hombre es el único animal atrapado por su propia obra. Cuando mis hijas eran niñas, leían un cuento que relataba cómo se había producido un atasco total de automóviles en una ciudad, hasta el punto de que fue imposible restablecer la circulación. Los conductores debieron abandonar sus vehículos y alcanzar sus destinos a pie. Finalmente, para que la vida urbana volviera a ser viable, se precisó edificar una ciudad nueva y comenzar desde cero. ¿Habrían aprendido o el proceso se repetiría dada nuestra afición a "tropezar dos veces con la misma piedra"?

La gran mónada cibernética de Lyotard, inmenso, global y creciente almacén de datos, constituye el sistema teleinformático que proporciona una altísima capacidad de cálculo para correlacionar hechos y deducir fórmulas, mucho más allá de lo que el cerebro humano puede conseguir. Al tiempo que la inmediatez y la claridad de las imágenes que se trasladan de una parte a otra del mundo permiten, por ejemplo, realizar a distancia complejas intervenciones quirúrgicas por parte de un competente equipo médico, muchísimas otras ventajas podrían

enumerarse en los campos de la tecnociencia, de la comunicación, del aprendizaje y de la gestión de las propias necesidades. Pero ese mundo paralelo de la informática y de la electrónica se convierte en un cerebro electrónico universal al que nos enganchamos como lactantes para otras muchas actividades, que así quedan desde ahora fuera de la espacio-temporalidad ordinaria: el rumor, el cotilleo, la trasmisión de bulos, la amistad, el sexo, el placer en general, la satisfacción de las tendencias narcisistas, el consumismo, la amistad, etc. El problema no estriba en usar la gran mónada para nuestros propósitos de investigación y de soluciones tecnocientíficas, sino en vivir abducidos por esta existencia paralela, donde la comunicación y la vida se empobrecen emocional y sensorialmente, donde la satisfacción inmediata sustituye a la capacidad de demora y a la expectación que la acompaña, puesto que la duración queda herida de muerte en su esencia. El medio se ha convertido en el fin.

Ya no nos conectamos solo para cosas concretas que tienen lugar en el terreno atemporal del cálculo y de los procesos formalizados, sino para vivir en y para ese sistema abandonando los ritmos antiguos de duración, de deseo, de sufrimiento y de esperanza, cuyos modos eran el tiempo y el espacio humanos. La velocidad de los procesos informáticos y del diluvio de nuevos datos nos condena a una permanente atención, a una aceleración psicológica, a la absorción por el cálculo, a la renuncia al reposo y la contemplación, constreñidos a sumarnos al modo de hipnosis colectiva. Cuando hay gente que se propone como meta central de su existencia el transhumanismo, nos percatamos de hasta qué punto el cálido pecho materno ha sido sustituido por el biberón frío de la gran máquina. Aquí reside la notable diferencia entre la formalización lingüística de la ciencia newtoniana o de la teoría de la relatividad con respecto al lenguaje informático. Allí los lenguajes formalizados se ceñían al terreno científico, pero no atañían a la vida cotidiana, no se ocupaban de nuestros pensamientos y estados de ánimo ni de nuestra acción en su totalidad.

Los datos pierden contexto dentro de la mónada, aparecen desligados

de un tiempo y un espacio específicos, y solo son recuperables en su desnudez, pasando, a partir de su neta formalización, a ser potenciales eslabones de infinitos cálculos programables.

> Las nuevas tecnologías, en cuanto que proporcionan modelos culturales que no están inicialmente arraigados en el contexto local, sino que se forman luego con vistas a la más amplia difusión a través del globo, representan un medio notable de superar el obstáculo opuesto por la cultura tradicional a la captación, el tránsito y la comunicación de las informaciones (Lyotard, 1998: 70).

Así, de la misma manera como lo no cuantificable perdía su objetividad para la ciencia clásica (Descartes, Galileo y Newton), quedando relegado a la condición de cualidades secundarias, lo no computacional queda hoy en día excluido de la tecnociencia, sin cuyo concurso no hay posibilidad de operar con eficacia competitiva en la solución de problemas, incrementando la productividad, haciendo progresar a las ciencias económicas y cosmológicas y facilitando en altísimo grado las prácticas médicas o artísticas. Fuera del dominio de las nuevas tecnologías, sin conexión constante con la red y la informática, no hay otra vida que el tonel de Diógenes el Cínico.

La eficiencia de la gran mónada se debe, según Lyotard, a la capacidad dentro de esta de que el después sea simultáneo con el ahora. Ello pondrá la vida, la ciencia y la realidad bajo el absoluto mecanicismo. La inconmensurable cantidad de datos de que es susceptible su memoria permite, mediante el cálculo prácticamente inmediato, conocer con exactitud el futuro, de manera que este sea, a su vez, presente. Podría decirse que a la manera de la mónada divina no hay nada en potencia, sino que todo está actualizado en un presente estático. El futuro está ya contenido en el presente. Esta mónada, como Dios, no solo conoce el presente, sino también el futuro en un hoy virtual.

El punto al que la humanidad ha llegado en este siglo XXI es fruto de la simbiosis entre la cibernética y el capitalismo. Este se beneficia de la exigencia del requisito de verificación de los enunciados, porque los procedimientos sofisticados que la ciencia desarrolla para la prueba sirven también, una vez adaptados, para incrementar la productividad y la

capacidad de distribución y, por tanto, la plusvalía. De manera que la ambición asociada al capitalismo queda satisfecha.

No se crea, sin embargo, que Lyotard atribuye la expansión creciente de la gran mónada simplemente a la ambición del hombre. No se trata de un deseo humano, sino de un proceso de entropía negativa inherente a aquella. Una expansión que actúa en el área cósmica habitada por la especie humana. En todo caso, el deseo de ganancia es esa entropía negativa actuando sobre los centros nerviosos del cerebro humano y afectando directamente a la persona.

Aunque muy negras se vean las cosas con este discurso, es un comportamiento casi general de los estudiosos mantener algún resquicio de esperanza. Resulta enternecedor que muchos pensadores, luego de volcar su negatividad, quieren mantener una mínima esperanza. Así es como sostiene Lyotard que la energía mental a través del arte y de la contemplación puede servir de contrapeso a la energía de los circuitos electrónicos. Pero juzgamos nosotros que cuando la mente humana ya ha sido colonizada para aceptar el mundo tal como se presenta y tiene internalizadas las pulsiones de ambición, de triunfo, de aceleración y automatismo, narcisismo e individualización, pocas esperanzas hay de que un pensamiento crítico neutralice el megasistema cibernético.

2. EL SABER EN LA ERA NEOLIBERAL

Parafraseando a Lyotard, resume José Ignacio Galparsoro (2019) que el saber actual consiste en un paradigma científico centrado en la tecnología cuyos enunciados se legitiman por la performatividad. Se trata de un saber fruto de la colonización de las universidades por las grandes empresas. Constituye una simbiosis entre ciencia y capitalismo. Ya no se trata del saber aristotélico cuyos enunciados se legitimaban por la verdad, ni tampoco el saber de la modernidad cuya meta era un conocimiento del cual la tecnología se derivaba como utilidad. Este último era un saber cuyos enunciados se legitimaban moralmente, fuera bajo la versión emancipatoria nacida con la Revolución francesa o bajo la versión

filosófica del idealismo alemán (Hegel). En la sociedad neoliberal el saber se dirige directamente a la efectividad tecnológica, cuyo resultado es el enriquecimiento, y que constituye un proceso bidireccional, ya que la ciencia produce dinero y en respuesta el dinero obtenido se invierte parcialmente en nuevas investigaciones tecnológicas.

Ahora el saber ya no tiene como fin la verdad, ni tampoco mejorar la sociedad y el mundo. Su fin es ser vendido como cualquier mercancía, más aún, como la más valiosa de las mercancías.

> En esta transformación general, la naturaleza del saber no queda intacta. No puede pasar por los nuevos canales, y convertirse en operativa, a no ser que el conocimiento pueda ser traducido en cantidades de información […]. Todo lo que en el saber constituido no es traducible de ese modo será dejado de lado, y que la orientación de las nuevas investigaciones se subordinará a la condición de la traducibilidad de los eventuales resultados a un lenguaje de máquina […]. Se puede, por tanto, esperar una potente exteriorización del saber con respecto al "sabiente" […]. Esa relación de los proveedores y de los usuarios del conocimiento con el saber tiende y tenderá cada vez más a revestir la forma que los productores y los consumidores de mercancías mantienen con estas últimas, es decir, la forma valor. El saber es y será producido para ser vendido, y es y será consumido para ser valorado en una nueva producción (Lyotard, 1987: 6).

Las anteriores palabras permiten poner a la luz el materialismo occidental contemporáneo, su pérdida de relación con el espíritu. Lo cual nos parece indeseable. Ciertamente, el espíritu ha sido excusa y medio de enmascarar la realidad, ha tomado históricamente el rostro de plurales alienaciones, de fraudes y de misticismos. Ha sido el "opio de los pueblos". Pero mayor opio es para las potencialidades humanas la adormidera del materialismo consumista. Sin espíritu, tenemos la somnolencia. La existencia humana veraz y despierta es agónica, y cuantos usos torticeros de la palabra se hayan dado, no anulan el anhelo de sentido, ya presente en el animismo de los primeros pobladores. La espiritualidad del salvaje es superior a la del mundo neoliberal. Pero también la lucidez del nihilista es espiritual. No lo es, sin embargo, el nihilismo drogado del consumidor compulsivo ni del trabajador prosaico y

mecanizado.

Lyotard, frente a esta deriva inhumana del saber, mantiene la esperanza en lo que llama la "ciencia posmoderna", cuyos enunciados estarían legitimados por la capacidad de inventar hipótesis que cuestionen el modelo único del pensamiento performativo de la ciencia oficial. Esta, entregada a la eficiencia tecnológica, no se interesa en dedicar medios para construir nuevos paradigmas cuya rentabilidad, aunque probablemente llegara, sería mucho más tarde.

La intencionalidad directa del "paradigma posmoderno" de Lyotard consistiría en abrir nuevas vías de conocimiento. En vez de extenderse cuantitativamente por acumulación de enunciados tecnológicos dentro del mismo paradigma, buscaría, al contrario, la diversificación. La creación de nuevas hipótesis busca romper con el consenso existente entre los científicos. Lo pertinente es que un enunciado dé nacimiento a otras reglas de juego. Recordemos que Han acusa al saber actual de ser meramente aditivo. Pero mientras que Han considera que el sistema cibernético siempre cuestiona la libertad humana y que es imposible que genere saber alguno, porque es mero cálculo, puro mecanicismo, sin comprensión, Lyotard pensaba que podía aún valer para la ciencia posmoderna, siempre y cuando los científicos independientes pudieran acceder a los datos y a la capacidad de cálculo del motor computacional.

En nuestra opinión, para que la energía del cerebro humano se empodere en su intento de caminar fuera y contra la energía de los *bytes* y enlaces nanotécnicos, necesitaría, paradójicamente, acudir al extremo opuesto, volver a la animalidad perdida, al origen en la pareja inicial a través de la simbiosis energética de la oxitocina, que va a permitir, desde el centro biológico original del individuo, desplegar de modo autorregulado la energía que, como hemos anticipado, activa la sexualidad, el trabajo y el conocimiento bajo el sello que hemos denominado eros. Una energía libre de coraza y plenamente dispuesta para la vida, susceptible de recuperar el dominio del hombre sobre la tierra mediante su capacidad de desconectarse a voluntad de la mónada cibernética. Si queremos que el pensamiento humano ame el

conocimiento, la originalidad, la ruptura de esquemas, en lo que esto tiene de lúdico y erótico, debe inicialmente tomar de la tierra la energía vital, recalar en la animalidad. Racional, sí, pero animal.

3. LA VERDAD YA NO ES DE TODOS

Dado que la investigación científica actual ha asumido el principio capitalista de la productividad, se precisa de sofisticada tecnología para probar los enunciados. Una tecnología cara. Solo los grandes consorcios económicos o las universidades financiadas y dotadas por estos pueden realizar esa tarea, a condición de que sus investigaciones sean rentables para el capital que las financia. Y el principio de performatividad enunciado antes puede aún concretarse mejor: que en la prueba el *input* (la energía consumida para obtener información) disminuya todo lo posible y que el *output* (la información obtenida) aumente lo más posible. Vemos, pues, que al terreno del conocimiento se ha transferido el principio capitalista de rentabilidad. Así que se establece una ecuación entre riqueza, eficiencia y verdad. Solo va a contar como verdad aquella que disponga de suficiente financiación para administrar la prueba. Olvidémonos del investigador a la manera de Santiago Ramón y Cajal con su microscopio. El actual requisito de eficiencia técnica en la administración de la prueba va a encauzar el avance científico al exclusivo terreno de lo más rentable para el capital inversor. El objetivo ya no va a ser la verdad ni tampoco la mejora de la condición humana, sino el enriquecimiento, la rentabilidad a corto o medio plazo para dicho capital. Aquí desaparece la igualdad de oportunidades: la ciencia se convierte en un juego entre ricos.

4. EL HOMBRE PRECARIO

La precariedad del individuo es una característica del capitalismo tardío. Ante un peligro inconmensurable, la única respuesta es la angustia, el

pánico. Desde que el neoliberalismo basa sus leyes en el supuesto de un poder invisible (anonimato de los mercados, de las agencias de calificación, de la circulación opaca de los capitales, de los gigantescos y lejanos gestores de valores, etc.), las crisis reiteradas del capitalismo ya no pueden ser afrontadas mediante enfoques racionales. Son tan incontrolables como los terremotos o las inundaciones.

Desde el punto de vista de la psicología, el hombre actual está en la precariedad, Sucede con quien fracasa y queda marginado, pero también con quien ha logrado mantenerse a flote, porque un sistema hermético y fuera del control constituye un peligro para la estabilidad de cada uno. A fin de neutralizar esta angustia, se está constantemente pendiente de los datos, de las redes y de internet, absorto en la sucesión veloz de percepciones, donde la índole del medio no es ajena en absoluto a la naturaleza y cualidad del mensaje que se recibe. Pero, fundamentalmente, esa precariedad reside en el carácter de "naturaleza" con que se ha presentado el capitalismo en la era neoliberal. Las crisis económicas son vistas como procesos tan inevitables como los terremotos y las erupciones volcánicas. Por tanto, da igual que alguien fracase o no económicamente. Las vidas se han vuelto precarias porque resulta imposible cualquier reflexión que tome distancias, ya que "no tienen modalidad alternativa frente a la facticidad imponente de la econopolítica […] pues el mundo de la vida que el neoliberalismo forja está blindado contra su propia salida" (Villacañas, 2020: 186).

También esa conciencia de precariedad obedece al miedo de verse desplazado por la máquina. Se extiende la percepción de que ningún empleo estará a salvo de ser robotizado dentro de un mundo donde se confirma continuamente que el aumento de productividad ya no crea un número de puestos de trabajo que compensen los perdidos por la automatización. "La causa está en el desarrollo de un modelo empresarial de plataformas que basa la generación de riqueza en una suplantación progresiva del trabajo físico y cognitivo del ser humano por la inteligencia artificial y la robótica" (Lassalle, 2019: 109).

La expectativa de la llegada de más robots despierta un estado anímico

de temor a que no se podrá mantener "el mismo empleo o, incluso, la misma profesión toda la vida. Un fenómeno psicológico que estimulará el miedo y el resentimiento al quebrarse la resistencia emocional de la mayoría de la gente" (Lassalle, 1919: 116).

El desarrollo creciente de la interconexión cibernética confiere poder creciente a una minoría constituida por los dueños de las plataformas digitales —Lassalle la denomina "patriciado digital"— que actúa sin controles legales ni democráticos y que logra eludir que su actuación sea objeto de debates públicos. Aquel oligopolio genera a través de sus plataformas un proletariado cognitivo que enganchado adictivamente a internet produce bienes, es decir, datos. La venta de estos proporciona ingentes beneficios a la minoría propietaria de las plataformas.

Del mismo modo que en el calvinismo la angustia se calmaba mediante los signos de éxito que confirmaban la pertenencia a la categoría de los elegidos por Dios y no a la de los condenados, en este capitalismo tardío el éxito es también indicio de que uno pertenece a los acelerados servidores del automatismo socioeconómico invisible. Se trata de una versión moderna y pagana de la doctrina trascendente del calvinismo, donde la tranquilidad de ánimo se conseguía mediante un signo divino: el éxito en los negocios. Esta era la señal de Dios a los elegidos.

CAPÍTULO 11

NEOLIBERALISMO Y TEMPORALIDAD

1. LA SOCIEDAD *BORDERLINE* DEL CAPITALISMO TARDÍO

Aparentemente, resulta una sociedad más horizontal. En las empresas del capitalismo industrial la gestión tenía lugar mediante el control, la jerarquía y procesos estereotipados. La empresa del periodo neoliberal, por el contrario, actúa de modo flexible. La información, la prospectiva, la creatividad y las aptitudes de reacción rápida y producción masiva constituyen su esencia. La gestión tiene que apoyarse en una actitud fundamental: escuchar para entender, y debe funcionar eficazmente en un ecosistema cambiante, lo cual requiere creatividad como aptitud y tecnología como instrumento. Las empresas del siglo XXI se han impregnado de valores y perspectivas similares, como si en vez de sufrir una imposición superior, vertical y autoritaria hubieran resultado penetradas suavemente por los mismos valores, aspiraciones y concepción de las cosas en cualquier lugar del mundo.

Pero el dominio de la esfera económica está en manos de megaconsorcios y megagestoras de fondos internacionales, ubicuos mediante su presencia accionarial. BlackRock, por ejemplo, posee el 88% de las acciones de las 500 mayores empresas de Estados Unidos y tiene participación en las más grandes del resto del mundo. Es la mayor empresa de gestión de activos del planeta. La siguen Vanguard AM y UBS Group.

El poder se vuelve difuso detrás de los centros metaestatales, cuya

capacidad decisoria es grande, aunque poco visible. Los Gobiernos políticos se han convertido en meros facilitadores para los mismos. Dichos centros decisorios son servidos por gestores tecnócratas cuya misión es producir beneficios crecientes a los grandes inversores y dificultar, si es preciso, el control por parte de las instituciones democráticas. Esto significa, entre otras cosas, que en determinados momentos pueden sacrificar por un tiempo la rentabilidad para perjudicar a los poderes políticos adversos. La digitalización global constituye el eje central de lo que estamos diciendo. Como escribe Galparsoro (2019: 387): "La multiplicación de los canales por los que transita la información tendrá también sus efectos en los Estados nación. Estos, que tradicionalmente han sido los protectores en lo relativo a la producción y difusión del conocimiento, van convirtiéndose paulatinamente en factores nocivos para la circulación de los mensajes de manera trasparente".

El protagonismo parece pasar a manos de las llamadas empresas multinacionales, algunas de cuyas decisiones escapan del control de los Estados nación. Con el auge de la tecnología informacional y telemática, algunas empresas adquieren un poder mayor que los propios Estados nación: dado que la información fluye por los canales de su propiedad, serán ellas quienes podrán decidir —y no los Estados, que corren el riesgo de convertirse en usuarios de esas empresas— quién tiene acceso a la información y quién no.

La hipertrofia de la gran mónada es el instrumento *ad hoc* para esa mutación política, económica y epistemológica. No es solo el vehículo donde hoy se trasmite la información, sino algo más sustantivo que selecciona, prima y define lo que merece ser tenido por información y conocimiento. Su servicio a las grandes multinacionales, incluidas aquellas que son sus dueñas, determina qué proyectos de investigación se podrán llevar a cabo y cuáles, por falta de rentabilidad, no van a contar con financiación.

El capitalismo tardío es el origen de un orden social con características como las que siguen: una cultura global bastante clónica, unida a una comunicación superficial a través de las redes; un exhibicionismo

narcisista en los individuos que sustituye a los antiguos moralismos neuróticos, aunque como reacción global, recientemente, se esté produciendo una eclosión neoconservadora que no cuestiona el sistema económico, pero sí la sociedad abierta; futilidad comunicativa y narcisismo, que buscan compensación en la bulimia consumista; la pérdida de la trasmisión cultural entre generaciones, que conduce a la ignorancia de la temporalidad; y la vida social que adolece de la pérdida de la anterior vinculación dialéctica entre el mundo de los padres y el mundo de sus herederos.

La trasmisión cultural hoy en día se realiza, sobre todo, por medio de la publicidad, la telemática, las redes y, en menor grado, los padres y la escuela. De ello resulta el imperativo de la novedad, el rechazo de lo permanente, la propensión al narcisismo del envoltorio y de la imagen, a la actitud de un hedonismo cirenaico y al productivismo huero. Se pierde, a causa del ritmo acelerado de la vida, el sentido vital del tiempo. En pocas palabras, un ideal de originalidad que termina convirtiéndose en una valoración compulsiva de la diversidad y una cultura de la información y del dataísmo que suple vicariamente a la sabiduría.

La familia deja de ser la base principal de los principios morales; ahora, la conducta se produce en función de la aceptación y el juicio de los otros. Ello implica un debilitamiento de la identidad. Los deseos de los demás, y no nuestra conciencia, regulan el comportamiento. Hay una tendencia a seguir la moda y mimetizarse con la opinión preponderante. Se evita disentir en público. Lo que atemoriza al sujeto es sentirse por debajo de los otros, con quienes está siempre comparándose. Si esta es la situación, si la aprobación no se espera del padre, sino de los otros, ya no servirán la teoría y la práctica del psicoanálisis clásico. Observaremos de inmediato que, en el mundo actual, en el de los caracteres dirigidos desde fuera, el Edipo cuenta mucho menos y el superyó es una instancia debilitada.

2. LA EXPERIENCIA

Se teoriza, desde instancias educativas y empresariales, sobre la importancia de la creatividad, de la autonomía, del trabajo en equipo en torno a objetivos, de la flexibilidad para un mundo líquido. Pero, paradójicamente, se omite la única herramienta posible: la experiencia. En los bancos, en las empresas y en las profesiones se prescinde de gente ducha y se contrata, por salarios más bajos, a jóvenes no experimentados y que por lo mismo son impotentes para cuestionar o buscar alternativas de relieve. Porque "experiencia" consiste en incorporar el pasado al presente para decidir sobre el futuro. Solo desde ella lo actual adquiere significado. Sin pasado, exclusivamente hay una adición de instantes y de datos. Un precipitarse ciegamente a hacer una cosa detrás de otra.

El único sentido en el mundo digital consiste en funcionar bien dentro del sistema. No afirmo que se carezca totalmente de creatividad. Solo que esta se da siempre dentro del mismo paradigma. Sin reflexión, sin ensimismamiento, sin pausas, resulta inviable dar el salto a un nuevo paradigma desde el que se vislumbren posibilidades para salvar el planeta y al ser humano. Debajo de montañas de información y de innovaciones se pierde de vista la dimensión personal y social. La megacomputadora mundial, que acumula toda la información y de la que nos hemos vuelto dependientes para funcionar, nos obliga a estar pendientes de ella, sometidos a su ley. No es un vínculo como el que tenemos con la familia, con la aldea, con los amigos, con las asociaciones a las que pertenecemos, con la cultura local. Se parece más a un Estado absolutista al que entregamos voluntariamente nuestra individualidad y del que somos su instrumento, atrapados sin discusión, sin crítica, como súbditos y no ciudadanos. Ello no quiere decir que nos convirtamos en hombres-masa. Nuestra conexión en todo momento es individualista con la máquina, sin darse un "nosotros".

Byung-Chul Han señala la diferencia entre la sociedad de masas y la sociedad cibernética. La masa es más que la suma de los individuos, adquiere una ley nueva, un espíritu colectivo donde se disuelven las individualidades. En un partido de fútbol hay masas. En los movimientos sindicales hay masas. Por el contrario:

> El enjambre digital no es ninguna masa, porque no es inherente a ningún *alma*, a ningún *espíritu*. El alma es congregadora y unificante. El enjambre digital consta de individuos aislados. La masa está estructurada por completo de modo distinto. Muestra propiedades que no pueden deducirse a partir del individuo. En ella los individuos particulares se funden en una nueva unidad, en la que ya no tienen ningún *perfil propio* […]. Los individuos que se unen en un enjambre digital no desarrollan ningún *nosotros* […]. El *homo digitalis* es cualquier cosa menos *nadie*. Él mantiene su identidad privada, aun cuando se presente como parte del enjambre […]. En lugar de ser *nadie*, es un *alguien penetrante* que se expone y solicita atención. En cambio, el nadie de los medios de masas no exige para sí ninguna atención. Su identidad privada está disuelta, se disuelve en la masa (2020b: 26-28).

En el fondo, esa individualidad hueca del hombre en el enjambre digital constituye una abstracción. Porque la realidad humana siempre ha sido *mitsein*. La más reciente paleontología ha descubierto que el *Homo sapiens* sobrevivió y tuvo un impresionante éxito evolutivo debido a que entre sus instintos se daba la tendencia al apoyo mutuo (Martinón Torres, 2022; Pathou-Mathis, 2013; Spikins, 2010), que la pertenencia era fundamental. Perseverar en el sistema neoliberal es más de lo mismo: empeoramiento del clima, contaminación por gases de efecto invernadero, residuos contaminantes, islas de plástico, guerras por las materias primas, por los mercados, por el predominio tecnológico, privatización de los bienes necesarios y comunales como el agua o las semillas, insolidaridad y egoísmo. Y eso sí, crecimiento exponencial de las plusvalías de las grandes empresas.

Hay que educar para la creatividad, ciertamente, pero para aquella que pueda romper el esquema que nos aboca al desastre. Hemos de insistir justamente en que la creatividad, la originalidad, no es apenas el producto de una enseñanza reglada. Los niños, casi todos, antes de ser bloqueados por la escuela, son creativos y artistas. Solo una base flexible, serena y a la vez pasional en el crecimiento de la personalidad desemboca en mujeres y hombres espontáneos, creativos y perspicaces.

Al ser consumidores de las drogas de este "mundo feliz" que, a partir del fin de las ideologías, nos hacen creer que habitamos el mejor de los

mundos posibles, sucede que los fracasados se consideran responsables de su fracaso, se avergüenzan, se sienten vacíos, se deprimen. Si vislumbraran alternativa, posiblemente denunciarían el sistema que causa tanto sufrimiento y se unirían para conquistar una sociedad habitable y humana.

3. LA ACELERACIÓN*

La aceleración es una cualidad que se atribuye a la sociedad neoliberal o del capitalismo financiero. Como aportación autobiográfica diré que, en mi infancia y juventud, los cursos escolares transcurrieron lentos. Tanto en primaria como en bachillerato, universidad o primeros años de profesor, un curso académico parecía interminable. Rico en acontecimientos y en esperas largas de las vacaciones. Pero con el transcurso de los años el tiempo adquirió velocidad, del mismo modo que los pausados viajes en ferrocarril, con la contemplación placentera del paisaje y la comunicación amable entre los viajeros, dieron paso a los trenes de alta velocidad, donde no hay disfrute del paisaje ni tiempo o interés por entablar conversación. En mis clases todo se había vuelto más rutinario. Temía que se tratara de una vivencia subjetiva relacionada con el miedo a la vejez y a la muerte, o con el sentimiento de una contracción del abanico de posibilidades. En ocasiones, durante los años últimos de mi docencia, manifesté estas inquietudes en el aula. Para sorpresa, algunos alumnos, de 17 o 18 años, confesaron que también experimentaban similar precipitación del tiempo.

Otro hecho que me alarmaba era que el sentimiento de juventud y de cambio que me acompañó durante años, quizás por la cercanía que los docentes mantenemos con promociones sucesivas jóvenes y por una cierta repetición generacional de los ciclos del alma humana, me abandonó con cierta brusquedad y perdí la comprensión del entorno. Esto sucedía a la vez que la sociedad del bienestar se tambaleaba y los individuos perdían la conciencia de combate por los derechos colectivos. Los esquemas desde los que había estado comprendiendo el mundo y que había

compartido con los alumnos ya no servían. Los psicólogos de prolongada experiencia me cuentan que las estructuras de carácter están padeciendo profundos cambios fruto de la aceleración de la vida, del consumismo como sustituto de la identidad personal, de la alteración de los procesos perceptivos por la abundancia y velocidad con que se suceden las imágenes visuales, y de la desatención emocional y sensorial a las criaturas humanas a causa de la primacía de la productividad.

He descubierto, en mis lecturas de autores, reflexiones sobre una sociedad progresivamente acelerada e individualista. Pensadores como Heidegger e incluso Nietzsche ya aludían, en su época, a la pérdida del sentido de la duración y a la atomización de la experiencia. Byung-Chul Han es uno de los pensadores actuales que con éxito está analizando antropológica y socialmente este mundo posindustrial.

La aceleración es un concepto usado para referirse al uso del tiempo en la era posindustrial. Los avances en la técnica y en la información, esta última a través de las redes y de la prensa digital, no aumentan objetivamente nuestra libertad ni nos conceden más tiempo para el ocio y las relaciones personales. Por el contrario, nos exigen estar siempre pendientes, esperan que aumentemos nuestra productividad y nos aceleremos con ese fin. Detrás de esto hallamos las características con que Byung-Chul Han describe esta sociedad de la productividad.

Sin embargo, Han matiza sus otros textos en el libro *El aroma del tiempo*, cuyo subtítulo es *Ensayo sobre el arte de demorarse*. Viene a afirmar que la aceleración fue un concepto aplicable al periodo que va desde la Ilustración, a través de la industrialización, hasta los años ochenta del siglo XX. Se apoya en los análisis del filósofo y teólogo Koselleck. Este periodo alumbra una concepción lineal del tiempo, vinculada al ideal del progreso. Los inventos y descubrimientos técnicos crecen de manera exponencial, pero también hay un motor psicológico al situar la salud, la riqueza y la dicha en el cénit de esos avances. En la era posindustrial, al contrario, lo que hay es una fragmentación y desorganización de la temporalidad, una pérdida de las metas a largo plazo y la sustitución por objetivos próximos. Esto es lo que provoca el

estado mental de confusión y la sensación de velocidad en los acontecimientos.

A ello contribuye, también, el cambio de naturaleza de las empresas, las grandes y las menores. Sobre esta cuestión Richard Sennett (2006: 98) escribe que las del periodo industrial funcionaban piramidalmente, a largo plazo, con estructuras y escalones sólidamente establecidos. Cuando se empezaba a trabajar en ellas, pronto se entendían los engranajes y los peldaños que había que alcanzar para el ascenso. Podían cometerse errores o tropezar con rivales que te cerraran el paso, incluso por malas artes, pero se podía entender racionalmente lo ocurrido. El afán de cualquier empleado consistía en permanecer, si era posible, toda la vida laboral en la empresa, sentirse valioso para ella y satisfecho de sí mismo, y obtener como resultado ascensos, consideración, responsabilidades y mejora económica.

Pero la empresa posindustrial es horizontal y flexible. Un giro brusco con frecuencia da pingües beneficios a los accionistas. Empresas viables se abandonan para sustituirse por otras si ello trae ganancias inmediatas, aunque sean poco duraderas. En un sistema donde la demanda es inestable y sus necesidades se conocen al instante desde cualquier lugar del mundo gracias a internet, nace la forma flexible de producción. Estos negocios reaccionan rápidamente a las variaciones de demanda de breve duración, como en el caso de los productos textiles. Es una adaptación al cambio permanente, poco viable en las empresas piramidales burocratizadas. La filosofía empresarial de la innovación continua exige una focalización en lo inmediato y actual, lo cual tiene efectos en la posición vital y cognitiva de los individuos.

El conjunto de personas que colaboran con la empresa horizontal la mueven inconscientemente como un magma en el que se abren imprevistos túneles de oportunidades de cambio que pueden acabar en el éxito o en el fracaso, en la mejora o en el empeoramiento para sus empleados. Éxito o fracaso ocurren sin que se sepa bien por qué. “Las organizaciones suelen estar tan a menudo en un estado de flujo interno que es inútil intentar tomar decisiones racionales sobre el futuro personal

basándose en la estructura actual de la empresa" (Sennett, 2006: 113-114). Hay que estar siempre abierto al posible cambio. Aún más, tiene un valor positivo lanzarse al mismo, asumir riesgos, y negativo permanecer mucho tiempo en el mismo puesto o en la misma empresa. No se trata de cambiar de empresa o trabajo cada pocos meses. Lo que recibe una valoración muy favorable es hacerlo cada cuatro o cinco años, porque se considera que uno ha alcanzado sus máximos resultados y debe emprender una nueva etapa para seguir creciendo como profesional. Ello muestra su naturaleza dinámica, competitiva y emprendedora.

El único criterio que late en este mundo es el de arriesgarse. Y nadie ignora que muchas veces sale mal y se empeora en lo profesional. Pero lo que los mueve al riesgo es un valor extendido en el ambiente laboral: buscar la seguridad es renunciar al éxito, admitir el fracaso. Ese quemar las naves, esa asunción de lo impredecible, quizás no sea tanto por ganar más dinero o estatus, ya que un cálculo racional más bien desaconsejaría el cambio, como por el monto de adrenalina que se produce al lanzarse. Lo normativo es no quedarse en lo seguro. Se busca una euforia hormonal ante lo nuevo, como también ocurre en el *puenting*, el *balconing* o la escalada. La actual necesidad de estímulos fuertes ha de tener una función. Seguro.

Pero también hay algo más racional en esta actitud de la ética del cambio. En un mundo donde las empresas son heraclíteas, lo sensato es estar dispuesto y entrenado para dar el salto; hay que ser tan fluido como las instituciones mismas.

La actitud descrita debe resultar muy beneficiosa para el poder económico y para la empresa de la época posindustrial. No surgirán resistencias solidarias ni asociaciones para defender los derechos y los puestos de trabajo. Prevalecerá el individuo entregado a sus propias fuerzas y al azar. Ni siquiera las tradicionales empresas piramidales se rigen ya por pactos laborales colectivos. Al contrario, establecen contratos individuales donde nadie sabe cuáles son las condiciones y el sueldo de sus compañeros. Esto es muy americano. A pesar de la flexibilidad, el poder desde arriba nunca ha dejado de existir, solo que ahora está menos

visible. Las pequeñas factorías horizontales, con sus equipos "democráticos" de objetivos, tienen libertad para decidir los métodos. El poder de arriba solo se interesa por los resultados. Qué han de fabricar, qué productividad y beneficio tiene que haber lo marcan desde lo alto. Se da una concentración sin centralización. Una empresa de ordenadores, por ejemplo, puede aportar solo la marca, ser una especie de *flatus vocis*, y la producción de las distintas piezas y los ensamblajes estar repartidos entre empresas subordinadas que funcionan horizontalmente y han de ser flexibles para cambiar de producción según exija la marca.

4. LA RESONANCIA

Hartmut Rosa sostiene que no es la aceleración por sí misma la que nos aliena, sino la falta de resonancia. Esta consistiría en la comunicación verdadera, con todos los elementos gestuales, visuales y energéticos implicados, el ser capaces de abrirnos y afectar y resultar afectados por nuestros semejantes. Pero también se puede resonar a la naturaleza, al mundo, a la belleza. Se trataría de salir de la cosificación con que tratamos nuestro entorno y alcanzar la subjetividad del otro desde la nuestra respetando siempre su intimidad y su misterio. Frente a ello, la cosificación, que sería la comunicación pobre del neurótico y en mayor grado del sujeto con estructura de carácter *borderline*, quien por su dependencia convierte al otro en una proyección de sus deseos y necesidades, sin enriquecerse moralmente con la relación.

Para Rosa, el buen vivir sería lo contrario a la aceleración, la cual aparta a los posmodernos del control de sus propias vidas y de la alianza colectiva para determinar las metas de la existencia en común. Sostenía Max Horkheimer que la razón filosófica, aquella por la que una colectividad libre escoge su bien, que analiza y valora la bondad de los fines, es suplantada actualmente por la razón instrumental de los tecnócratas, cuyo lema sería que "todo lo técnicamente posible hay que hacerlo". La alienación comenzó cuando la propiedad dejó de ser común, pero jamás había alcanzado cotas tan altas como en las distintas fases del

capitalismo.

5. LA DURACIÓN

Propone Koselleck, en cuya filosofía sobre la temporalidad histórica se ha inspirado Byung-Chul Han, dos categorías metahistóricas trascendentales en cuanto condiciones de posibilidad de la historia: espacio de experiencias y horizonte de expectativas. La noción de "progreso" refleja la experiencia de una mejora constante pero interminable por hallarse en continuo desarrollo. De ahí que el horizonte de expectativas se viera, durante la modernidad, como un alongamiento continuo de la meta. Esta categoría suponía una secularización del fin, por cuanto que la técnica promete un futuro de redención de problemas humanos tales como la salud, el subdesarrollo, el hambre, etc. Es decir, que el avance tecnológico copia, bajo un aspecto secular, la salvación escatológica.

La experiencia, para Koselleck, es una totalización, mediante la memoria, de lo vivido. El pasado hecho presente. Y gracias a que recapitulamos el pasado y lo hacemos presente, se abre el porvenir como expectativa. "Se abre, como futuro, un nuevo espacio de experiencias", escribe Koselleck. Pero el futuro no es un espejo del pasado, ya que siempre algo incumplirá lo previsto, algo resultará nuevo. "En la historia siempre sucede algo más o algo menos de lo que está contenido en los datos previos" (2001: 341). El espacio de experiencias y el horizonte de expectativas no equivalen, la tensión entre ambos es lo que caracteriza el tiempo histórico. En la modernidad, al no tratarse de un mundo cíclico, se produce una progresiva diferenciación de las expectativas respecto de las experiencias vividas. Muy diferente del mundo rural, donde las previsiones se articulaban plenamente con las experiencias del pasado y estas venían heredadas de la sabiduría de los ancestros. Las generaciones se sucedían, pero la sociedad no cambiaba. Algo parecido ocurría en las civilizaciones clásicas y también en las culturas primitivas.

La aceleración, en la modernidad, ha ido ampliando la brecha entre el campo de experiencia y el horizonte de expectativas, como si la

experiencia cada vez sirviera menos para proyectar el futuro.

> De modo que generar el presente histórico parece completamente suspendido, de ahí, tal vez, esta experiencia contemporánea de un presente perpetuo, esquivo y casi inmóvil […]. Como si solo existiera el presente, una especie de vasta extensión de agua agitada por un incesante chapoteo. ¿Es entonces apropiado hablar del fin o salida de los tiempos modernos, es decir, del régimen moderno de la historicidad? Aún no lo sabemos. Estamos en una crisis. Es este momento y esta experiencia contemporánea del tiempo lo que denomino presentismo (Hartog, 2006: 28).

Contrariamente a la modernidad, en el mundo actual posmoderno, pobre en experiencia y en memoria, no se dan expectativas. En todo caso, una expectativa única, la globalización, que viene a ser la exigencia del accionariado al pequeño ejército de gestores para incrementar continuamente el valor de sus acciones. En los individuos, por su parte, el objetivo es el ascenso económico y de estatus, y la lucha por no quedarse en el camino. Byung-Chul Han, basándose en el análisis de Koselleck en torno a la naturaleza rectilínea y continua del tiempo en la modernidad, admite en *El aroma del tiempo* que la aceleración comenzó y terminó en este periodo. En la posmodernidad la atomización del tiempo impide toda aceleración.

Nosotros cuestionamos que esto último sea totalmente así. La conciencia de la falta de tiempo, de su escasez, crea la vivencia de hallarse en permanente aceleración, en la cual hay que montarse para no quedar descabalgado. No importa que la meta, como bienestar previsto gracias al progreso de las ciencias y las artes, escape ya del ensueño de los europeos, pero hay una nueva meta, ciega para la mayoría, a la que se agarran los ejecutivos de fondos de inversión, quienes para mantenerse en el candelero incrementan los dividendos de los grandes accionistas.

Además, el mantra del desarrollo, principio incuestionado en el que se desliza el mundo contemporáneo, a la manera como en otro tiempo fueron el principio divino o el principio de progreso, "impone ganar tiempo. Ir rápidamente es olvidar rápidamente, no retener luego más que la información útil, como en la 'lectura veloz'. Pero la lectura y la escritura

son lentas y avanzan a reculones en dirección a la cosa desconocida 'en su interior'. Se pierde tiempo al buscar el tiempo perdido. La anamnesis es la antípoda —ni siquiera, no hay eje común—, el *otro* de la aceleración y de la abreviación" (Lyotard, 1998: 10).

Hartmut Rosa ha diferenciado tres modos de aceleración: la técnica (más objetiva), la del cambio social y la cultural (dependiente de la anterior). Como ejemplo de esto último, el libro de Orlando Figues *Los europeos*. Es un relato en el que el *ménage à trois* entre la cantante Pauline Viardot, su esposo, el escritor y coleccionista de arte Louis Viardot, y el escritor ruso Turgenev nos permite ver el papel del ferrocarril en la creación de una cultura común europea. Y, por último, la aceleración del ritmo de la vida, entendido como el número de acciones realizadas por unidad de tiempo, que se refleja en la conciencia subjetiva de la temporalidad mediante actitudes como la impaciencia, la prisa, el tiempo siempre ocupado, la dispersión, el sentido del deber, la fatiga, el cumplir objetivos, el móvil disponible continuamente para el trabajo, etc. En los dos primeros modos tiene razón Byung-Chul Han. Pero en este tercero, en el estado de ánimo acelerado y disperso, nuestra época es la más acelerada que ha existido. El aumento de posibilidades que generan la técnica y la información acorta el tiempo para llevarlas a cabo. Nuestra hiperactividad, a la vez que nos permite abordar más cosas, nos limita el interés por cada una de ellas. Así es como el presente se vuelve fugaz y caemos en la sociedad del "presentismo".

Insertamos esta interesante consideración de Estefanía Dávila:

> "Rápido a ninguna parte" es la paradoja que parece derivar de nuestra trayectoria temporal en la modernidad tardía, de acuerdo con algunas de las teorías de la aceleración social, y en modo distintivo en la de Hartmut Rosa. Sus análisis nos enfrentan a un doble diagnóstico de la modernidad, que muestra su rostro bifronte, como el de Jano: por una parte, la aceleración del tiempo parece una constante histórica desde mediados del siglo XVIII, mientras que, por otra, ese mismo aumento de la velocidad nos ha conducido a una especie de inmovilidad en la que nos encontramos atrapados entre la urgencia y la falta de horizontes de nuestro presente (2016: 51).

Además, dada la notable conformación del sujeto durante los primeros años de vida, cabe conjeturar que las predisposiciones para situarse en el mundo dependen de una serie de factores, entre los cuales están la organización familiar y la ideología subyacente, el modo de crianza, la escuela, los estímulos sociales, los valores del grupo humano y un largo etcétera. Que la familia cambia al compás de los cambios del sistema productivo, que los valores también se modifican, así como las costumbres, es un hecho. Por tanto, las maneras de vivir, desear, proyectar, percibir, trabajar, cuidar de los hijos, distraerse o consumir van a estar muy condicionadas por aquellas variaciones.

Vamos a encontrarnos con nuevos tipos de personalidad que aglutinan estas transformaciones del comportamiento y del ideal del yo. Podremos cuestionarnos si la aceleración es el origen de la pérdida de la capacidad de demorarse y de reflexionar, o al revés. Pero es innegable que las cualidades de los estímulos perceptivos producen en la más tierna infancia hábitos en el percibir, y muy concretamente en la percepción visual. Para el niño de pocos años no es lo mismo adelantarse al mundo para indagarlo, salir a su paso mediante el sistema locomotor y percibirlo al ritmo propio que resultar afectado pasivamente por un desfile veloz de imágenes en la pantalla. La capacidad de atender, detenerse y retroceder queda troquelada por esos tempranos aprendizajes. Más tarde, las exigencias sociales sobre la actividad reforzarán o aminorarán esa impronta. Todo lo anterior, junto con experiencias de naturaleza emocional y fisiológica, configurarán el carácter, de manera que la mayor o menor capacidad de demora dependerá de él, es decir, de la urdimbre de influjos familiares y sociales que han gravitado sobre el individuo y sus instintos desde la tierna infancia.

6. *HOMO LABORANS*

Según Byung-Chul, a más dispersión temporal, menos oportunidad de experimentar la duración. Ahora la vida no se enmarca en una temporalidad con momentos de integración que recapitulan y alumbran

proyectos de vida. Por eso, cualquier instante vale lo mismo. La persona se vuelve fugaz, las informaciones de los medios de comunicación y de las redes sociales se suceden de un modo aditivo, sin opción a dotarlas de significado, a organizarlas mediante una sintaxis de subordinación. La noticia presente se absolutiza. Ningún pasado existe para darle sentido. El hombre del neoliberalismo tiene sensaciones, pero no experiencias. La vivencia es puntual y pobre en temporalidad; la experiencia, al revés, es rica en duración. En esta el pasado no ha desaparecido, sino que sigue formando parte de la comprensión del presente, a la vez que el futuro también constituye el presente como proyecto, como anhelo y como pasión. De no suceder así, la persona deriva en animal de trabajo. El neoliberalismo reduce al hombre a *animal laborans*. Estaríamos ante un hombre unidimensional.

Sin embargo, no todo trabajo es alienación. Ni históricamente todo trabajo lo ha sido. Max Weber (2004) manifiesta que en la labor artesanal de la Edad Media primaba el orgullo por la obra bien hecha. No eran las prisas lo que caracterizaba la actividad del buen artesano ni tampoco el afán de enriquecerse. Desde el comienzo al fin toda la pieza era elaborada en el taller, por un operario diestro, que disfrutaba dando forma a la materia y gozaba al verla concluida. Pero esto ha desaparecido en el trabajo fabril, donde la productividad y no el producto es el objetivo. En la era industrial la acción del obrero no incluye decisiones sobre el producto y su elaboración, solo aporta unos cuantos movimientos repetitivos y mecánicos. Y en la época posmoderna, aunque el trabajo en grupos de objetivos da la apariencia de un mayor poder del operario sobre su obra, esto es, también, una ficción fruto del poder neoliberal para conformar las subjetividades y amaestrarlas según el sistema.

CAPÍTULO 12

EPÍLOGO. LA PLAGA EMOCIONAL

1. CONCLUSIONES GENERALES

a. La forma de crianza, incluso en lo más fisiológico, troquela la personalidad del individuo, y a este sujeto producido se van incorporando, de modo visceral, caracterial e ideológico, los valores que benefician al sistema económico y a la producción.
b. Hemos comprobado, a lo largo del libro, que la economía siempre va acompañada en los individuos por las estructuras de personalidad que más le convienen, hasta el punto de que estas no tienen un valor meramente subjetivo, sino que ocupan un lugar en la infraestructura como componentes de las fuerzas productivas. Ha sucedido así con el capitalismo industrial y con el capitalismo neoliberal, pero también con las economías de los pueblos primitivos.
c. El consumismo y la aceleración son las características más sobresalientes de la sociedad en el capitalismo tardío. La segunda, sobre todo, tiene mucho que ver con la innovación tecnológica.

2. FAMILIA Y MOVIMIENTOS DE MASAS. LA GRAN EXPERIENCIA

Los padres son los principales trasmisores de la ideología social. Esa trasmisión no es únicamente a través del discurso, sino también por

medio de sus pulsiones y las reacciones fisiológicas. Por eso la ideología funciona muy emocionalmente, ya que se arraiga en reacciones viscerales adquiridas en la infancia. Por tanto, en el resultado de esa educación cuenta mucho el peso de las pulsiones secundarias de los progenitores. Si se trata de unos padres de estructura genital o sana, cuya libido funciona de modo autorregulado, la ideología se trasmitirá mediante el vehículo de una racionalidad crítica reforzada por el contacto corporal y la conducta sana, y responderá a la percepción energética de las necesidades y sentimientos infantiles. Por el contrario, en los casos de padres con estructura neurótica, la ideología se trasladará bajo los efectos de un cuerpo materno o paterno atenazado por el moralismo, con temor a la autoridad y a la pulsión, es decir, con angustia. El resultado será una actitud sumisa y puritana. O, por reacción, estérilmente rebelde.

> La sociedad como institución se reproduce no primariamente por sus leyes, su burocracia o su política, sino esencialmente creando una base para sí en la estructura caracterial de las masas. Crea en el hombre medio una impotencia política y una falta de independencia, el deseo y la necesidad de ser guiado; esto lo hace por medio de una educación autoritaria y la represión sexual. El hombre medio, educado de esta manera […] necesita apoyarse en alguien, necesita gratificación ilusoria, esperanza mística […]. La sociedad actual responde a esta estructura psíquica. La estructura ideológica social y la estructura psíquica son funcionalmente idénticas (Reich, 1942: 8).

Es decir, la frialdad a la que se reduce la vida bajo esta educación ocasiona que el hombre medio sienta la necesidad de llenar su vacío con una "gran experiencia". Por ejemplo, los hombres suelen ser arrastrados por la fuerza a la guerra, pero también un alto porcentaje se alista voluntariamente, y no solo por no ser menos que otros, sino por la patria. La represión sexual crea un estado de carencia y de debilidad que vuelve sumiso al ser humano y necesitado de líderes y de idealizaciones compensatorias.

El niño viene al mundo, como todo lo viviente, bajo la pulsación de lo vivo: las ondas energéticas se desplazan a través de las células mediante una alternancia de carga y descarga. Pero cuando se obstaculiza la

satisfacción pulsional, el flujo natural resulta sustituido por la contención y rigidez que está en el origen de la coraza, corsé de los afectos y las sensaciones vegetativas. Como consecuencia, al menos en la civilización occidental, se instauran "unas condiciones sociales de competitividad, agresión, individualismo y materialismo que obligan a la persona a funcionar defensivamente, a aprender a no sentir, a usar permanentemente su coraza" (Farfan, 2000: 8). Pero en lo profundo del humano subsiste el anhelo de romper esa contención energética, de restaurar la pulsación natural, de experimentar la explosión emotiva y sensorial de vida, lo equivalente a una "gran experiencia". David Boadella denominó como "iluminación" la manera de existir sin compulsiones caracteriales ni armaduras corporales. Vemos posible que algunos pueblos primitivos permanezcan habitualmente en ese estado de apertura, en el cual los sentimientos son profundos y la percepción amplia.

El cuerpo humano es vehículo de energía. Reich llama "orgón" a la energía común al hombre, a la naturaleza y al universo. En el ser humano equivaldría a la libido de Sigmund Freud. Es en el nivel periférico, en la piel, donde culmina la expansión energética y se abre al mundo, al ser la ventana final de las ondas amorosas que se generan desde el núcleo del organismo.

3. LA SUMISIÓN HUMANA

¿Qué ocurrió para que los Gobiernos conservadores, tras la Primera Guerra Mundial y el *crack* del 29, dejaran paso al nazismo y a los fascismos? ¿Qué tiene que ver el bloqueo de la energía sexual con tan nefastos hechos? En *La psicología de masas del fascismo* Reich nos explica que el Estado reproduce sujetos sumisos a través de la familia autoritaria. Esta, iniciada por parejas que ya tienen una caracterología que predispone a la alarma ante los impulsos naturales, manifiesta sus temores reprimiendo la conducta sexual en niños y adolescentes. Si estos se hubieran criado de acuerdo con la autorregulación propia del principio

del placer, al llegar a adultos sabrían actuar convenientemente, con entereza, energía e intuición empática. Desde el momento en que la sexualidad resulta reprimida y se transforma en un conjunto de pulsiones secundarias, surgen deseos sádicos y perversos, de modo que su represión aún parece más necesaria y justificable. Primero, por la naturaleza inconfesable de aquellos; segundo, porque el sentimiento de culpa ante el sexo lo convierte en moralmente "peligroso", incluso en el caso de que se trate de conductas sexuales naturales e inocentes. Ya dijo Freud que la neurosis era el reverso de la perversión. Por los anteriores hechos, el Estado autoritario —y, en el fondo, todo Estado tiene un componente de autoritarismo, como sostenía el etnólogo Pierre Clastres (2014)— siempre ha contado con la familia patriarcal como su mejor instrumento.

La educación autoritaria, con la prohibición de vivir los impulsos conforme al principio del placer, provoca que el niño no tenga autoestima, que se sienta disminuido y, al hacerse adulto, reducido a insecto como en el relato de Franz Kafka. Al serle negadas las satisfacciones de los deseos que emanan de la naturaleza, solo podrá sentir que su ser no vale y resulta censurable por tanto. Para compensar este sentimiento de inadecuación, buscará su dignidad identificándose con un líder, creyendo que participa de su fuerza y de su misión. Para reforzar ese vínculo imaginario, tendrá que señalar a los otros, a los que carecen de este, y rechazarlos siguiendo las sugestiones del jefe. La ira nacida con la frustración personal se transformará en odio al distinto. En esto radicaría la base psicológica del narcisismo nacional.

Quizás en el fondo aliente un anhelo de omnipotencia, compensación inconsciente de la pérdida de la completud orgásmica que una vez experimentó entre los brazos amorosos de la madre. O, contrariamente, quizás por la añoranza de esa plenitud que nunca tuvo. La comunión actual con el líder recuerda parecido mecanismo al de las sectas místicas y soteriológicas que reemplazaron el pensamiento filosófico de la Grecia antigua. En ellas era frecuente incorporar al dios bajo la forma de algún alimento. Los comulgantes se sentían especiales, eran los elegidos, habían incorporado la fortaleza del dios en sí mismos. Es decir, no se

sentían dignos por ellos, sino por su unión al dios. Solo que aquellos dioses significaban el amor grupal, mientras que estos líderes fascistas alcanzarán sus objetivos fomentando el odio al diferente.

4. LA ALIENACIÓN POSMODERNA Y EL NUEVO FASCISMO

El complejo de Edipo, como vimos, conducía finalmente a la identificación con el padre al asumir los valores morales que este representaba. Pero también es importante, en los fascismos de cualquier signo —azules o rojos—, la identificación de patria y madre. Así lo fomentaban los discursos nazis, así lo planificó Joseph Goebbels. El breve contacto físico en la primera infancia quedó como huella de la progenitora. La retórica patriótica triunfó con eslóganes de este estilo: "No olvides nunca que la patria es tu madre". Por tanto, el amor a la madre es igual al amor a la patria. He aquí la mistificación que conmueve a las masas.

Actualmente vemos surgir, por reacción contra la política clásica, nuevos partidos antisistema. Los cuales, si son de derechas, sostienen valores mistificados pero que conmueven al público: la nación, la patria, la bandera, la identidad, la historia nacional. Ello va unido a actitudes de antimulticulturalismo, de hostilidad hacia lo diferente —especialmente identificado en los inmigrantes pobres (aporofobia), los homosexuales y los transgénero—, de antifeminismo, de confusión entre la sexualidad natural y la perversión. Semejantes emociones son las que alientan en los populismos de derechas y en el periodismo afín.

Sánchez Cuenca explica que, mientras el nazismo y los fascismos anteriores a la Segunda Guerra Mundial y contemporáneos de la misma negaban la validez de los sistemas democráticos liberales y los abolían, ningún partido de ultraderecha pone en cuestión hoy la democracia, sino su dimensión representativa por el papel intermediario de los partidos políticos tradicionales. Eslogan habitual de las organizaciones antisistema, de derechas o de izquierdas, es el "no nos representan".

Ahora el mensaje populista no es "la democracia es el mal original", sino "los que no piensan como nosotros no son demócratas y nosotros somos los verdaderos demócratas". Y con la excusa de que los partidos clásicos no se preocupan por el pueblo, hay una especie de llamada al plebiscito, donde las técnicas de manipulación de masas son más eficaces.

Como el sistema neoliberal ha acentuado la pérdida de poder adquisitivo de las clases medias y bajas y ha precarizado los puestos de trabajo, y en algunos países se ha tenido que echar mano de tecnócratas no electos como gobernantes de consenso, crece la desideologización, que es suplida por fetiches que, bajo la forma de ídolos (patria, bandera, destino nacional, etc.) o de creencias (fanatismo, moralismo, tradición), funcionan de bálsamo para la inseguridad colectiva. Si en la época del nazismo la crisis económica buscaba en el padre el poder salvador, en la actualidad neoliberal, donde no existe la introyección edípica, es con mecanismos de identificación proyectiva o de adhesión proyectiva con la nación y con el líder como se llena el vacío personal.

5. LA ESCISIÓN Y LA DISOCIACIÓN EN LA BASE DEL ODIO PRESENTE

Las actuales condiciones de crianza y de cuidados infantiles facilitan la formación de estructuras fronterizas, en las que dominan la disociación y la escisión. Recordemos que en esta tipología los rasgos de carácter son solo una cobertura cuya finalidad es mantenerse alejado del núcleo depresivo o psicótico. Aceptado el neoliberalismo como algo normal, los individuos solo aspiran a funcionar con éxito dentro del sistema. Pero la precariedad está a pie de obra. Por eso es una situación en que, ante el fracaso laboral y económico, inductor de pensamientos suicidas, se reciben como salvadores los mensajes simples que señalan en cuanto culpables a grupos minoritarios y diferentes de la mayoría. Esta falsedad "cultural" recibe refuerzo en los discursos políticos: el bien y el mal existen objetivamente. Frente al relativismo neoliberal en el que sucesivas generaciones han crecido, se confronta una verdad absoluta, sin

que importe lo falsa y retrógrada que sea. Desde las prédicas evangélicas a las mentiras de Donald Trump, toda promesa de salvación y todo mensaje que aparente sacarnos de la ambigüedad será bienvenido. Los mensajes falsos resistirán cualquier confrontación científica, porque entre las víctimas del sistema hay demasiada necesidad de fe. Y los expertos en manipulación de masas saben inocular la actitud maniquea.

Los mecanismos disociativos que dividen la realidad en el bien y el mal, sin la sensatez requerida para captar en toda persona la combinación de ambos, facilitan un odio sin paliativos. Este, que resultaría objetivamente explicable contra el sistema neoliberal que nos sume en la precariedad, se dirige, sin embargo, contra nuestra parte mala y escindida proyectada en terceros, y así salvaguardamos lo bueno como propiamente nuestro y desprovisto de maldad. De este modo, se despierta la plaga emocional que desplaza la agresividad hacia el diferente, o el oponente, al que hay que deshumanizar como albergue del mal. Cosa típica de la plaga emocional, el sujeto resulta incapaz de ver en el distinto a una persona, así como de aceptar o elaborar argumentos racionales. No es tanto una cuestión de nivel de estudios como de algo más primitivo y emocional que impide cualquier análisis sereno en cuestión de creencias. Y los medios de comunicación, sea por afán de audiencia o por hallarse infiltrados de personas aquejadas de la plaga, se suman a alimentar el odio y la irracionalidad, en lugar de desenmascarar los engaños, lo cual sería profesional y honesto. Al sistema neoliberal le va bien que suceda así, porque cuanto más quebrada esté una sociedad, más dividida en facciones interiores, menos prestará atención al poder que la arruina y destruye su dignidad.

6. EL HOMBRE, MEDIDA DE TODAS LAS COSAS

De Protágoras nos llegó la frase "el hombre es la medida de todas las cosas". Podemos entenderlo de diversas maneras, pero una posible consideración sería que desde su sensorialidad, desde el cuerpo humano, limitado por la imperfección, la temporalidad y la muerte, construimos

nuestra interpretación del mundo, tanto en el aspecto teórico (filosofía, ciencia, experiencia) como en el práctico (ética, política, derecho). Pero la sustitución de la experiencia por la conciencia sin cuerpo, por el dato digital y por la comunicación por pantalla, sin sabor, sin olor, sin sudor, sin aceleración de la respiración, sin presencia energética del cuerpo ajeno, acaba con la experiencia humana y la sustituye por una experiencia virtual. Hasta hoy, el derecho, la política, la ética, la ciencia, la estética, incluso la religión, partían de la experiencia humana, aun en el caso de que esta tuviera lugar por medio de aparatos de medida y de observación. Pero el crecimiento del mundo virtual, que inicialmente usó el hombre como herramienta, alcanza tal incremento en cantidad, velocidad y combinatoria que excede la capacidad humana. Los algoritmos ofrecen las soluciones individuales y políticas. Y nuevas identidades condicionadas e incluso sometidas a lo digital posiblemente den a luz una ética, una política, un derecho, un gusto, una filosofía y una psicopatología completamente nuevos, aún imprevisibles e inimaginables. Todavía no ha terminado de configurarse la tipología caracterológica neoliberal cuando la velocidad de los procesos digitales apunta a nuevos cambios de la personalidad.

La aceleración creciente de la informatización mundial convierte lo que no hace mucho era un instrumento manejado por el hombre, en un poder, un alien que excede la capacidad humana de asimilación y control. El volumen de datos y el poder de los algoritmos para relacionarlos mediante correlaciones convierten al amo en esclavo. Esta es la opinión que, entre otros, nos trasmite José María Lassalle (2019). Durante la sociedad industrial, el valor procedía de la plusvalía arrebatada al trabajo humano; pero, en la actualidad, el valor nace, además, del control de los datos y de la posesión de las plataformas que los obtienen. Se trata de una robotización de la adquisición, trasmisión y procesamiento de estos. El factor humano queda excluido. Esto constituye una crisis del humanismo.

Los algoritmos informan de las decisiones que se deben tomar, pero estas se convierten en necesarias por la limitación de la inteligencia humana para desentrañar las razones de la máquina. Es verdad que

renunciar a la propia decisión individual y política se debe a una conformación ideológica previa del mundo neoliberal, que desalienta los intentos por retomar las riendas y devolver la máquina a su papel instrumental. Pero, en todo caso, los algoritmos sustituyen al legislador. Ya no es una racionalidad ilustrada, como por ejemplo la diseñada por Immanuel Kant, que mediante el entendimiento y la sensibilidad organizaba las sensaciones dotándolas de forma; no es una razón científica que guía la observación y se adelanta a los hechos mediante hipótesis que generan una selección significativa de estos. Ahora se da una acumulación acrítica de datos, un inductivismo radical y un empirismo burdo que sirve de materia a las correlaciones automáticas, sin una inteligencia humana que dirima con criterios morales y gnoseológicos. Ahora son los algoritmos los que, mecánicamente, mediante correlaciones matemáticas, introducen orden en el caos de datos. "Los datos son a la economía digital lo que los combustibles fósiles fueron para el capitalismo industrial, […] la nueva materia prima que se extrae, se refina y utiliza para generar el conocimiento sobre el que se funda la prosperidad del capitalismo cognitivo actual" (Lassalle, 2019: 37).

Estamos, como dice Lassalle, no solo ante un cambio económico, sino también antropológico, ya que significa una digitalización masiva de la experiencia humana. Y prueba de ello es que "no se percibe en la opinión pública con matices negativos, sino todo lo contrario" (2019: 29). Tal cambio consiste en una perturbación radical de la sensorialidad y la racionalidad, algo así como la colonización masiva por parte de un cuerpo extraño que interfiere en un proceso milenario de construcción del entendimiento.

Lassalle propone la democracia liberal como solución. Suponemos que se refiere al liberalismo como doctrina moral y económica, no al neoliberalismo que forma parte del problema y que haría deseable que Diógenes el Cínico amaneciera con su famosa linterna para buscar, a plena luz del día, "a un liberal", al modo como en la Atenas del siglo IV a. C. buscaba "a un hombre". Creemos haber insistido en capítulos

anteriores sobre la incapacidad del adulto fruto de nuestra civilización para disponer de la energía no bloqueada y de una coraza flexible que hiciera de él un individuo independiente y crítico. Tanta mayor resulta esta dificultad en una sociedad donde se crece en las entrañas de un poder digital omnímodo fusionado con el capitalismo financiero. La solución, en todo caso, se encontraría en el lado opuesto, en la animalidad del ser humano, en el perdido instinto que poseían muchos pueblos originarios, donde la maternidad estaba disponible para acompañar al neonato durante el periodo fetal extrauterino.

Desde la perspectiva nosológica de la estructura de personalidad, esta rapidez del cambio en la sociedad debe estar produciendo perplejidad en los psicoterapeutas. Freud dispuso de un largo periodo de permanencia de las estructuras psíquicas para elaborar la teoría y la praxis, unas décadas dominadas por componentes neuróticos en la sociedad, en la familia y en el individuo. Sospechamos que el cambio veloz del entorno socioeconómico y cultural estará causando efectos en la ontogénesis desde el nacimiento hasta la adolescencia, dificultando las formulaciones teóricas y prácticas, la validez de los diagnósticos y la consolidación de los procedimientos terapéuticos. Pero semejante estupor afecta también a los sociólogos y a los psicólogos sociales. ¿Hacia dónde vamos? ¿Cómo detenemos o controlamos el ciclón transhistórico preñado de individualismos perdidos? Frente a la transhumanización y descorporeización creciente, nosotros proponemos la reanimalización, la vuelta a lo viviente, lo que nos religa al tiempo interior y al tiempo biológico.

7. PODER DE LA MÁQUINA, MISERIA DE LA VIDA

Actualmente la máquina es el poder, en concreto la máquina cibernética, gracias a la inmensidad de datos que almacena y a la velocidad con que opera con ellos. Dependemos de una tecnociencia que ha alcanzado un desarrollo a cien años luz del sentido común e incluso de los procesadores de décadas atrás. La computación cuántica supone un salto

gigantesco: mientras el Summit de IBM procesa unos 200 millones de cálculos por segundo, uno cuántico puede ejecutar trillones (Limón, 2023). Para hacernos idea de cuánto separa a la tecnociencia del sentido común, solo un dato: el attosegundo es el tiempo que tarda la luz en atravesar un átomo y un attosegundo es a un segundo lo que un segundo es a la edad del universo.

De tales progresos depende la posibilidad de hallar vida en otros sistemas solares, de viajar por el espacio, de desarrollar el conocimiento del universo y predecir su futuro, de solucionar el cambio climático, de prolongar la vida y la juventud, de curar las enfermedades e incluso de enviar a una parte de la sociedad a otra galaxia cuando la vida ya no sea posible aquí. Y nada habría que objetar a tales esfuerzos si redundaran en beneficio de la humanidad, en vez de beneficiar solo a una minoría que pretendiera salvarse después de haber vuelto inhabitable nuestro planeta. Sobre todo, si esas tecnologías estuvieran al servicio del conocimiento del mundo y no, primordialmente, de su instrumentalización.

Surgen dudas sobre si muchos de estos avances imparables, que causan graves daños colaterales, están al servicio del poder por el poder y de la riqueza insolidaria en lugar de satisfacer el anhelo humano de conocimiento y de explicación. Porque no teniendo como meta esto último, no compensaría la deshumanización El desarrollo filogenético del *sapiens* ha ido desarrollando esa gran fábrica celular que es el cerebro, así como el desarrollo de genes que nos vuelven sensibles a nuestros semejantes y a los animales. En resumen, de todo aquello que la etnoarqueóloga Almudena Hernando denominó "vínculo emocional" (2012).

La deriva perniciosa de la civilización occidental está llena de ejemplos como son los distintos genocidios que el mundo moderno ha llevado a cabo. Armenios, judíos, tutsis, ucranianos y palestinos han sufrido en los siglos XX y XXI limpiezas étnicas. Pero culturas no tecnológicas y sus gentes se han visto también afectadas por la ambición de los países desarrollados. Solo pondré un ejemplo ilustrativo del daño profundo contra el centro de armonía de las culturas al margen de nuestra

tecnificación, pero no por ello menos valiosas y dotadas de sabias enseñanzas. El galardonado documental *La pesadilla de Darwin* (Hubert Sauper, 2004) mostraba como la equilibrada vida de los habitantes de las orillas del lago Victoria, cuya economía se basaba en la pesca, quedó destruida por el acuerdo del Gobierno de Tanzania con empresas europeas que introdujeron una especie invasora y depredadora, la perca del Nilo, que acabó con la biodiversidad piscícola. Los antiguos pescadores, que vivían de una ancestral y suficiente economía de autoconsumo y de trueque, se vieron forzados a trabajar para las empresas extranjeras por salarios tan mínimos que no les permitían ni siquiera adquirir aquello que extraían con las redes. En el film se los ve recogiendo del suelo vísceras, espinas y cabezas en semidescomposición para sobrevivir. Las mujeres, destruido el tradicional orden social y familiar, pasaron con frecuencia a la prostitución, y alguna de las entrevistadas falleció de sida durante los meses de rodaje.

También conviene hacer una referencia a la esclavitud digital. No bastarían las propuestas intelectuales y morales para neutralizar los profundos desequilibrios que se producen con visos de acentuarse significativamente. Más bien habría que cortocircuitar un proceso de transhumanización creciente que encierra dos sentidos, el de la incorporación de prótesis cibernéticas y el metafórico de vivir pegados a un mundo virtual. En el fondo, la transhumanización significa el fin de la naturaleza humana y del equilibrio contenido en la definición aristotélica de "animal racional". Esta cita de Hernando (2005: 95) viene a cuento: "Podremos decir que el poder tiene un precio emocional, porque el grado de poder que pueda sentir una persona sobre un elemento de la naturaleza es directamente proporcional a la desconexión emocional que establezca con ella".

El actual ensimismamiento en lo digital alumbra una nueva utopía sobre el progreso, que nos recuerda a aquel optimismo ochocentista de los burgueses, que solo se quebró por el desastre de las dos guerras mundiales, y nos remite al mito de Ícaro y al estropicio de volar con alas de cera hacia el sol, sin un previo y buen asentamiento sobre la tierra y el

barro. Las propuestas liberales como las de Lasalle o las socialdemócratas para restituir el humanismo son loables, pero si falta el factor humano, sin la claridad mental que el contacto con el propio cuerpo proporciona y la energía que nace de esa claridad, las más idealistas intenciones fracasan.

El efecto que los cambios tecnológicos producen en la atención, en la percepción, en la psicofisiología y en la neurología no es el único resultado. Hay un cambio antropológico manifiesto en los valores, en una libertad asistida, en la negligencia respecto del compromiso y de la autenticidad. José María Lassalle sostiene que, en un mundo radicalmente relativista, el algoritmo deviene en la única norma que da significado a los *big data*. Un significado que no es metafísico, ni teológico, ni antropológico, ni existencial, sino operativo y performativo. Un significado que presupone la alienación de nuestra autonomía y de nuestra responsabilidad. Se trata de una antropología antihumanista, al decir de Byung-Chul Han, porque incluye una aceptación voluntaria y complacida del sistema, aceptación acrítica de la bondad del control y de la vigilancia, o al menos su admisión a cambio de las ventajas que atribuimos al ciberespacio.

El mundo global cibernético, la gran mónada de Lyotard, cumple una doble función. Por un lado, la que confiere "seguridad" al evitar la angustia de la toma de decisiones. Se trata de una regresión al infantilismo bajo el disfraz de un atuendo libertario. La otra función del ciberespacio, mediante sus redes, plataformas, algoritmos, dataísmo, es sumirnos en un estado opiáceo a partir del bombardeo de información virtual que nos secuestra la atención e impide el darnos cuenta de lo que sucede simultáneamente en la realidad, dificultándose la acción crítica y política. Ese panóptico dulce que representa la aldea global cibernética pone un inmenso poder —a la vez que negocio— en manos de los dueños de la realidad virtual. Poder que suplanta a la política para situar al ciberespacio, sus negocios y la usurpación que supone con relación al proletariado cognitivo, fuera de cualquier normativa legal eficaz, incluida la fiscal y el derecho de compensación a dicho proletariado. A ello debemos añadir la insuficiencia técnica de los Estados para retener los

servicios de los mejores profesionales cibernéticos, fiscales y jurídicos con los que podrían neutralizar y controlar a los especialistas a servicio del patriciado cognitivo.

El sistema virtual crea un proletariado cognitivo carente de solidaridad, además de transversal en cuanto a la clase social, al sexo y a la edad, al no estar constituido como masa, sino por conexiones individuales y narcisistas, según advierte Byung-Chul Han. De ese sistema cada individuo obtiene la satisfacción que desea, que corresponde a las adicciones y seducciones suscitadas por haber sido previamente espiado por el panóptico dulce. Por ello, cada individuo se ha vuelto sordo e incluso irascible, como aquellos prisioneros de la caverna de Platón que, no creyendo a los que regresaban del exterior con la verdad para liberarlos de la ignorancia, reaccionaron con furor y los mataron por haber intentado salvarlos.

Lassalle sitúa en manos del liberalismo la lucha contra la tiranía tecnológica. Una reversión del proceso alienante, la cual no consiste en un nuevo "ludismo", sino en la reintegración a nuestra cultura del humanismo cuya base son los atributos personales, los méritos, la autonomía, la creatividad, el autogobierno, la sensibilidad y la responsabilidad. Pero para devolver el cuerpo al ser humano, rehacer su integridad, nosotros creemos que hace falta más que el voluntarismo de los pocos liberales que en el mundo han sido. En paralelo al contrapeso que Lassalle propone de legalidad y moralidad, sería también preciso, e incluso suficiente, una recuperación satisfactoria de la animalidad con que era recibido en los tiempos originales el recién nacido por parte de la madre y de su grupo social, en las antípodas de una tecnología fría. El nacimiento precoz del bebé humano lo arroja al mundo sin tener estructuradas sus funciones. Estas se irán actualizando y luego organizando entre ellas. Pero hace falta que el acompañante receptor active con su tacto, con su voz, con sus brazos, con su olor, las funciones senso-vegetativas. Y esta primera organización del sistema receptor sensorial es previa a la psicomotriz, y esta, a la cognitiva. Si el estímulo corporal adulto receptivo no está presente, se agostan las posibilidades de

organización sensitiva y motriz. Es como el caso del salvaje de los bosques de Aveyron, en Francia, que ya no pudo integrarse en una vida humana viable, porque la carencia del acompañamiento social dejó sin desarrollar muchas características humanas.

En el caso de que el bebé disfrutara de condiciones positivas de llegada a la vida, el deseo de justicia y de equidad crecería espontáneamente a lo largo de su desarrollo, porque la sensibilidad impediría el daño innecesario al semejante, al imponerse la piedad a la manera como Rousseau describe que sucede incluso con los mamíferos, a quienes repugna el causar sufrimiento gracias a su sensibilidad natural. Rousseau denunciaba el mal que los hombres se causan entre ellos a la medida que se instruyen verbalmente acerca de principios morales como "amar al prójimo como a sí mismo", cuando la ley natural sugeriría otro principio más modesto, pero asumible por la naturaleza: buscar el propio bien con el menor daño posible a nuestros semejantes.

8. ¿SOLO DISTOPÍA?

Puede ser que a una gran mafia financiera mundial, entre psicópata y sociópata, no le quite el sueño la proletarización de los demás ni la contaminación del planeta. Esa clase pudiente compra la ciencia y la tecnología. De ser necesario, con ayuda de la inteligencia artificial podría construirse, solo para ellos, un hábitat limpio, a salvo del calentamiento global, bajo una gran semiesfera en cuyo interior crecieran bosques, corrieran riachuelos de aguas claras, nubes artificiales dejasen lluvias suaves y refrescadoras, volaran pajarillos. Un ejército de robots y personal militar defendería sus límites para que ninguna multitud, desde el mundo contaminado, de aguas insalubres como caldo de microplásticos, de aire irrespirable, con calor sofocante y precipitaciones torrenciales que inundarían los pueblos, de agricultura improductiva, de lucha por la supervivencia en una tierra hostil en que robos y crímenes se multiplicarían, intentara asaltar el paraíso construido por los inmensamente ricos para ellos solos. Estos privilegiados, en caso

necesario, podrían crear un nuevo mundo en otra galaxia y continuar sus vidas a partir de una colonización interestelar, mientras el resto de la raza humana fenecería en la Tierra. Y todo por haber mantenido por unas décadas más, sin otro objetivo que satisfacer ambiciones privadas de riqueza y de poder, la explotación de un mundo que habían llevado al límite. En los años previos a la gran separación, el proletariado cibernético se habría entregado a la productividad, a la búsqueda improbable del éxito, sin tiempo para mirar a su alrededor con ojos propios, de tocar la vida con manos de piel y carne, de percibir los cambios de olor o de sabor, de usar un sexto sentido para percatarse de lo que estaba sucediendo detrás de su día a día.

GLOSARIO

Aceleración. Atributo de la época posindustrial. La velocidad de internet y la rapidez de los trenes de alta velocidad, entre otros, explican el modo de conciencia, la estructura psicológica, la organización social. Curiosamente, en un momento inicial de la época industrial, Freud escribió: "El extraordinario incremento del comercio y las redes de telégrafos y teléfono que envuelven al mundo han modificado totalmente el ritmo de la vida; todo es prisa y agitación; la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, y hasta los viajes de recreo exigen un esfuerzo al sistema nervioso" (*La moral sexual y la nerviosidad moderna* [1908]).

Catexia. Concepto económico de Freud que indica la inversión de energía en un objeto o en una representación. Es la cantidad de energía psíquica (principalmente sexual) con que el sujeto ha investido una representación, una parte del cuerpo o un objeto (persona, por ejemplo). Freud diferenció entre la representación y la cantidad de afecto con que esta se halla catectizada.

Depresión anaclítica. También conocido como síndrome de hospitalismo, es un estado del bebé en los primeros meses de vida causado por ausencia larga de la madre o de cualquier sustituto que haga su función. Esa situación provoca inicialmente llantos, para terminar resignado, con inexpresividad ocular, indiferencia por el entorno, ausencia de apetito e incluso la muerte. El término lo acuñó René Spitz a partir de los hospicios para huérfanos tras la Segunda Guerra Mundial.

Esalen. Centro de estudios y experiencias humanistas fundado en California por Michael Murphy y Dick Price en 1962. Fue el origen de las psicoterapias alternativas como la Gestalt, psicoterapias corporales, terapias del yo, grupos de encuentro, crecimiento personal, psicología humanista, etc. Por allí pasó parte de lo más granado de la psicología, sociología, literatura y otras ramas del saber, como Aldous Huxley, Arnold J. Toinbee, Erik Erikson, Carl Rogers, Fritz Perls, Abraham Maslow, Burrhus Frederic Skinner, Tymoti Leary, Richard Alpert, Linus Pauling… Sabemos, por testimonio directo, que fue visitado por Jose Luis Pinillos, padre de la psicología científica española.

Estasis. Palabra que designa el estancamiento de la energía sexual por bloqueos musculares, interrumpiendo su libre circulación. Concepto de Reich para explicar la formación y la función de la coraza muscular.

Intermediación democrática. Función de los partidos para filtrar las demandas sociales, de manera que se conviertan en demandas políticas, confiriendo a su conjunto cierta coherencia. Los partidos deciden el grado en que se convierten en políticas públicas. La degradación de esta función se debe a la corrupción, al incumplimiento de promesas electorales y a la colusión entre partidos, todo lo cual les enajena la confianza de la ciudadanía (Sánchez Cuenca, 2022).

Mecanismos de defensa. Conjunto de procedimientos inconscientes mediante los cuales el yo se libra de tomar conciencia de pulsiones y conflictos que pueden angustiarle.

Objeto. Correlato de una pulsión u objeto que la satisface. La relación entre la pulsión y su correlato se llama pulsión de objeto. Puede tratarse de una persona, de partes del cuerpo, de alguien real o fantaseado. En la fase oral o de lactancia, por ejemplo, el objeto de deseo, no solo como nutritivo, sino como placentero-afectivo, es el pecho materno. Es frecuente, siempre que no haya una restricción social o de la costumbre, que el niño que ya obtiene otros alimentos, busque los pezones como satisfacción afectiva (sexual en sentido psicoanalítico del término).

Ontogénesis. Desarrollo histórico individual desde el estado embrionario al adulto.

Posreichianos. Quienes han seguido usando la metodología de Wilhelm Reich y han enriquecido y profundizado su teoría y su praxis clínica. No hay que confundirlos con los neorreichianos, que, inspirándose en él, han cambiado profundamente el paradigma no solo en la práctica, sino también en la teoría, al tiempo que todos ellos han renunciado a la libido como eje central de su pensamiento. Un ejemplo de esto último sería la Bioenergética de Pierrakos y Lowen.

Presentismo. Según Hartog, encerrarse en el presente y adoptar el punto de vista del presente sobre sí mismo.

Proyección. Mecanismo de defensa muy primitivo consistente en expulsar fuera de sí mismo las cualidades y deseos negativos, poniéndolos en objetos externos que se convierten en hostiles o persecutorios.

Pseudo-Edipo. Concepto posreichiano con que se califica a un Edipo prematuro cuando constituye un salto adelante para escapar de los conflictos orales.

Sexualidad. Este término tiene un sentido técnico en Freud bastante diferente del habitual. Vulgarmente la sexualidad se vincula con el encuentro de una pareja a través de sus órganos genitales hasta el orgasmo. Admite variaciones. Pero en un sentido psicoanalítico su fuerza rectora es una energía llamada libido o energía sexual, que ya está presente en los niños. Lo que identifica un proceso o acción como sexual es su capacidad de dar placer o que es buscada solo por el placer y no por otras funciones vitales como la ingestión de alimento o la evacuación de los intestinos, así es como el niño muy pequeño se chupa el dedo o chupa el pecho de la madre cuando no tiene hambre solo porque encuentra un placer en sus mucosas bucales. El modelo genital de placer consiste en una fase de excitación, donde se combinan sucesivas tensiones *in crescendo* que van acumulando energía y que son seguidas de pequeñas descargas placenteras de energía, hasta en punto álgido o clímax, en que

la tensión acumulada explota en una descarga total de energía produciendo gran placer. La tensión álgida viene seguida en el abrazo amoroso por la descarga y relajación plena, donde se calma el deseo y el cuerpo entero queda relajado y lleno de bienestar. También la pintura de un cuadro o el estudio de un tema es una sucesión de esfuerzo o tensión seguida de pequeña descarga con cada consecución parcial, hasta que la obra alcanza su plena realización o descubrimiento y el organismo experimenta una descarga energética más profunda. Es decir, el proceso carga-descarga-placer no es exclusivo de las conductas genitales, sino que forma parte de muchos procesos vitales. El bebé y el niño pequeño no tienen desarrollado bastante su psiquismo para los modos de sexualidad de objeto, ya que solo están capacitados para el placer de órgano estimulándose la boca, los esfínteres, los órganos genitales, la masturbación infantil y otras funciones sensoriales. Pero ya desde que nacemos hay sexualidad. Sin entender la sexualidad de este modo es imposible comprender las teorías de Freud y de Reich.

Sublimación. Mecanismo de defensa consistente en desviar la pulsión sexual de su fin, sustituyéndolo por otro fin no sexual, como la actividad artística o científica. La energía sexual se utiliza como fuerza empleada en tal tipo de actividades. A partir de cierta edad, no siempre se usa la energía sexual para la descarga genital, sino que una parte de la libido se pone al servicio de actividades artísticas, culturales o de conocimiento. Este uso lo denomina Freud sublimación, mecanismo por el que la energía resulta separada de su fin genital y toma como objeto la fabricación de algo o saber algo. Reich, como inicialmente freudiano, coincide con este concepto de libido, solo que para él no existe la sublimación, porque el conocimiento o el trabajo también dan goce.

Tama. Nombre con que los trobriandeses denominan al marido de la madre. No lo consideran progenitor, porque los embarazos se producen por penetración del espíritu de un antepasado, sin que el *tama* tenga más función que abrir la entrada.

Tópica. palabra con que Freud designa la organización del psiquismo en sistemas con funciones distintas. La primera tópica constaba del inconsciente, del preconsciente y del consciente. A partir de 2020, elabora la segunda tópica, formada por el ello, el yo y el superyó. En esta segunda tópica, que ha quedado consolidada en el mundo de la psicología dinámica, el ello es lo primero que se da, conjunto de instintos y posteriormente de vivencias y deseos reprimidos como resultado de las prohibiciones sociales y familiares. Es totalmente inconsciente. El yo nace a partir del ello y es el puente entre el deseo y la realidad. Es parcialmente consciente, aunque tiene una parte inconsciente: los mecanismos de defensa. Desde el yo se genera, finalmente, el superyó, que es un conjunto de prohibiciones y normas morales nacidas por introyección de los valores y prohibiciones paternos. Nos juzga desde dentro de nosotros mismos. Es inconsciente.

BIBLIOGRAFÍA

Balint, M. (2019): *Le défaut fondamental*, París, Puyot.

Boadella, D. (1978): "Fundamentos internos", en *Alternativas a la alienación*, Barcelona, Integral Ediciones.

Bergson, H. (2006): *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, Salamanca, Sígueme.

Bick, E. (1968): "La experiencia de la piel en las relaciones de objeto tempranas", https://lc.cx/NayLOp.

Bude, H. (2019): *La sociedad del miedo*, Barcelona, Herder.

Carrère, E. (2021): *El adversario*, Barcelona, Anagrama.

Clastres, P. (2014): *Archéologie de la violence*, París, Éditions de l'Aube.

Cosentino, S. *et al*. (2017): "El transtorno límite de personalidad en psicoanálisis", *Temas de Psicoanálisis*, nº 14, https://lc.cx/yPkL6S.

Dávila Martín, E. (2016): "Rápido a ninguna parte. Consideraciones en torno a la aceleración del tiempo social", *Acta Sociológica*, nº 69.

Descola, P. (1998): *La selva culta*, Lima, Institut Français D'études Andines, Centro Cultural Abya-Yala.

Empoli, G. da (2023): *El mago del Kremlin*, Barcelona, Seix Barral.

Ehremberg, Alain (1998): *La fatigue d'être soi*, París, Editions Odile.

Espina, A. (1990): "La parte psicótica de la personalidad en el fronterizo en 1990", *Clínica y Análisis Grupal*, vol. 12, nº 1.

Farfan, A. (2000): "Análisis comparativo entre el funcionalismo orgonómico de Wilhelm Reich y la cosmovisión indígena de Carlos Castaneda", *Energía, Carácter y Sociedad*, nº 22.

Freud, S. (1967): *La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna*. *Obras completas*, tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 943-953.

— (1967): *Más allá del principio del placer*. Obras Completas, tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 1097-1126.

— (1967): *Nuevas puntualizaciones sobre la neuropsicosis de defensa. Obras Completas*, tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 219-230.
— (1967): *Psicopatología de la vida cotidiana. Obras completas*, tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 585-770.
— (1967): *Tres ensayos sobre teoría sexual. Obras completas*, tomo I, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 771-824.
— (1968a): *Esquema del psicoanálisis. Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 101-150.
— (1968a): *Inhibición, síntoma y angustia. Obras completas*, tomo II, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 31-72.
— (1968b): *El malestar de la cultura. Obras completas*, tomo III, Madrid, Biblioteca Nueva, pp. 1-66.
Fromm, E. (1960): *Ética y psicoanálisis*, Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
— (1973): *El miedo a la libertad*, Buenos Aires, Paidós.
Galparsoro, J. L. (2017): "Big data y psicopolítica. Vía de escape: de la vida calculable a la vida como obra de arte", *Dilemata*, nº 24, https://lc.cx/vc1dBF.
— (2019): "Lyotard y el problema del saber en la era digital", *Disputatio. Philosophical Research Bulletin*, nº 8, https://lc.cx/d3wiu-.
Grupo Krisis (2002): *Manifiesto contra el trabajo*, Barcelona, Virus.
Han, B.-Ch. (2020a): *El aroma del tiempo*, Barcelona, Herder.
— (2020b): *En el enjambre*, Barcelona, Herder.
— (2020c): *La desaparición de los rituals*, Barcelona, Herder.
— (2021): *La expulsión de los distinto*, Barcelona, Herder.
Hartog, F. (2003): *Régimes d'historicité*, París, Editions du Seuil.
Hernando, A. (2005): "Mujeres y prehistoria. En torno a la cuestión del origen del patriarcado", en Sánchez, M. (ed.), *Arqueología y género*, Granada, Universidad de Granada, pp. 73-108.
— (2012): *La fantasía de la individualidad*, Madrid, Katzs.
Hornstein, L. (2014): "Modalidades clínicas del narcisismo", https://lc.cx/cp4Onk.
Jeffries, S. (2023): *Todo, a todas horas, en todas partes*, Barcelona, Taurus.
Jonciles, M. J. (2001): "El estudio de las masculinidades", *Gaceta de Antropología*, nº 17.

Klein, M. (1946): "Notes on some schizoid mechanisms", *The International Journal of Psychoanalysis*, vol. 27, pp. 99-110.
Koselleck, R. (2001): *Los estratos del tiempo*, Barcelona, Paidós Ibérica.
Lasch, C. (2023): *La cultura del narcisismo*, Madrid, Capitán Swing.
Lassalle, J. M. (2019): *Ciberleviatán*, Barcelona, Arpa y Alfil.
Limón, R. (2023): "Google consigue un sistema de corrección de errores necesario para una computación cuántica útil y a gran escala", *El País*, 23 de febrero.
Lipovetsky, G. (2020): *La era del vacío*, Barcelona, Anagrama.
Lucas Matheu, M. (2009): *Sed y piel*, Madrid, Psimática.
Lyotard, J. F. (1987): *La condición postmoderna*, Madrid, Cátedra.
— (1998): *Lo inhumano*, Buenos Aires, Manantial.
Mahler, M. (1984): *Estudios 2. Separación-individuación*, Buenos Aires, Paidós.
Malinowski, B. (1969): *Sexe i repressió en les societats primitives*, Barcelona, Edicions 62.
— (1971): *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*, Barcelona, Ariel.
— (1982): *Los argonautas del Pacífico*, Barcelona, Planeta de Agostini.
Marchi, L. de (1974): *Reich, biografía de una idea*, Barcelona, Península.
Marcuse, H. (1968): *Eros y civilización*, Barcelona, Seix Barral.
Martinón Torres, M. (2022): *Homo imperfectus*, Barcelona, Planeta.
Maslow, A. (1979): *El hombre autorrealizada*, Barcelona, Kairos.
Mead, M. (1994): *Sexo y temperament*, Barcelona, Altaya.
Nietzsche, F. (2009): *Así habló Zarathustra*, en *Nietzsche*, tomo II, Madrid, Gredos.
Pathou-Mathis, M. (2013): *Prehistoire de la violence et de la guerre*, París, Odile Jacob.
Pons, A. y Serna, J. (2022): *La ciudad futura*, Valencia, Libros Berlín.
Quignard, P. (1995): *Le sexe el l'effroi*, París, Gallimard.
Ramírez, F. y Cardoso, J. (2013): "Concepciones sobre 'ideología según Marx' en un texto de Terry Eagleton, en Rodus, H., *Capitalismo, polémica y controversia*, nº 15, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani.
Reich, W. (1925): *Der triebhafte Charakter*, Viena, Internationaler Psychoanalytischer Verlag (traducido como *El carácter pulsional*).
— (1942): "Character and society en Wolf", *International Journal of Sex-*

Economie and Orgone, vol. I, pp. 247-255.
— (1950): "Orgonomic Funtionalisme", parte II, *Energy Bulletin*, vol. II.
— (1962): *La función del orgasm*, Buenos Aires, Paidós.
— (1973a): *Irrupción de la moral sexual*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
— (1973b): *Psicología de masas del fascismo*, Ciudad de México, Ediciones Roca.
— (1993): *La revolución sexual*, Barcelona, Planeta de Agostini.
— (1997): *Análisis del carácter*, Barcelona, Paidós.
Reig, J. (1918): *A favor de la tribu*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
Riesman, D. (1964): *La muchedumbre solitaria*, Buenos Aires, Paidós.
Rousseau, J. J. (2011): *Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres*, Madrid, Gredos, pp. 113-254.
Rodrigáñez, C. (2008): "La sexualidad y el funcionamiento de la dominación", https://lc.cx/YcGy8h.
Sandel, M. J. (2021): *La tiranía del mérito*, Barcelona, Penguin Random House.
Sánchez Cuenca, I. (2022): *El desorden político*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
Sauper, H. (dir.) (2004): *La pesadilla de Darwin*, documental, Media Program.
Sennett, R. (2006): *La corrosión del carácter*, Barcelona, Anagrama.
Serrano, X. (2006): *Escritos posreichianos*, texto inédito.
— (2007): *La psicoterapia breve caracteroanalítica*, Madrid, Biblioteca Nueva.
— (2011): *Profundizando en el diván reichiano*, Madrid, Biblioteca Nueva.
— (2020): *Psicoterapia caracteroanalítica*, Valencia, Sensar Ediciones.
— (s. f.): "La vegetoterapia caracteroanalítica (V. C.) de W. Reich y la clínica posreichiana", https://lc.cx/2XkXmu.
Sim, S. (2004): *Lyotard y lo inhumano*, Barcelona, Gedisa.
Sotelo, I. (2014): "La tercera fase del capitalismo", *El País*, 21 de febrero.
Spikins, P. A. *et al*. (2010): "From Homininity to Humanity: Compassion from the Earliest Archaics to Modern Humans", *Time and Mind*, vol. 3, nº 3, pp. 303-325.
Spitz, R. (2000): *El primer año de vida del niño*, Barcelona, Paidós.

Taibo, C. (2021): *Contra los tertulianos*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
Veraza, J. (2008): "Significación científica y política de W. Reich", *Polis*, vol. 4, nº 2, pp. 125-156, https://lc.cx/DA4VEP.
Villacañas, J. L. (2020): *Neoliberalismo como teología política*, Barcelona, NED Ediciones.
Weber, M. (2004): *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Ciudad de México, Premia Editora.

NOTA

1 . Dichoso quien, como Ulises, hizo un bello viaje, / O como aquel otro que conquistó el toisón, / Y después regresó, lleno de experiencia y sabiduría, / A vivir con los suyos el resto de sus días. // Cuándo volveré a ver de mi pequeña aldea, / Humear la chimenea, y en qué estación, / Veré de nuevo la cerca de mi humilde casa, / para mí más grande que toda una provincia. // Me gusta más la morada que alzaron mis abuelos, / que los palacios romanos de frontis audaces, / más que el duro mármol, la fina pizarra, // Más el Loira francés, que el Tíber latino, / Más mi pequeño Liré, que el monte Palatino, / Y más que el aire marino, la suavidad angevina [traducción del autor].